

VOLUMEN

88

Mariano Picón Salas

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Gregory Zambrano



EL NACIONAL

Fundación
BANCARIBE 







Biblioteca Biográfica Venezolana

Mariano **Picón Salas**



BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Diego Arroyo Gil

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo (†)

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

Diego Arroyo Gil

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente Unidad de Negocios Libros El Nacional:

María Cristina Serrano

Asistente de proyecto: Yaneling Moya

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo Biblioteca Nacional (portada);

Archivo *El Nacional* (pp. 9 y 83)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: FALTA

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: FALTA

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre Bancaribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente de Bancaribe

Miguel Enrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*



1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Mariano **Picón Salas**

(1901-1965)

Gregory Zambrano



Arte y **virtud**



Mariano Picón Salas es uno de los pensadores fundamentales, no sólo del siglo XX, sino de toda la historia venezolana. Su vida y obra estuvieron ceñidas estrechamente a revelar los signos del país, de su pasado lleno de saltos y vacíos, su presente agitado y el futuro que soñó como utopía. Porque tuvo fe en la inteligencia del hombre para superar las vicisitudes su pensamiento es optimista. Pero también su idealismo lo sumió en la angustia cuando aquellos valores afianzados en la concordia, el entendimiento, la justicia, se le mostraron vulnerables. Vivió y sufrió el cerco de las paradojas entre el deseo de redención y la marcha inexorable de la historia.

Creyó en la construcción espiritual de Venezuela aun cuando palpó sus ruinas. Amó a su terruño con la añoranza de un sueño que nunca se perdió en la memoria. En su ideario de estirpe ecuménica confluyen sus sostenidos afanes como educador, historiador de la cultura, fabulador y, sobre todo, pensador en la hora de definiciones agudas y necesarias. Para él educar era actuar más que contemplar.

La educación y la cultura prevenían a la civilización de los traumáticos desvaríos históricos. Por ello encontró en la escritura el camino para interrogar el pasado, confrontar el presente y avizorar el porve-

nir, el de su país, el de América Latina. Pensaba que en política y en literatura, la América Latina requería afirmaciones, y que para descubrir nuestra realidad, la perífrasis no había sido más que una figura retórica que había impedido tal descubrimiento. Fue un hombre honesto, un ciudadano excepcional.

Aspiró a que sus puntos de vista se comprendieran en una propuesta para el diálogo, motivados por la amplitud, la sensibilidad y la inteligencia. Quiso compartir sus ideas, con una conciencia plena de la escritura, y se le encasilló muchas veces bajo la etiqueta rígida de ensayista. Pero su registro es abarcador: va del estudio histórico al cuento y la novela, de la crítica de arte a la polémica, de la biografía a la crónica. En todas estas formas guió su estilo, y reveló los múltiples rostros de un alma inquieta.

Su vasta obra es fundamentalmente conceptual, no buscaba imponer y menos aún convencer de manera dogmática sino, por el contrario, procuraba argumentar con tal delectación que su expresión va construyendo y entrelazando sus razones. Todo cuanto supo lo expresó en profundidad con absoluta sencillez. Hizo de su expresión un arte de la cortesía. Todo cuanto quiso decir iba insuflado de un modo que pretendía agitar la conciencia y hacer que despertara la emoción entre los seres humanos. La lengua castellana es el instrumento que supo manejar hasta construir un estilo propio, inconfundible y ejemplar, que combina su pensamiento profundo con una aspiración sostenida de procurar la belleza.

Esa búsqueda anima todo cuanto escribió, bien fueran sus ensayos de profunda penetración psicológica, sus relatos y novelas, sus documentadas biografías o sus interrogaciones en los laberintos de la historia. En él la expresión estuvo sometida a los rigores de la precisión, por ello su sensibilidad poética siempre se percibe resguardada por la contención de las ideas. Su obra se desperdigó por el continente junto con sus afanes de errante observador, quiso conocerse y darse a conocer; por ello muchas de sus páginas llevan el signo de lo autobiográfico. Lo que él mismo definió como “errancia”, no es sólo su destino de viajero mo-

vido por circunstancias fortuitas, sino su compromiso vigilante ante los problemas de su tiempo. En múltiples geografías percibe la dialéctica histórica y en cada uno de los lugares donde asentó su proyecto de vida, se acercó a la realidad para narrar desde ella, no como si fuese un espejo, sino como un escenario de pasiones donde el viajero, el historiador, el novelista o el pensador se encuentran, y como un testigo excepcional hurga con su sensibilidad, observa, sintetiza y comunica.

Su estirpe intelectual es la misma de Simón Rodríguez, Andrés Bello, Cecilio Acosta, Fermín Toro y Arístides Rojas, pero también la de José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, Eugenio María de Hostos y Juan Montalvo. El tiempo que vivió fue el mismo de otros grandes hombres, emblemas del pensamiento, el arte y la virtud, tales como José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, entre otros. Se nutrió de muchas fuentes, y las vertió en páginas prodigiosas. Su obra, por ser integradora, es profundamente venezolana, americanista y universal.

Desde muy temprano, asumió los retos de su presente, y se jugó la suerte; nada hace suponer a un escritor sumergido en la comodidad de una vida placentera debida a su renombre, sino, por el contrario, la suya fue una existencia atada a las renunciaciones, a los tropiezos, al deber de recomenzar como un Sísifo criollo dispuesto a emprender múltiples tareas. Vivió intensamente las angustias de su país y no fue ni espectador ni intérprete. Convivió con el caos, con la violencia; dijo siempre palabras oportunas aun a riesgo de desafiar a quienes descreían de la comprensión y la sinceridad. Supo sobrellevar las angustias vitales y fundar, encauzar y hacer, asumiendo sus tareas de manera clara y definida. Su obra en conjunto es una fuente inagotable de saberes. Fue un maestro de juventud y sus esfuerzos por el bien común hicieron de él un ciudadano ejemplar.



Una ciudad en lo alto **de un monte**

La altiplanicie está situada al pie de la gran montaña. La Sierra Nevada de Mérida se expande, majestuosa, como testigo del crecimiento de la ciudad. La vida tranquila que despunta el siglo XX es consecuencia de los agitados y turbulentos días que se vivieron en el siglo anterior, en el de sus abuelos y padres. En la Mérida venezolana nace Mariano Federico Picón Salas, el 26 de enero de 1901. Son los años de la Revolución Restauradora que encabezó Cipriano Castro. En un país incomunicado, carente de instituciones y en permanente crisis, los Andes eran una lejana referencia en la geografía. Mérida, movida por la fuerza de sus labriegos y por la parsimonia de las familias que mantenían sus costumbres y tradiciones, tenía en la Universidad una razón para aferrarse al estudio, al conocimiento y a la esperanza de mejores tiempos.

Aquella ciudad fundada con el nombre de Santiago de los Caballeros de Mérida, el 9 de octubre de 1558 por el capitán extremeño Juan Rodríguez Xuárez, está rodeada por cuatro ríos, el Chama, el Mucujún, el Milla y el Albarregas, ríos entonces torrentosos que evocarían los poetas y que era parte del atractivo natural de estas tierras. “El paisaje de Mérida fue creado en un día de sumo alborozo por un Dios

demasiado inventor que se entretenía en recortar y tajar montañas...”, dijo alguna vez, evocando a su vieja ciudad, el más universal de los merideños.

Él era descendiente de ilustres familias, de letrados, próceres civiles y militares, tanto por el lado materno como por el paterno. Los Picón habían llegado a Venezuela en el siglo XVIII, procedentes de Ronda, provincia andaluza de Málaga. Su bisabuelo fue Antonio Ignacio Rodríguez Picón –hijo de Diego Rodríguez Picón, el primer Picón llegado a Venezuela en 1748–, quien casó con María Ignacia Uzcátegui, junto a la que procreó cuatro hijos y una hija: Francisco Javier, Jaime Antonio, Gabriel José, Juan de Dios, y Martina. Fue Alcalde y Justicia Mayor, así como miembro de la Junta Autonómica de 1810 y aparece entre los firmantes del acta de fundación de la Universidad.

Ésta se instituye como transformación republicana del Seminario de San Buenaventura, que había fundado Fray Juan Ramos de Lora en 1777 cuando ejerció como primer Obispo de Mérida. Antonio Ignacio cayó en desgracia como tantos venezolanos luego del fracaso de la Segunda República en 1814, sus bienes fueron enajenados, sufrió persecución y cárcel en Puerto Cabello y terminó sus días en Guasdalito en 1816. Luego de su muerte, sus hijos dejaron de utilizar el apellido Rodríguez. A Juan de Dios Picón lo evoca Mariano en varios de sus escritos juveniles. Y ya en plena madurez dijo de él:

Tengo por ese viejo pariente mío, a quien no conocí sino por su leyenda, una admiración casi romántica. No fue precisamente de los parientes prósperos de la familia, porque tuvo una extraordinaria fantasía de poeta unida a una singular inventiva manual que aplicó a las cosas más heteróclitas que podía emprender un merideño del siglo XIX (...) Soñador, creador de cultura, cuando otros iban en caballos briosos arrasando a Venezuela (Picón Salas, 1962: 293).

Por ese mismo lado paterno tuvo a don Gonzalo Picón Febres, “a quien sólo vi a distancia reverencial, sin acercármele en dos ocasiones”, dirá de él muchos años después al prologar su novela *El Sargen-*

to Felipe. Escritor, más académico que político, ocupó importantes cargos públicos durante el gobierno de Cipriano Castro y retornó desencantado una vez que Gómez depuso a éste del poder. Terminó sus días en Mérida, componiendo una notable obra intelectual. Legó para la posteridad, entre otras, *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, antes de dejar sus huesos en Curazao, a donde fue en procura de salud, en junio de 1918.

Los Salas, por su parte, también poseían una tradición cultural de la que Mariano siempre se sintió un orgulloso heredero. Su abuelo, Federico Salas Roo, de pensamiento liberal, era un gran lector, amaba la música, las aves y las flores del paisaje merideño.

Su tío, el doctor Julio César Salas, reconocido etnólogo y lingüista, publicaba en la vecina Ejido su periódico *Paz y Trabajo*. Entusiasta defensor de las teorías de Herbert Spencer, mantenía correspondencia con destacados sociólogos y positivistas franceses.

Mariano fue hijo único. Su padre, Pío Nono Picón y su madre, Delia Salas Uzcátegui, le dieron todos los cuidados que van con la buena educación. Sin embargo, en enero de 1912, a los 11 años, pierde a su madre. Su educación sigue bajo los cuidados de sus tías solteras, cuyas estampas aparecen dibujadas en algunas de sus narraciones, la tía Josefita de *Viaje al amanecer* y la tía Doloritas de *Los tratos de la noche*. Su padre, de formación política liberal, ejerció una influencia definitiva en la formación del carácter del joven.

Del abuelo Antonio Ignacio destacó su resuelta habilidad para los negocios, y su godarria, que muy bien sintetizó el nieto, en todos sus frentes: godo en la casa, en la guerra, con los libros. En su testamento dejó expresada su herencia: “A mi nieto y ahijado Mariano Federico: mi leontina de oro, el bastón de mi padre y el cuadro de Santa Ana”. (Nieto Ardila, 2007: 88). Los dos abuelos, cada uno a su manera, influyeron en el joven. El abuelo Federico fue una presencia importante en los primeros años del futuro escritor, tanto en el modelado de su sensibilidad y su carácter, como en su vocación por las lecturas. En su biblioteca Mariano hojeaba las colecciones de *El Mundo Ilustrado* y *El*

Correo de Ultramar, y en su presencia escuchó conversaciones que le avivaban la imaginación:

Mi abuelo que vio llegar a nuestra pequeña ciudad montañesa, perdida y olvidada en la geografía de la América del Sur, grandes inventos como la luz eléctrica, el fonógrafo y el cine, profetizaba la volcánica confusión que producirían en las gentes estos extraños artilugios (...) Los tiempos que nacían habían perdido la medida, el orden y calma que Dios quiso imprimir a las cosas del Universo. Vamos a tener más bienes e inventos pero los recibiremos con espíritu más enfermizo e intranquilo, era su moraleja (Picón Salas, 1962: 1331).

Ese abuelo también murió cuando el niño apenas despertaba a la curiosidad por los misterios del mundo y del conocimiento. El padre deseaba que su hijo tuviera en el futuro alternativas distintas al comercio de rubros agrícolas, que había sido el oficio sostenido por la tradición familiar, por eso se esmeró en proporcionarle una buena educación. En 1913 Picón Salas ingresa al Liceo Mérida para iniciar sus estudios secundarios. Y en 1914, por breve tiempo, fue enviado a estudiar a Valera, estado Trujillo, a un instituto religioso, el Colegio Santo Tomás de Aquino. Éste era regido por monseñor Miguel Antonio Mejía, quien introduce al joven en el estudio del latín y la lectura de Virgilio. De nuevo en Mérida, y venciendo los prejuicios provincianos y la desconfianza ante lo extranjero, el niño Mariano tuvo para sí un preceptor, monsieur Machy, un emigrado francés que había participado en la comuna de París. Llegado a esas lejanas tierras, que distaban a más de 10 días de camino de la capital, vino no sólo para enseñarle a pensar sino para marcarle muchos de sus más entrañables derroteros.

Con el viejo *communard* aprendió no sólo el idioma francés sino a pensar, a buscarle explicación a los hechos de la naturaleza y del comportamiento social, a preguntarse por los misterios de la religión y a rebelarse tempranamente contra la idea del pecado, el castigo divino, el cielo y el infierno: “Si Dios existe ha de permanecer grandiosamente indiferente ante el clamor y la queja de todos los humanos”, dirá al valorar su adolescencia.

La geografía **del aire**

Todo es un mundo lleno de fantasmas, de fantasías, de cuentos de camino. La ciencia del monsieur Machy desplaza el poder encantatorio del Mocho Rafael con sus cuentos y creencias. Es tiempo de pláticas a escondidas, de sorprenderse ante los chismes de la servidumbre y de unos signos que presagiaban el mal, como la visita del cometa Halley en 1910, que Mariano evoca de manera vivaz y anecdótica. El temor que produjo el visitante cósmico en aquel año estuvo ceñido a las más catastróficas predicciones:

El resplandor y los primeros atisbos del cometa ya se advirtieron en nuestro cielo después de la retardada semana santa. “¿Ya viste el Cometa?”, se preguntaban las gentes unas a otras y afirmaban que su contorno y su luz se imprimían, como en un negativo fotográfico, en ciertas manchas amarillas y rojísimas que decoraron aquel año las hojas de los plátanos.

A medida que entraba mayo, su presencia era más luminosa y se le veía más temprano. Para observarlo, congregábanse las familias en los corredores de las enclaustradas casas y se alternaba el placer astronómico con algunas partidas de lotería y juegos de prendas. Más de un matrimonio se proyectó como resultado de la visita del cometa; jóvenes y muchachas encontraban sus rostros en aquel poético observatorio que perfu-

man las cayenas del patio, y por ello hubo tantos merideños que nacieron en 1911 signados de un interplanetario destino (Picón Salas, 1962: 69).

La muerte del abuelo, en diciembre de 1909, había cerrado para él una ventana por la cual se asomaba a los misterios del universo. Con sus ojos se cerraron también las puertas de su magnífica biblioteca. Mariano evocará muchos años más tarde el día en que uno de sus tíos –tiempo después de la muerte del abuelo– abrió para él todo el esplendor que se guardaba en aquellos libros:

Es necesario que aprendas y ejercites tu inteligencia –y llevándome a una habitación de la casa que permanecía cerrada desde la muerte del abuelo–

–Aquí hay muchos libros. Los “Clásicos Castellanos”; novelas que cuentan historias más apasionantes que la misma vida; revistas que muestran los inventos y máquinas que asombraron al mundo en los años de la Exposición Universal; viajes difíciles por el interior de los continentes; biografías de hombres y mujeres célebres; exploraciones por el cielo y los astros; misterios del mar que sondean los sabios que tiene a su servicio el Príncipe de Mónaco, y diccionarios franceses e ingleses para que aprendas idiomas extranjeros. Y te doy la llave de ese cuarto y encauzarás tu desordenada fantasía. Y hasta los versitos que ya te gusta hacer tendrán menos ripios (Picón Salas, 1962: 1337).

La biblioteca del abuelo fue una verdadera mina donde encontró los más variados tesoros para satisfacer su curiosidad. Para comprobar cómo era ese otro mundo construido por la imaginación y los deseos, a donde un día quería llegar, se dejó tentar por la literatura: “Como había bastantes libros en la casa –las fábulas, los sueños, los prejuicios o la norma moral de los antecesores– y como ya me impregnaban los más variados espectáculos del mundo, me dieron ganas de ser escritor” (Picón Salas, 1962: 1347).

En abril de 1916 se publicó el que se considera su primer texto literario, *Mozas campesinas*, en el número 15 del periódico merideño *Desde la sierra*, dirigido por Emilio Menotti Spósito.

El 3 de mayo de 1917, circula la primera entrega de un nuevo periódico en Mérida, se titula *Alma y Nervio*. La iniciativa se corresponde con la fundación de un “Club Cultural”, que se llamó “XIX de Diciembre” el cual aludía explícitamente a la fecha de 1908 en que Juan Vicente Gómez ejecutó un golpe de estado contra el entonces Presidente y su compadre, Cipriano Castro. El periódico abre con una “Tarjeta” donde los directores presentan “la respetuosa ingenuidad de su homenaje a los Poderes Nacionales, Civiles, Religiosos; a la Intelectualidad Patria; a los Colegas del País y Exterior; y a todos los que sientan latir el alma y vibrar el nervio”.

La firma de esta tarjeta la encabeza Mariano, junto con media docena de jóvenes como él. Va dedicada al señor general Juan Vicente Gómez...

Como marcada manifestación de la alta estima que los pueblos de Occidente guardan para la austera personalidad de Ud., hoy hemos inaugurado en esta ciudad un Centro de cultura, llevando el nombre de XIX de Diciembre, para el cual fue designado Ud. su Presidente Honorario. Participación que tenemos el alto honor de llevar a su conocimiento.

También y de manera curiosa, se anexa la respuesta del general dando acuse y agradeciendo el telegrama (Zambrano, 2003: 115).

Sin duda era todavía la etapa de encantamiento del gomecismo. Pronto ese mismo joven sabría también que muy cerca de su casa había presos políticos, y eso le sonó familiar, pues antes, en 1911, cuando fue llevado por su familia a Willemstad, Curazao, para someterlo a una operación de extracción de amígdalas, supo que también allí había refugiados políticos por la misma causa del gomecismo.

Las tempranas lecturas y ese mundo lleno de libros e imágenes, marcarían definitivamente su vocación por el conocimiento:

*Muchacho montañés, en esos lejanos días curazoleños me familiaricé con el mar y cruzaron por la fantasía infantil las primeras tentaciones marítimas: espacio, viajes, caracoles, vida fluida y dinámica –diría muchos años más tarde en *Comprensión de Venezuela*.*

Mariano creció rodeado de libros, pleno del afecto familiar y respiró una tradición intelectual en la ciudad, donde ya era un sabio reconocido don Tulio Febres Cordero y donde otro talento inquieto, como el de Emilio Menotti Spósito, le dio la oportunidad de acceder a cierta literatura prohibida, al intercambio con otros jóvenes que como él estaban deseosos de saber más acerca del mundo, del arte y de los hombres de los que hablaba la historia. Ya antes de cumplir los 15 años era asiduo asistente a las tertulias que don Emilio motivaba en el Hotel Mérida que él mismo regentaba.

Años después, en una carta, Mariano recordaría esas noches de excitada fantasía bohemia: “Usted nos hacía leer –grave pecado en el pudibundo y catolicísimo ambiente de Mérida– *Las flores del mal* de Baudelaire, las deliciosas novelas de Queiroz, y remontando más en el tiempo, hasta el *Diccionario Filosófico* de Voltaire, con su inexorable racionalismo” (Picón Salas, 1958: 138).

El rector de la Universidad de Los Andes, el doctor Diego Carbonell, que ejercía una gestión llena de iniciativas novedosas y audaces, inició una campaña de recaudación de fondos que ayudaran a la construcción de un hospital infantil. Y parte de esa campaña tenía que ver con un ciclo de conferencias al cual invitó a jóvenes destacados como líderes intelectuales de la promisoría ciudad. El 28 de octubre de 1917, cuando apenas contaba 16 años de edad, Mariano lee en la vieja sede del rectorado de la Universidad su disertación “Las nuevas corrientes del Arte”, cuando aún no entraba como estudiante a cursar estudios superiores de Derecho. El joven conferencista hace una distinción entre aquello que considera “literatura decadente”, en la que menciona a la simbolista, y opta por una renaciente que apuntala el desarrollo y el progreso: “(...) la fábrica que humea, el aeroplano que viola el aire, el submarino que va a buscar en el fondo de la onda el nido de las sirenas” (Picón Salas, 1917: 18).

Hay también en esa conferencia un deslinde, una toma de posición contra lo exótico y a favor de lo nacional, que debe ser recuperado y dignificado a través del arte. La audacia del joven fue motivo de grata

sorpresa para los viejos profesores de esa casa de estudios; entonces el doctor Carbonell, hizo un elocuente elogio:

Acabáis de apreciar, en la contextura robusta de un muchacho erudito, esto que será la patria del porvenir. Por lo menos, señores, nosotros no tenemos una sola razón que aducir para negarle a la juventud venezolana de nuestra época el derecho de ser optimista cual corresponde a esa edad de la sensibilidad vigorosa. Esta conferencia que nos acaba de dictar el joven Mariano Picón Salas, señala una futura originalidad muy elocuente. Se bosqueja en ella, con la solidez de un pensamiento nutrido, una personalidad exuberante, la cual no cabe en el alba fatídica de Juan Cristóbal, ni mucho menos en la conciencia turbia de Roberto Greslou. Adivínase en el joven conferencista, como lo advierte él mismo, ese amor a la vida que exige el cumplimiento de una misión y que en una cacería de conceptos y de labores mentales, ya sonriendo a los libros, a las mujeres y a los grandes espectáculos serranos. Había dicho que el esfuerzo de este muchacho sabio, con nuestra sabiduría alborotada, sorprende y entusiasma; y su precocidad, sin ser la de Pascal, la de Pico de la Mirándola o la pasmosa precocidad de Goethe, pudiera ser, en el porvenir de la actual juventud de Venezuela, cuando los años consoliden la mentalidad exuberante, una personalidad de la familia espiritual de Cecilio Acosta, Fermín Toro y Aristides Rojas (Carbonell, 1919).

Y no se equivocaba el rector en sus palabras que terminaron siendo proféticas. Esta conferencia fue publicada en forma de folleto ese mismo año por don Tulio Febres Cordero en su vieja imprenta de El Lápiz, y se insertó luego en la revista *Cultura Venezolana* de Caracas, que gozaba de gran prestigio en la época.

Ante la publicación caraqueña de *Buscando el camino*, tres años después, hubo un comentario de don Lisandro Alvarado, quien comprendió los motivos del revuelo que había causado aquella conferencia, hoy día ya clásica como uno de los documentos fundacionales de la vanguardia venezolana y que en su momento había inquietado a los viejos maestros de Mérida: “Admiróme esa vez la agilidad del escritor y su varia erudición, honda y bien entendida para su escasa edad”,

había escrito el maestro Alvarado. Éste es su propio perfil (el de don Mariano) de aquellos años:

Me miro en un retrato de entonces –candidato a bachiller que escribe su tesis y aspira a definir pretenciosamente los signos de la época que nacía conmigo (todo adolescente piensa que inaugura una edad de la historia)–; contemplo mi rígido traje cortado por un sastre de nuestra ciudad provinciana, el ridículo sombrero de paja, el inútil bastoncillo con que paseaba por la plaza y los pedantísimos anteojos impuestos por los desvelos y presunción de saber. Quizás me hacía excesivas ilusiones sobre mí mismo. Pensaba que el mundo estaba allí, con sus montañas y sus mares y la babel de sus gentes, para que yo lo explicara. Escribía la lista de mis obras inéditas. Necesitaba salir a ciudades más populosas a propalar esas ficciones o esas verdades que ya me estaban sofocando. Tocado de semejante tentación abandonaría las cosas quietas y seguras en que permanecieron los míos (Picón Salas, 1962: 1358).

Ese mismo mes de octubre de 1917, la *Gaceta Universitaria*, en su número 47, había insertado su estudio “Héroes olvidados”, sobre la derrota de los federales en la Batalla de Mucuchíes en 1859.

Son los días en que le escribe al distinguido filólogo español Julio Cezador una carta, informándole que lleva publicadas varias disertaciones sobre crítica literaria, entre ellas juicios sobre obras y escritores de su país. Se las ofrece y le promete ampliar los datos, con la finalidad de que sean consideradas en el estudio sobre la literatura americana contemporánea que estaba escribiendo el autor de la *Historia de la literatura española*. Ante la ausencia de respuesta del destinatario, le escribe de nuevo en febrero del año siguiente, insiste en su oferta, y le remite...

(...) un recorte del diario El Universal, donde traza un boceto biográfico del escritor merideño Felipe Tejera. Y Mariano, ofendido, comenta con su ilustre corresponsal: “En el encabezamiento que le pusieron a esa crítica mía, me dijeron niño de quince años y para la época yo ya había cumplido dieciséis”. Le anexa también otro recorte de su texto “Bolívar sociólogo”, publicado en una revista ecuatoriana que no identifica. Eran los primeros fuegos de la vocación (Miliani, 2006: 285).

En diciembre de 1917 obtiene el diploma de bachiller, con lo cual al año siguiente inicia sus estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Los Andes. En el ambiente literario de la época, Picón Salas brillaba como un muchacho “erudito, pedante y verboso”; seguía en las tertulias con otros jóvenes poetas, bajo la mirada complaciente de Emilio Menotti Spósito. Leían, discutían, aprendían y, sobre todo, soñaban con hacer realidad tantos proyectos. Combinaba sus saberes librescos con los saberes populares. Los cuentos y las historias escuchados entre las gentes sencillas, campesinos y chalanos, avivaban su imaginación y sus deseos de conocer más.

Es el tiempo de la revista *Génesis*, que concentraba toda la curiosidad científicista del positivismo. Muchas de las explicaciones de sus maestros, imbuidos de esta filosofía, no le resultaban satisfactorias, prefería dudar, indagar por su cuenta para procurarse una explicación fuera de esquemas preestablecidos y moldes demasiado rígidos. Siempre prefirió elaborar ideas propias respecto de todo cuanto despertaba su interés. Es la época en que abraza abiertamente su interés por los periódicos.

Colabora con *Alquimia y Literatura Andina*, donde se había distinguido Tulio Gonzalo Salas, un pariente suyo, muerto a los 22 años de edad y quien había dejado escritos los versos que conformarían su único libro *De mi solar*, para el que Mariano escribiría una valoración. Supo de las bondades de la literatura y la amistad y también conoció los reclamos del deseo y el sexo:

No habíamos superado –naturalmente– lo dionisiaco y tenebroso que se revuelve en el légamo o el semen de toda adolescencia. El amor físico podía ofrecerse a la sombra de cualquier matorral o recogerse como los ramos del café en la falda pintada, en la embarrada zaraza, de una muchacha campesina. Se pelea –no más– un poco con ella; se siente anticipadamente el jadeo del placer, y se la doblega como rama de cafeto de rojas y húmedas cerezas, con gusto a saliva, sobre el suelo de hojas caídas (Picón Salas, 1962: 1335).

En 1918 funda, junto a Antonio Spinetti Dini, Enrique Celis Briceño y Mario Briceño Iragorry la revista *Arístides Rojas*, de la cual se editan cuatro números, y en diciembre, *Veinte años*, la “Revista de Juventud y Arte”, incluye su firma, junto a la de Mario Briceño Iragorry, Raúl Chuecos Picón, Enriqueta Arvelo Larriva y Antonio Spinetti Dini, entre otros.

Comienza a colaborar con el diario *Panorama*, de Maracaibo. Escribe el prólogo al poemario de Antonio Spinetti Dini *Breviario galante y alegre*. Es la época de muchas lecturas, desordenadas, impulsivas, desafiantes. Se junta una juventud inquieta: Julio Sardi, Ulises Picón Rivas, Eduardo Picón Lares, Juan Antonio Gonzalo Salas, José Félix Fonseca, entre otros. Leen a José Enrique Rodó, a los maestros del modernismo, a Rubén Darío y a los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez y Pedro Emilio Coll, cuya silla numeraria ocuparía muchos años después en la Academia Nacional de la Historia. Y aprendía con el estilo clásico de la prosa de Alfonso Reyes:

Lo descubrí cuando yo tenía 18 años y estudiaba mi literatura española en el Liceo, leyendo aquel magistral e inolvidable prólogo a las Páginas escogidas de Quevedo. Desde aquellos días en un pueblo lejano de los andes de Venezuela, le sigo fervorosamente (Zambrano, 2007: 32).

La ciudad ya comienza a sofocarlo; se amplían sus intereses por conocer otros lugares y otras personas. A mediados de 1919 aprovecha la coyuntural opinión de su padre quien piensa que a su hijo le haría bien explorar nuevos horizontes, y es cuando se decide su viaje a Caracas.

Parte por el camino de la carretera trasandina, en una época en que los viajes eran penosos, se corría peligro, por lo cual muchos que viajaban hacían testamento y algunos, como este joven corpulento y miope, llevaban consigo un revólver por si fuera necesario defenderse. El fin del camino era el puerto de la Ceiba, desde el cual, en el vapor “El Progreso”, llegó a través del Lago de Maracaibo al

puerto de La Guaira. La capital le abriría un horizonte nuevo a su ya pesado fardo, lleno de inquietudes intelectuales, lecturas y sobre todo preguntas. Comenzaba también su largo viaje interior hacia el conocimiento de sí mismo.



Estación **Caracas**

El año de 1920 representó para Picón Salas el comienzo de lo que sería el largo peregrinar que marcó toda su vida. Errancia lo llamó. Creyó que sólo era necesario un cambio de ambiente para proseguir estudios universitarios y darle cauce a su vocación de lector y de escritor. El viaje, entonces, se da como concreción del deseo: ver, conocer y comprender. Estos son también los sustentos de su proyecto de escritura. Viaje y escritura, encarnan también el proyecto vital de Picón Salas, quien combinará ambas experiencias de manera constante hasta el final de sus días.

Pero, lo más importante de esa primera excursión para ver el mundo, es su contacto con otros jóvenes escritores que hacían vida literaria en la capital caraqueña con sus peñas y reuniones. Hace amistad con Andrés Eloy Blanco, quien junto con José Antonio Ramos Sucre también había abandonado Cumaná, su ciudad provinciana, en busca de mejores aires intelectuales. “Su trágico romanticismo temperamental encontraba esta contención de la forma clásica y las pocas Humanidades de nuestra desamparada generación, nos llegaron un poco a través de Ramos Sucre”, dirá en su crónica sobre el ambiente literario que encuentra en la Caracas de 1920.

Participa en las tertulias de la cervecería “Strich”, cerca de la Plaza Bolívar. Conoce a Pedro Sotillo, “con su adolescencia precoz y entusiasta, apareció rico de anécdotas y de cordialidad en los círculos artísticos de la capital”; a Fernando Paz Castillo, Julio y Enrique Planchart, Luis Enrique Mármol, Eduardo Arroyo Lameda, Jacinto Fombona Pachano, Rodolfo Moleiro. Eran los poetas de moda que recitaban en el Teatro Capitol y que luego serían conocidos por haber formado la primera vanguardia poética venezolana: la Generación del 18.

Venezuela acaba de inaugurar un nuevo signo en su trayectoria con la aparición del petróleo. Se produce un paso inevitable desde la etapa agrícola y pastoril hacia la incipiente explotación del subsuelo y la llegada de los capitales extranjeros, sobre todo estadounidenses, en procura del mineral. La vida política es un letargo en el cual, sin embargo, los jóvenes observan y se interrogan sobre las nefastas consecuencias de la dictadura. Todos sueñan con el porvenir. Hay un miedo soterrado que no tardarán en desafiar.

Estos son los días de mayor intensidad en su amistad con el joven Alberto Adriani, a quien había conocido en Mérida cuando, procedente de la vecina población de Zea, había llegado a estudiar en la capital del estado. Esta amistad se fortaleció en aquellos días de Caracas en los que compartían la residencia y los escasos recursos económicos que ambos disponían. Primero vivió en una pensión, luego, junto a Adriani, lograron rentar una casa en un sector muy popular, cercano a Caño Amarillo.

La ciudad le resultó hostil al comienzo, también el ambiente político que se respiraba. Luego, el panorama cambió cuando, casi al año de estar en Caracas, lograron mudarse a una casa modesta pero en un entorno de mejores condiciones en La Candelaria; dirá más tarde: “una modesta casa de estudiantes que hemos arrendado y toscamente amoblado para librarnos de la sopa clara y de la carne demasiado correosa de las pensiones baratas, en el poco aristocrático barrio de Caño Amarillo” (Picón Salas, 1962: 353).

El ambiente de Caracas en los años veinte es descrito minuciosamente por Mariano muchos años después, en una carta dirigida a su amigo de aquellos años, Pedro Sotillo. Allí retrata aspectos urbanos de una ciudad que no tenía muchos automóviles, aún con carruajes tirados por caballos, sin edificios altos, y con tranvía, era todavía la ciudad de los techos rojos, que describiera muy hermosamente Enrique Bernardo Núñez, aunque en ellas se vivieran escenas de retrasado medievalismo.

Aquella amistad duró fraternamente hasta la muerte prematura de Adriani, en 1936, y en cuyo homenaje Mariano escribiría una semblanza que vino a ser su primera biografía. Toda la motivación del viaje estuvo signada por la sed de conocimientos, pero la ilusión pronto se transforma en decepción y su curiosidad le hace tocar el fondo de la realidad.

Allí siente las presiones dictatoriales del gobierno de Juan Vicente Gómez; sabe entonces de los alcances de...

(...) la tiranía incrustada como un tornillo monstruoso en el corazón de la ciudad, de la tiranía que aparecía por cualquier esquina y cuando menos queríamos verla en la cara de los polizontes, de la Tiranía que se instalaba de pronto en nuestras reuniones de estudiantes aun cuando le pusiéramos una pantalla de floreados e inofensivos versos... (Picón Salas, 1939).

Vive también las carencias de los estudiantes foráneos, las enfermedades y temores. Dice en una de sus ficciones:

La vida se ha entristecido. Generaciones de hombres jóvenes no vieron en su tierra sino el terror y el espanto. Y cuando uno salía de provincia a estudiar Leyes en la capital (...) los familiares nos aconsejaban: No hables nunca de política. No te mezcles en nada. Desconfía hasta de tus compañeros. Teme a las asociaciones. Hay muchos estudiantes en las cárceles. Otros trabajan, con la camisa de los penados, en las carreteras estratégicas que construye el Tirano (Picón Salas, 1931: 147).

Sus estudios de Derecho en la Universidad Central no satisfacen su curiosidad y expectativas. Siente el conformismo y la pasividad como formas manifiestas de la desconfianza y el miedo reinante. Los estudiantes están bajo sospecha. El Derecho y la Medicina eran casi los caminos obligatorios para coronar la carrera universitaria. Comprende que la inercia convertía a la Universidad en una “fábrica de doctores”, de cuyos catedráticos –salvo en el caso de profesores como Esteban Gil Borges o Luis Razetti– la mayoría se limitaba a repetir manuales franceses imbuidos de un positivismo que ya había cuestionado.

No obstante, comienza a obtener sus primeros éxitos intelectuales: publica en *El Universal*, donde ya se había dado a conocer su “Silueta biográfica” de don Felipe Tejera, en julio de 1916, y colabora con la revista más importante que se edita en la capital: *Cultura Venezolana*. En ese medio, que le resulta desde el punto de vista intelectual altamente motivador, prepara su primer libro, que delata su derrotero. Lleva por título *Buscando el camino*, y sale de la imprenta de *Cultura Venezolana*, en diciembre de 1920, integrado por breves reseñas de obras y homenajes a autores de su momento; reflexiones y apuntes para futuros proyectos de escritura; éste es un libro clave para comprender el ulterior desarrollo intelectual de Picón Salas.

La dictadura gomecista agobia el ambiente capitalino, que se percibe tenso; hay cierta agitación contra la asfixia dictatorial, los estudiantes deciden apoyar una huelga de obreros tranviarios, que aunque no pasa de un conato, ocasionó que muchos de sus amigos y contertulios comenzaran a ser perseguidos. Por otra parte, las carencias y las dificultades económicas familiares lo obligan a retornar a su ciudad natal. Años después diría de ese tiempo y ese entorno:

No estaba dispuesto, con mis ganas de cultivar mi espíritu, de escribir libros, de participar en la viva sociedad de las gentes, a ir a caer en los presidios de Gómez. Es lógico que uno a los veinte años se considere del linaje de los mejores; y ¿hasta cuándo –ésta era otra pregunta– los mejores perecen en nuestro país para que triunfen los más torpes y desmandados? No; no haría la ofrenda de mi cuerpo ni de mi alma a ese Saturno goyes-

co que devora a los idealistas suicidas. Quería mi cuerpo veinteañero que me llevaba briosamente por los caminos del mundo; quería mis ojos y mi mente dispuestos a disfrutar de los libros y las obras de arte, y defender mi libertad inalienable (que mora a solas conmigo y contradice prejuicios y convenciones que todos repiten) y de la que no me despojaría ningún gendarme de los que arrastran a culatazos a los estudiantes. Era, acaso, preciso huir, como quien abandona una tierra invadida por ratas pestíferas (Picón Salas, 1962: 1379).

En 1921 ya su nombre gozaba de cierto reconocimiento. Su libro primerizo fue elogiado por notables escritores, como Lisandro Alvarado, Enrique Bernardo Núñez y José Gil Fortoul, quien le escribe: “Es usted todavía corto de años, pero ya largo de vida intelectual. Siente y piensa a un tiempo: distintivo de un alma superior. Ancho ‘camino’ tiene abierto en las letras patrias: acompañele desde ahora mi aplauso en lo que valga” (Picón, 2004: 553). El doctor Esteban Gil Borges, su profesor de Filosofía del Derecho, ocupa el cargo como ministro de Relaciones Exteriores, y le ayuda a conseguir un modesto empleo con un nombre rimbombante: “jefe de servicio” en la Dirección de Política Internacional y luego en la de Política Económica.

En el despacho de la cancillería también trabajan Alberto Adriani y José Antonio Ramos Sucre. El paso por este empleo fue fugaz pues el ministro fue cambiado al contravenir el protocolo adulator de la dictadura. El hecho se había registrado en Nueva York en el acto de develación de una estatua de El Libertador. Hubo intrigas en contra del ministro, provenientes del círculo que rodeaba a José Vicente Gómez, hijo del Presidente. Éstas acentuaron el “delito” de Gil Borges de no haber nombrado ni una sola vez al general Gómez en su discurso inaugural. En esos días Mariano compila y escribe el prólogo a unas *Páginas escogidas* de Juan Vicente González. En enero de 1922 regresa a Mérida.

Vive los aprietos económicos y las angustias familiares. La baja de los precios del café aunada a la langosta que había arrasado buena parte de los cultivos anulan las posibilidades de cumplir con el compromiso de los empréstitos. Todavía se sienten los coletazos de la gue-

rra terminada en 1918. Aunque en el país prosperaba la alianza del poder y el petróleo, la economía familiar dependía de los rubros del agro. En Caracas, la Imprenta Bolívar publica su relato *Agentes viajeros*.

A comienzos de 1923 sobrevienen los embargos a la hacienda familiar como consecuencia de la quiebra. Lo que hubiese sido su herencia se desvanece. Se rematan las tierras y los bienes. Sin embargo, en medio de estas tribulaciones, intenta volver a sus antiguas tertulias, procura a sus amigos, pero la inminente ruina económica de la familia presagia la toma de decisiones para propiciar cambios más radicales.

En octubre, con motivo del día de la raza, vuelve a disertar en la Universidad de Los Andes; su conferencia “De la raza y las razas” aparece publicada en *Cultura Venezolana* de noviembre. El ambiente social se ha ido tornando hostil y la pequeña ciudad parece tenderle un cerco. Todo presagia la búsqueda de un nuevo derrotero.

Chile, la fértil comarca **señalada**

Picón Salas parte hacia Chile en marzo de 1923 en compañía de su padre, quien había enviudado cuando Mariano tenía apenas 11 años de edad. Pío Nono se había vuelto a casar, esta vez con una prima hermana de Mariano, Elena Ruiz Fonseca, con la cual tuvo tres hijos: Alberto, Josefina y Ada Picón Ruiz. En la vieja ciudad quedó toda una malquerencia, sustentada en infundios y en los rumores que acusaban a Pío Nono de malversación. Muchos han querido cobrarle a la memoria de Mariano las supuestas maniobras del padre. Fiel a su herméutica tradición, se siguió especulando en aquella sociedad de “apellidos”, bastante dada al chisme y la murmuración:

Cuentan unos que Pío Nono sirvió de fiador a un banquero doloso, quien lo llevó a la ruina. Cuentan otros que se marchó con los dineros del patrimonio familiar tras las enaguas de una coupletista de zarzuela, integrante quizás de uno de esos grupos que recorrieron los teatros venezolanos de provincia para dejarlos llenos de suspiros prodigados por románticos galanes. Otra historia filial precisa que había ocurrido un segundo matrimonio con su prima Elena Ruiz Fonseca, de quien tuvo tres hijos. Y la familia de la primera esposa no lo perdonó, como tampoco los tabúes del incesto que en las tierras de Los Andes no son simple ficción garciamarquiana (Miliani, 2006: 289).

El hijo quiere mirar al futuro, romper con la carga de fantasmas y sinsabores, pero como Jano, aquel paisaje, aquella mítica comarca que quería dejar en su pasado, se haría lugar en su memoria para siempre.

El padre y el hijo parten en vapor por la ruta del Lago de Maracaibo hacia Panamá y en el puerto de Cristóbal, con boleto de tercera clase, embarcan hacia Valparaíso. Comienza otra dimensión de su errancia, que ya había inaugurado cuando intentó el camino de Caracas en su adolescencia.

En el barco viaja un buen número de inmigrantes de Galicia, de Asturias, que también llevan el sueño de una vida mejor. Chile es entonces “el país más barato de Sur América y también el más libre”, dirá Mariano más tarde. Después de 14 días de navegación, y con una breve escala en Lima, que le permitió echar un vistazo a la ciudad, llegan al puerto de Valparaíso cuando se asoma el invierno austral.

Es junio de 1923. El padre toma un camino, el hijo otro. Sabe que de ahora en adelante todo dependerá de sus propios esfuerzos. Luego comienza a ganarse la vida ejerciendo diversos oficios: voceador de diarios, despachador de vinos, vendedor de artículos de escritorio. Busca algún trabajo menos fortuito y paradójicamente lo encuentra en un lugar oscuro en el que se venden enseres usados. Allí trabaja, y duerme. También lee y escribe. Era una “siniestra minuta”, dice el escritor; la misma estaba situada en la avenida Ecuador. Así la describe:

Me espanta la fealdad del negocio, que consiste en la compra y venta de muebles y objetos viejos que se amontonan en polvorienta confusión abigarrada. Son a veces pedazos de útiles caseros: un jarro al que le falta la palangana, un aguamanil roto, la manchada luna de un espejo, un biombo que perdió la pintura, el vestido de un buzo, unas botas de cazador. Y para que ahorre en habitación y defienda el negocio de posibles ladrones, debo dormir en el establecimiento y tender mi camastro sobre el mostrador. En esas horas de la noche, a la luz de un débil bombillo, todo ese despojo de cosas gastadas y muertas me ofrece su perfil fantasmal (Picón Salas, 1962: 1385).

Escribe una primera reflexión entre narrativa y autobiográfica, que titula “Adolescencia” con la cual debuta en la revista *Claridad*, de Valparaíso, en diciembre de 1923.

Comienza 1924. Lejos estaba su vocación de ese oficio, no podría aspirar a ser un buen vendedor. El frío y la pobreza le castigan. Había llegado cuando el invierno del sur arrojaba sus lacerantes dardos. Todo ayuda a que su espíritu esperanzado se aquilate.

La manera tan peculiar de asociar sus lecturas con su ya acrisolado mundo de referencias enciclopédicas, le permite comentar con solvencia la novela *Páginas de un pobre diablo*, de Eduardo Barrios, recién editada. Picón Salas entrega “un escrito caluroso”, en el periódico *La Estrella* de Valparaíso, que aparece en enero. Este hecho significaría una tarjeta de entrada a todo un mundo de relaciones, nuevos amigos, posibilidades de trabajar y cambiar radicalmente aquellos días de zozobra laboral y angustia intelectual. El escritor recuerda:

Eduardo Barrios –hombre de ejemplar generosidad– me respondió con una carta de estímulo y agradecimiento; me preguntaba quién era y de dónde había venido, y me invitaba a visitarle en las tertulias literarias que se celebraban cada noche de sábado en su casa santiaguina, Plaza de San Isidro, 387 (Picón Salas, 1962: 1388).

Esta carta le da impulso para un paso decisivo, y le abre un camino que le permitiría continuar con su formación intelectual y emprender estudios universitarios. Comienza su lucha contra la nostalgia. Consigo lleva la fe en que un horizonte nuevo se abriría ante sus ojos para colmar las expectativas que atesoraba.



Santiago a **lo lejos**

En Santiago se respiran otros aires, hay una actitud marcada hacia los cambios sociales, que están cargados de un ideario socialista, pero sobre todo americanista, que prevaleció hasta la primera mitad de los años treinta.

Muy atrás, en su memoria y en su constante evocación, quedará la ciudad de su infancia y adolescencia, aquella distante ciudad de los Andes venezolanos que tendría unos 10.000 o 15.000 habitantes, y que tanto se parece a la cumbres de sus ficciones, “ciudad verde, montañosa y católica, perdida en la hermética serranía, a diez días del mar” (Picón Salas, 1931: 25).

Y Santiago le abre las puertas. Una ciudad con una población cercana al medio millón de habitantes, que se extendía en los márgenes del río Mapocho. Chile era gobernado entonces por Arturo Alessandri Palma, apodado “El león de Tarapacá”, cuya gestión intentaba modernizar el país, llevando los problemas económicos al centro de los debates políticos.

Aunque propicia la participación de una clase media formada por intelectuales y trabajadores y estimula los procesos de modernización del país, no escapa de orientaciones populistas cargadas de demago-

gia. Su gobierno permite la confrontación de ideas, el auge de grupos minoritarios, estimula el nacionalismo y la participación de sindicatos, muchos de ellos movidos por ideas anarquistas.

Todo esto fue desplazando gradualmente a la oligarquía conservadora. Por supuesto, es notorio el auge de los periódicos y revistas de corte cultural. Hay síntomas de crecimiento económico y una atmósfera de libertad que propicia el debate de las ideas y cierta bohemia discurre en clubes y cafés.

Gracias a Eduardo Barrios, el joven Picón Salas entra en contacto con la vida cultural, y política, de Santiago. En su tertulia conoce a personas que serían de mucho significado en sus años futuros, tales como Salvador Reyes, Armando Donoso y Sara Hubner. Asiste a una velada en el Liceo Federico Hanssen para hablar acerca de la situación política de Venezuela.

En esa ocasión conoce a Eugenio González Rojas, líder estudiantil quien luego de una intensa labor como presidente de la Federación de Estudiantes, en 1920, se estaba fogueando como dirigente sindical y llegó a ser ministro de Educación cuando insurge la revolución socialista de Marmaduke Grove Vallejo en junio de 1932, la cual tuvo la efímera duración de 12 días. En esta etapa también conoce a Pablo Neruda. Así recuerda el escritor aquellos días:

En la Federación Chilena de Estudiantes y en el Instituto Pedagógico encontré muchachos de las más variadas patrias americanas, y me llevaron a contarles la tragedia de Venezuela. Me convidaron, luego, a cenas juveniles que terminaban recitando versos de los poetas últimos, y allí vi y oí por primera vez a un joven largo, de descoyuntados pasos y de voz melancólica, que se llamaba Pablo Neruda. ¡Qué efecto de extraña salmodia – contra todas las normas de la recitación– nos hacían sus versos desgarrados que levantaban en nosotros aquel subconsciente nocturno, de tristeza, indecisión; vaga y herida sensualidad que duerme en el alma mestiza! ¡Cómo iba después a identificar la voz y la poesía de ese hombre con el paisaje llovido, desbordado y relampagueante del sur de Chile! (Picón Salas, 1962: 1392).

Por mediación de Martín Bunster Montero obtiene un empleo como “inspector de estudiantes” en el Instituto Nacional de Santiago, lo cual le asegura un poco de tranquilidad económica. En marzo de 1924 ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, el cual había sido fundado en 1889 como el primero de su tipo en todo el continente. Allí Mariano se destaca como alumno y asiste a la peña literaria del humanista José Toribio Medina. También conoce allí a Domingo Melfi, Mariano Latorre, Ricardo A. Latcham, Alberto Romero y Carlos Préndes Saldías. En esos días, por invitación de Domingo Melfi, comienza a colaborar con *Atenea*, revista recién fundada en la Universidad de Concepción y que tendría hondas repercusiones en la vida cultural chilena.

Eduardo Barrios era director general de bibliotecas, archivos y museos, un cargo realmente importante que allana los caminos para que Mariano ingrese a la Biblioteca Nacional como oficial de número, cuya principal función era la de adquisición y canje. La designación ocurre el 18 de marzo de 1927 por decreto del Ministerio de Educación Pública.

No podía ser más oportuno este hecho que se convertiría en su puerta de entrada a un trabajo más estable, y a cierta tranquilidad que estaba en el camino de sus búsquedas. De aquella etapa dirá unos años más tarde:

Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos –para clasificarlas– obras de la más varia categoría (...) Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma –en apariencia muy coherente– para resolver los problemas humanos (Picón Salas, 1962: XI-XII).

En 1927 recibe el título de profesor de estado en Historia y Geografía. Su trabajo de grado se titula *Una ciudad colonial americana: Lima a mediados del siglo XVIII*. En su certificado académico se hace constar:

Que el Señor Don Mariano Picón Salas ha cursado en forma brillante sus estudios en el Instituto Pedagógico, desempeñando después de haber obtenido su título los cargos de Ayudante, Jefe de Seminario y profesor Auxiliar de Historia y Geografía en este Departamento. En todos estos cargos el Señor Picón Salas ha revelado gran competencia, dedicación al estudio, espíritu de trabajo. Por su preparación histórica, por sus conocimientos de bibliografía general y especialmente americana, por sus prendas de carácter y eficiencia creemos que el Señor Mariano Picón Salas, está en situación de desempeñarse con acierto en la enseñanza universitaria o dirigiendo cualquiera de las reparticiones de una gran Biblioteca (Zambrano, 2007: 42).

Ese mismo año aparece, en la editorial Nascimento, su segunda recopilación de textos en prosa, que titula *Mundo imaginario*, la cual está profundamente impregnada del entorno afectivo de su adolescencia y revive –aunque quiera desdibujarlos– los fantasmas de sus días merideños. Sin embargo, este libro está orientado hacia la que sería una de sus más perseguidas vocaciones: la de ser un narrador, un novelista. *Mundo imaginario*, abriría ese camino.

Sigue con los cursos reglamentarios para culminar el doctorado de estado en Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, el cual termina el año siguiente. En febrero de 1928 se casa con una de sus compañeras de estudio en el Instituto Pedagógico, Isabel Cento Manzo, a quien había conocido en 1926. Luego sería profesor y tutor de ella. Con Isabel tuvo su única hija: Delia Isabel, quien nació en Santiago de Chile, el 24 de diciembre de 1937. Por esa razón siempre la llamó cariñosamente “Pascualita”. Ambos compartieron –recién casados– el hogar de Pío Nono y Elena Ruiz Fonseca, con sus hermanos Alberto y Josefina. Ada se había quedado al cuidado de los abuelos maternos en Mérida y allí permaneció hasta 1933.

En esos días ocurre una tragedia familiar: el despeñamiento de Alberto, hermano menor de Mariano y el mayor del segundo matrimonio de su padre. Alberto era aficionado a la lectura y la escritura de cartas y poemas; tendría unos 14 años cuando murió, al caer del Cerro San Cristóbal, mirador de la ciudad, a donde solía ir de paseo con su

hermana. Ese mismo año Mariano e Isabel se mudan a una pequeña casa alquilada para fundar su propio hogar. Este espacio, situado al pie del Cerro Santa Lucía por el lado oriente, quedaba muy cerca de la Biblioteca Nacional. Se convirtió prontamente en lugar de encuentro y tertulia de jóvenes intelectuales:

En esa casa había tertulia literaria, se discutía y se “componía el mundo”. Mariano Latorre, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan Gómez Millas, Ricardo Latcham, Humberto y Héctor Fuenzalida y Álvaro de la Fuente (a quien siempre llamamos “El Chopo”) estaban entre los más asiduos a esa peña, pero hasta allí llegaban, además de los intelectuales chilenos, todas las grandes figuras de las artes o la literatura latinoamericanas que vinieran al país, bien en son de visita o apresuradamente deportadas por algún gobierno de facto (Fuentes, 1966: 95).

Intensifica su inmersión en la vida literaria chilena y se incorpora como colaborador en la revista *Letras* fundada ese año por Salvador Reyes. En ella participan Ángel Cruchaga Santa María, Manuel Eduardo Hubner, Hernán del Solar y Luis Enrique Délano. Su artículo “Estética dogmática y estética morfológica” se incluye en el número 4, que aparece en agosto de 1928.

Su grado académico le permite ingresar como jefe de trabajos prácticos de la Universidad de Chile, y al poco tiempo gana el concurso para ocupar el cargo de profesor de Historia del Arte y Literatura General en la Facultad de Bellas Artes y en la de Filosofía, respectivamente. En esas cátedras se mantiene hasta diciembre de 1935. También presta sus servicios como profesor en el Liceo Manuel Barros Borgoño y también en el Internado Nacional Barros Arana, hasta 1930. Es una etapa en la cual colabora con otras revistas, tales como *Cultura Venezolana*, de Caracas; *Alas*, de Barquisimeto; *Universal Gráfico*, de México y *Repertorio Americano*, de Costa Rica.

La vida política chilena está en proceso de cambios, de discusiones y nuevas búsquedas. Se procura la formación ideológica a través del pensamiento de los socialistas europeos, y del marxismo no dogmáti-

co. Picón Salas participa en tertulias literarias y políticas. Era asiduo a los encuentros en la Casa Francesa, situada en la esquina de la calle Huérfanos con Estado.

Es el tiempo en que colabora con la revista *Claridad*, junto a otros jóvenes entusiastas que discuten los temas del marxismo y del socialismo. Estos son tal vez los días en los cuales está más cerca de la política de izquierda, y sus amigos, muchos de ellos vinculados con la Federación de Estudiantes Chilenos, inculcan en él ideales socialistas, pero sin llegar a convertirlo en un hombre de militancia.

La *Revista Chilena* le abre sus páginas en 1929 para una sección mensual titulada “Vida literaria de Chile”. A través de ella se da a conocer para los lectores chilenos la aparición de *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. En abril de 1930 don Mariano se cuenta entre los fundadores de la revista *Índice*, cuyo prospecto lleva las iniciales de su nombre. Sin embargo, Picón Salas no pierde de vista que la realidad de América Latina era distinta, que no funcionarían los recetarios importados para propiciar los cambios sociales que se requerían.

La revista se propone además expandirse como editorial, lo cual hace. En una carta a Alfonso Reyes le dice que la revista “tiene el interés de no ser solamente literaria, ya que hemos agrupado todos los nuevos trabajadores intelectuales de Chile y hay en nosotros un honesto deseo de cultura” (Zambrano, 2007: 35).

Sus amigos son jóvenes que con el tiempo ocuparían lugares privilegiados en la vida cultural y política de Chile: Eugenio González, Ricardo A. Latcham, Raúl Silva Castro, Guillermo Feliú Cruz, Benjamín Subercaseaux, Domingo Melfi, y Mariano Latorre, entre otros. Este grupo “no tuvo una filiación política reconocida ni confesada. Pero bullía en el espíritu de la mayoría la concepción doctrinaria socialista. Otros representaban el viejo liberalismo y muchos fueron ajenos a una ideología política determinada” (Feliú Cruz, 1970: 65).

Guillermo Feliú Cruz fue testigo de excepción en ese entonces. Mariano lo había conocido en 1925. Fue su profesor y para siempre su

amigo, mentor en su trabajo en la Biblioteca Nacional de Chile y posteriormente uno de sus biógrafos. Los dos compilaron *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX, a través de testimonios contemporáneos* (1933), esta obra estaba dirigida originalmente a estudiantes de educación primaria y secundaria, pero tuvo una acogida mucho más amplia y muy positivas recensiones en *El Mercurio*, *El Diario Ilustrado* y *La Nación*.

En 1930 hace un balance de su vida intelectual. En un diario que había comenzado en octubre de 1919 en Caracas, al cual tituló “Libro de notas”, sigue haciendo sus confidencias:

Mi esquema actual: Lo que se tiene y lo que se desea. Estado civil: casado. Profesor de Estado. 12 horas semanales. Bibliotecario 3ª Biblioteca Nacional. Profesión inconfesable: Rebelde de apariencia tranquila. Director de la revista Índice. Escritor. Lo inmediato: ¿Emancipación pedagógica? ¿Resultará la Editorial? Paz para escribir. No quiero que los pedagogos digan de mí: ¡este escritor! Y los escritores: ¡este pedagogo! Pero en América hay que ser siempre maestro de escuela (Sucre, 1983: 642).

Sin embargo, sobrevienen cambios que enturbiarían esa pretendida paz para escribir. El trabajo en la Biblioteca Nacional lo mantiene en contacto con las novedades. Sus intensas colaboraciones con periódicos y revistas, van acrisolando su estilo, aquilatando su prosa. El magisterio lo compromete con la formación de ciudadanos mientras transmite su amor por el saber, con compromiso social y verdadera fe en los valores esenciales del hombre.

En junio de ese año 1931 comienzan los malos presagios en la vida política chilena. El ambiente comienza a agitarse. Siente que la miseria, la barbarie y el militarismo criollo se paseaban desalados por las calles de Santiago. Mariano se desespera un poco y piensa en la posibilidad de irse de Chile. El 29 de junio le escribe a Alfonso Reyes una carta y le anexa su certificado de estudios. Por su valor documental y autobiográfico la transcribimos *in extenso*:

Lo sensible es que corren tiempos malos. La Meteorología chilena está en este momento hecha de tormenta. La crisis económica que se desboca por instantes y que no puede ya ser mayor, deviene naturalmente crisis espiritual. Los hombres jóvenes estamos viendo, seguiremos viendo cosas horrosas. La Cultura es en nuestras tierras bien tan efímero, que se descascara como un estuco al primer manotón bárbaro. Vea Ud. lo que ahora me ocurre a mí. Hace 9 años, casi adolescente aún, salí de Venezuela y me vine a Chile. Huía de la barbarie. Luchando un poco con la vida, seguí estudios todo lo disciplinados y serios que aquí puedan hacerse. Creíamos entonces en la eficacia que tendrían estas cosas –Historia, Filosofía, Humanidades Superiores– en este caótico medio hispano-americano. Hacíamos manifiestos de estudiantes; sosteníamos aun a costa de nuestro sueño y nuestra fatiga, Universidades populares. Yo salí de la Universidad, por lo menos, con abundantes certificados. Anco en Chile, me dije; Chile, buena tierra y alta costa, para los temporales democráticos. El paisaje de Chile está hecho de quebradas y valles cordilleranos. En uno de esos valles de contemplación, de olvido, pasaron largos años, luchadores americanos como Bello y Sarmiento; en relación con la Venezuela que yo había dejado, podía compararme con ellos; y he aquí, mi querido maestro, que ni en Chile, en la templada tierra chilena de los hombres prudentes, en lo que fue democracia tranquila, encuéntrase ahora valles. Vivimos en un pauperismo intelectual que en el curso de este año háse tornado irremediable. Yo, que ya no tengo cómo ganarme la miserable vida material en Chile, estoy en camino de emprender una nueva aventura ¿Podría Ud. darme un consejo? Quisiera irme a un país como España. Se me ocurre que en las empresas editoriales americanistas de nuestro amigo Sainz Rodríguez podría hallar algún acomodo. Adjunto, le incluyo un Certificado de identidad funcionaria, que acredita sirvo para algunas cosas. Este Certificado en copias volanderas y otros que consiga, voy a ponerlos ahora en circulación como los pasaportes de un Odiseo sin reposo. Ruégole me diga si con mi título chileno de profesor de Enseñanza Secundaria y Normal en las asignaturas de Historia, Literatura y Filosofía, podría hallar cualquier género de trabajo en México. Si este servicio pudiera Ud. hacerlo dentro de sus funciones de Embajador, le quedaría muy agradecido... He echado una angustiada carta al destino. En la Vida como en el Arte, lo Patético me parece un elemento inferior. Disculpe Ud. si ésta es una carta patética; ya vendrán más sosegados días de diálogo (Zambrano, 2007: 40-41).

El presidente Carlos Ibáñez del Campo, convocó en julio de 1931 un Gabinete de Salvación Nacional, para hacerle frente a una crisis económica que se hacía irremediable. En ese gabinete participaron Juan Esteban Montero, como ministro del Interior; Pedro Blanquier, como ministro de Hacienda, pero no hubo manera de contener el naufragio. El 27 de julio de 1931 Ibáñez del Campo renuncia a la Presidencia y abandona el país. Una rápida sucesión tuvo a Pedro Opazo Letelier y nuevamente a Montero en el mando interino.

En menos de 30 días éste renuncia y cede el paso a su ministro del Interior, Manuel Trucco, para luego intentar presentarse como candidato a la Presidencia de la República en las elecciones que iban a realizarse el 4 de octubre. Aunque es elegido Presidente con un alto porcentaje de votos, es derrocado por un golpe de estado el 4 de junio de 1932, por una junta presidida por Arturo Puga e integrada por Carlos Dávila, Eugenio Matte Hurtado y el comodoro Marmaduke Grove Vallejo, quien proclama la República Socialista de Chile.

En medio de la crisis política, el rector de la Universidad de Chile renuncia. Según Guillermo Feliú Cruz, se designa una junta rectoral interina, conformada por tres miembros: Pedro Godoy, profesor de la Escuela de Arquitectura; Pedro León Loyola, profesor del Instituto Pedagógico y Mariano Picón Salas, profesor de la Escuela de Bellas Artes. Según el biógrafo, Mariano evaluó rápidamente aquella responsabilidad y decidió renunciar al doceavo día. Sin embargo, quedó el grato recuerdo de haber ejercido la rectoría de la Casa de Bello por un corto período: “Con gracia decía después que Venezuela había dado dos rectores a la Universidad de Chile: Bello y él. Pudo haber agregado también que al servicio de la Biblioteca Nacional habían estado otros dos venezolanos: el caraqueño y el merideño” (Feliú Cruz, 1970: 60).

Este relato ha sido repetido por estudiosos y comentaristas de la vida y obra de Picón Salas en distintas oportunidades, otorgándole veracidad absoluta. Sin embargo, en su excelente *Profecía de la palabra. Vida y obra de Mariano Picón Salas*, Simón Alberto Consalvi cuestiona la veracidad del testimonio y documenta los acontecimientos para con-

cluir que “no hay récord en la Universidad de Chile de este episodio” (Consalvi, 1996: 45); tampoco Picón Salas se refirió al hecho en alguno de sus escritos, aunque se infiere que sí participó en el Consejo de Profesores y Alumnos que se creó en medio de la crisis de aquellos días, pero que tuvo vida efímera.

En medio de los vapores políticos, en ese año 1931 aparece su *Odisea de tierra firme*; la ha subtulado “Vida, años y pasión del Trópico”. En su prospecto se lee más que su justificación literaria, el punto de vista sustentado en su perspectiva social e histórica:

La conciencia que quise imprimirle a este libro –si no me traicionó la imaginación–, es la conciencia de inquietud y protesta –muy suramericana– de un hombre urbano, como soy yo y como parecen serlo los personajes que amo más en mis relatos, ante un medio que les es inferior por el imperativo bárbaro de la vida. Tienen mis personajes y yo mismo, como para evadirse de ese sino histórico, la reparación que les da el paisaje, el sabor de los cuentos folklóricos, la compañía de los arrieros que suben las rampas de los Andes o la travesía en uno de esos “bricks” del siglo pasado por el fosforescente Mar de las Antillas. Poesía y humor para librarse del horrendo dramatismo que imponen los hombres (Picón Salas, 1931: 9).

En esta obra ha volcado su fe y tal vez un no disimulado optimismo por lo que esperaba sucediera pronto en su patria. Considera que es un libro sobre Venezuela donde...

(...) intento recoger una visión de conjunto de los días patéticos vividos en aquella tierra y explicarlos con la mayor objetividad posible (...) Hay en ese libro, principalmente la tragedia de la vieja gente urbana que formó el país, destruida por las masas rurales que han retrogradado la política venezolana a una etapa de primaria organización pastoril (Zambrano, 2007: 36-37).

Mientras *Odisea de tierra firme* es saludada entusiastamente por el novelista mexicano Mariano Azuela, en Caracas se ordena, a instancias de Elías Sayago, prefecto del Departamento Libertador de Cara-

cas, la apertura de un expediente por considerarla subversiva. En el expediente se confirma que la obra fue denunciada en Maracay por José Manuel Anzola, quien “ha obrado maliciosamente, con falsedad, con el fin, tal vez, de hacerles daño a las personas que menciona en sus declaraciones” (Picón, 2006: 295).

Odisea de tierra firme construye una historia familiar caracterizada por la movilidad entre distintos espacios, buscando escapar de una situación política amenazante. Tiene como su más importante correlato la dictadura de Juan Vicente Gómez. Los hechos se dan a fines de la década de los veinte, cuando Caracas era ligeramente sacudida por los acontecimientos de la semana de carnaval, en febrero de 1928.

Recuenta una tragedia civil, que motivó la represión a estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, y ocasionó muertes, encarcelamientos y destierros. Si bien Picón Salas se encontraba en Santiago de Chile, el protagonista, un estudiante de provincia que se va a la capital a estudiar leyes, está presente entre los estudiantes que se atreven a protestar contra la dictadura.

Hay en estos relatos una esperanza en que pronto pueda saberse de un país libre, donde haya paz y justicia, donde no reine un tirano. Es la imaginación de un joven que mira hacia el futuro mientras prende la esperanza en otros lados del continente. Por esos días Mariano Azuela le escribe desde México una carta, que luego Picón Salas utilizará como prólogo en la segunda edición de esta obra:

Soy un viejo que no espera ya la aurora de mejores tiempos como lo soñaba en otros años, pero como necesidad vital poseo la creencia ciega de que todos estos criminales que agarrotan a nuestros pueblos bajo su brutal poder, están poniendo inconscientemente toda su maldad al servicio de una gran causa y ayudando al alumbramiento de una humanidad que sin duda será mejor (Azuela, 1940: 8).

El libro se abre con una breve nota titulada “El mundo imaginario...” en la cual el autor confiesa su procedencia y señala el lugar desde el cual escribe:

Nací en Venezuela, y por si le interesara a los notarios –aunque no espero ninguna herencia– diría que en 1901 (...) A ratos cambié de alma y cambiaré cuantas veces mi curiosidad intelectual o mi errancia imaginativa, me lo exijan. Me gusta Venezuela, me gusta Chile y me gusta sobre todo abrir y tocar con sus Amazonas y sus Andes, toda la vasta carta de América.

Aquí se encuentran expresadas las constantes que aparecerán con marcada insistencia en sus narraciones: la recurrencia a elementos propios de su biografía, la fijación del lugar desde el cual narra, la presencia del viaje como elemento estructurador y la pasión por el conjunto cultural que conforma América Latina.

La memoria –lo más persistente del hombre–, está presente como una de las formas de recuperar el pasado, es un elemento constante de su narrativa, y aparece desde sus narraciones iniciales. Memoria e imaginación, mediadas por el portentoso dominio del idioma y el don iluminado de su escritura.

Ese mismo año 1931, la editorial Índice publica su libro *Hispanoamérica, posición crítica*. Esos son los días que comienza su correspondencia con Rómulo Betancourt. El entonces joven político venezolano se encontraba exiliado en San José de Costa Rica. Betancourt reseña estos dos libros en la revista *Repertorio Americano*. Mariano le envía unas “apostillas” para aclararle sus puntos de vista. Éstas también se insertan en la revista y con ello comenzaría un cruce de correspondencia en la cual figura todo un entramado afectivo e ideológico que pasa por detallar los pasos de cada uno en la formación política.

Picón Salas le expresa sus opiniones sobre el “Plan de Barranquilla”, que Betancourt había redactado junto con otros exilados. Se ofrece para apuntalar los aspectos educativos. Piensa que muy pronto podrá retornar a servir a su país, idea que siempre le acompaña: “Yo me les ofrezco para estudiar el programa educacional –ya que soy profesor titulado– y el problema lo hemos discutido largamente en Chile. Mi punto de vista en Educación prepararía para un régimen socialista”, le decía en una de sus cartas. Picón Salas argumenta sobre diversos

aspectos de la cultura, la política y su idea de nación. Betancourt hace circular las cartas de Picón Salas entre otros exiliados y confía, entusiasmado, en la lucidez y precisión de su corresponsal.

Son días de vaivenes, de fe y decepción; la atmósfera de Chile está sobrecargada de malos vapores: odio, lucha, incertidumbres. Se muestra prudente pero no deja de ser crítico:

Hay que vencer cierto comunismo criollo, fanático y sin análisis, con una decidida política económica que capte o interese en su esfuerzo a todos los hombres inteligentes. El hecho es que la sociedad capitalista no nos produce el menor crédito y el menor entusiasmo. Pero el materialismo comunista, el abstracto racionalismo marxista, no parece tampoco una solución para estas gentes intuitivas, en el fondo espiritualistas, de nuestra raza (Zambrano, 2007: 44).

Picón Salas mantiene su fe en la literatura, pero también en las reivindicaciones sociales; ante el panorama confuso opta por esperar y tratar de coexistir sin dejarse llevar por el vórtice de las confrontaciones. Siempre lo distinguió un carácter tolerante y un norte claro. Esto le permitía interactuar con intelectuales de otras generaciones y mantenerse siempre alerta ante lo que consideraba el destino de América. De allí el fortalecimiento de una perspectiva latinoamericanista que había despertado tempranamente y que tomó visos concretos cuando valoró los vestigios de la cultura incaica en su indagación sobre el Perú.

En octubre de 1933 sufre quebrantos de salud y es operado para extraerle la vesícula biliar. Mientras se recupera, medita y no deja de preguntarse por la situación presente; piensa en ese drama en gestación que sigue siendo la vida chilena. Pronto tiene una razón para alegrarse, la editorial Nascimento publica su libro *Registro de huéspedes*, entre lo poético y narrativo, donde se impone el recurso memorialista que se confunde con el discurso de la confesión autobiográfica:

Corrían los meses y los años: 1920, 1921, 1922. En el resto del mundo –en la China o en Rusia– ocurrían grandes sucesos, pero aquí la vida continuaba su cascado ritmo irremediable. Los mismos políticos en el escenario, el mismo mito nacional del boxeador que gana a las bofetadas, del diputado que pronuncia los más adjetivados discursos de la estación parlamentaria. Todo es aburrido, sin generosidad, invención o aventura (Picón Salas, 1934: 125-126).

También aparece su libro *Problemas y métodos de la historia del arte*, que recupera sus viejas preocupaciones sobre la enseñanza. Vuelca allí su intuición comparativa y su profusión, la belleza expositiva y la precisión en el manejo del dato. Para Picón Salas la historia es la llama que aviva el alma de los pueblos. Y no hay nada peor en el destino de un pueblo como la fragilidad de su memoria, porque de esa manera pierde el sentido de la esperanza que –junto a los deseos y los sueños– es también una parte sustancial de la historia.

Acepta una invitación para visitar el Perú. Le acompaña su colega Ricardo Donoso. Llega a Lima, recorre sus calles, disfruta la vista de los amplios balcones que una vez recibieron a El Libertador. El 16 de septiembre de 1935 dicta una conferencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la primada de América, de la cual los peruanos se sienten tan orgullosos. Esta vez desarrolla el tema “Instinto y sangre de nuestra historia social (El eros criollo)”. Ascende hasta el Cusco y escribe una lúcida interpretación sobre sus pintores y el arte colonial. También es como la crónica de su viaje el ensayo “Estampas inconclusas de un viaje al Perú”, que incluye en su libro *Un viaje y seis retratos*, que editaría años más tarde, en Caracas. Publica el que será su último libro de esta etapa, *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* (1935), con el cual cierra su proceso de reflexión en torno a la nación austral, que había asumido como suya, y donde se le había reconocido como un líder intelectual. También por estos días da a conocer su testimonio sobre Pablo Neruda.

Chile, la fértil comarca señalada que evocará en su *Regreso de tres mundos*, le había abierto las puertas, lo había recibido en su regazo y lo había enseñado a tener fe, a creer en sí mismo, en su posibilidad de hacerse hombre frente a las adversidades y cincelar carácter, lengua y visión para enfrentar los nuevos retos. Sus días chilenos parecían cerrarse pero sólo fue un breve paréntesis. Venezuela era el próximo puerto.



La pasión **venezolana**

El 17 de diciembre de 1935 muere Juan Vicente Gómez. Anciano, en su cama, ya bastante cansado del poder. Si bien no se haría justicia por los desmanes cometidos, por fin se cumplía lo que muchas generaciones anhelaron, pues padecieron su régimen como una prueba del destino. Muertes, prisiones, destierros. Algunos creyeron que sus ojos no verían el fin del tirano. Una generación, otra y otra estuvieron preguntándose lo mismo.

Para Picón Salas se abría la posibilidad de retornar, que había anhelado y expresado en diversas cartas y en sus propias ficciones. Siente que es la oportunidad que merece su generación. Y no duda en atender el llamado de la patria. Su estancia en Chile se prolonga hasta el alba de 1936. Arregla sus asuntos, empaca algunas de sus pertenencias. Está motivado por la euforia de libertad que se desata en su país, dejado atrás hacía ya 13 años. Su amigo y corresponsal Rómulo Betancourt lo insta y le ofrece ayuda para el viaje.

Llega el día de materializar un anhelo. Deja casi todo lo material, trae consigo experiencia, madurez y sobre todo deseos de servir. Inicia el retorno solo. El 10 de febrero llega a Caracas y la encuentra, como era de esperarse, agitada. La gente está en la calle, los estudiantes re-

claman participación. El Gobierno es presidido por Eleazar López Contreras, que venía de ser ministro de Guerra y Marina de Gómez.

López procura limar los resentimientos, promueve el retorno de los exiliados, comienza a convocar voluntades para echar a andar el país. Sobre todo, muchos jóvenes que habían sumado experiencias y aprendizajes en un exilio que consumió a personas de varias generaciones. Sin embargo, no bastó su petición de calma y cordura. Tuvo que suspender las garantías y los actores civiles le reclamaban su restitución, así como la liberación de los presos políticos. El paisaje está lleno de matices. El mismo Picón Salas lo sintetiza como en un lienzo cubista:

Por enero de 1936 los viejos parques de Caracas y hasta los dos circos taurinos (el “Metropolitano” y el “Nuevo Circo”) se convirtieron en foros ideológicos. Los emigrados que volían de los más antípodos sitios del mundo, que vieron la “Plaza Roja”, los mítines parisienses del Vel d’Hiver o la huelga de los mineros asturianos abrieron ante los ojos de la ávida multitud su caja de sorpresas políticas. Se arengaba y se discutía; había liberales, socialdemócratas, socialistas de la II Internacional, comunistas, trotskistas y aun numerosos inconformes que aspiraban a establecer su propia teoría sobre el Estado y la Sociedad. El lenguaje criollo que se estancara en la simpleza aldeana y la continua represión exigida por la dictadura o en las formas ya convencionales de los “discursos de orden” y del seudoclasicismo académico, recibía un continuo aporte de barbarismos o de nuevas nomenclaturas para revestir las cosas. Surgieron palabras pedantes y difíciles como “culturización”, “conglomerado”, “estructuración social”. Una manifestación como la que en febrero de 1936 fue a pedir al General López Contreras que “ampliara el radio de las libertades públicas” (para hablar en el lenguaje de aquellos días) se llamaba un “desfile masivo”. Pero a través de nuevas palabras, y aun contra el rechazo de los académicos, penetraba en la vida venezolana mayor emoción social y sentido de justicia (Picón Salas, 1962: 242-243).

Pese a todo lo que pudiera enumerarse como razones de peso para quedarse en Chile, había decidido regresar a Venezuela, a servirla, como siempre lo soñó, como esperó fervientemente. Trae consigo numerosos proyectos educativos que fueron pensados y discutidos con personalidades de la vida cultural chilena y que él entendía –acaso con de-

masiada urgencia- como la posibilidad de fomentar una verdadera renovación del sistema educativo venezolano.

Todo bullía, el país despertaba de una pesadilla que había durado casi tres décadas. Se respiraban aires de libertad y eso se convertía en una euforia colectiva. Todo se visualizaba como una gran tarea pendiente: reconstruir el país por sus flancos más vulnerables y a la vez más urgentes: la educación, la salud pública, las libertades civiles, el fomento de nuevas instituciones.

Retornaban los exiliados a buscar su lugar en esa nueva lucha, se reencontraban con los sobrevivientes, quienes habían resistido desde adentro porque tal vez no tuvieron otra opción. Pero también estaba la necesidad de organizarse y canalizar los esfuerzos. Un paso previo es la constitución de partidos políticos. Mariano, que no era hombre de partidos, da el paso que evitó en Chile y se le cuenta entre los fundadores del Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), aunque éste no se reconoció formalmente como un partido sino como una organización técnica.

En esta iniciativa se vincula con Rómulo Betancourt, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Alberto Adriani, Raúl Leoni, Juan Oropesa y otros políticos e intelectuales jóvenes. Picón Salas es designado Secretario General. Cada quien buscaba su verdad y ensayaba su acción; también sobrevinieron puntos de vista particulares que lógicamente culminaron en contradicciones y desacuerdos. Cundía la impaciencia. De estos episodios dirá años más tarde:

A todos los que regresan -desde el glorioso ejemplo de Miranda hasta el mínimo de los viajeros de 1936- se les cobra un obligado peazgo sentimental. Es la desconfianza del sedentario contra el nómada; el explicable temor de que los usos, métodos y hábitos mentales que pudimos adquirir en nuestra peregrinación choque contra el sistema de defensas y rutinas de los que se quedaron. Aun el compatriota que vuelve, parece demasiado intruso. Traemos excesiva presunción o estamos seguros de que nuestras fórmulas tienen mayor validez que las que practicaron, sin modificación, en su humillado combate con la vida, las gentes que permanecieron (Picón Salas, 1962: 1428).

El Presidente de la República busca los caminos para estabilizar el país; organiza un programa de gobierno que denomina “El Plan de Febrero”. Entre los llamados está Alberto Adriani, el antiguo amigo de Mariano; a su talento se encarga el plan económico. El 21 de febrero se presenta el programa y se restituyen las garantías.

El historiador merideño Caracciolo Parra Pérez, que recién retornaba desde París, fue designado ministro de Instrucción Pública. De inmediato comienza a conformar su equipo y piensa en su paisano, el joven Picón Salas, y lo designa superintendente nacional de Educación. Don Mariano se encarga el 4 de marzo.

Tiene en sus manos la posibilidad de impulsar nuevos sistemas y métodos educativos y especialmente pedagógicos en el país. ORVE promueve una concentración pública, el 10 de marzo, en la que sus líderes exponen los fundamentos de la organización. Continúan las presiones, los desacuerdos; era necesario frenar el sentimiento de revancha y los deseos de venganza. Los estudiantes presionan. Parra Pérez decide renunciar antes de cumplir un mes en la gestión. Ocupa su lugar Rómulo Gallegos, quien también acababa de regresar de su exilio en España y asume el reto de impulsar las transformaciones siguiendo lineamientos trazados por su antecesor.

Picón Salas ve entonces la oportunidad de llevar a cabo su plan, pensado y discutido con colegas y amigos de su entorno en los no muy lejanos días chilenos. Cuenta con el apoyo del ministro de Educación, y decide entonces convocar a aquellos intelectuales, maestros y pensadores que en Chile habían propiciado transformaciones efectivas en el sistema educativo. Poco después llegan integrando una verdadera misión pedagógica para llevar a cabo los cambios que Venezuela necesitaba en torno a la educación primaria, secundaria y superior.

No había entonces concepciones, filosofía ni orientaciones que determinaran el papel formativo de la educación, que comprendieran su fin social y político. Había que construir el sistema escolar, modernizar las técnicas de enseñanza, preparar la población para las tareas

urgentes del país. Se reeditaba así una experiencia que había dado muy buenos frutos a la cartera educativa mexicana unos años antes. El secretario de Instrucción Pública, José Vasconcelos, cuando le correspondió echar las bases de un nuevo proyecto educativo tras la dictadura de Porfirio Díaz, convocó las misiones culturales y educativas, entre en las cuales participaron destacadas figuras de la educación chilena, entre ellas Gabriela Mistral.

El 12 de abril, Picón Salas dicta una conferencia en el Teatro Nacional sobre las líneas principales del “Programa de Febrero” que había propuesto el presidente López Contreras. Una síntesis de esa intervención aparece publicada en *El Universal*. Tanto en las páginas del Primer Manifiesto del ORVE, en el que mucho hay de su ideario, así como su accionar en consecuencia con estos principios, llevan un mismo objetivo: procurar la justicia social.

La tarea de fundar el Instituto Pedagógico Nacional iba por buen camino. En mayo de 1936 llegan al puerto de La Guaira Oscar Vera Lamperain, como jefe de la misión pedagógica, Juan Gómez Millas, Eugenio González Rojas, Armando Lira, Salvador Fuentes Vega, Manuel Mandujano, Humberto Parodi Alister, Humberto Fuenzalida, José Santos González Vera, María Marchant de González Vera, Carmen Moena Morales y Humberto Díaz Casanueva. Inmediatamente comienzan sus labores para alcanzar los objetivos más urgentes.

En julio se propone la creación del Instituto Pedagógico Nacional, el cual se inaugura en septiembre. Sin embargo, sus concepciones pedagógicas de avanzada y sus prácticas modernas para implantar un modelo novedoso para el proceso de enseñanza-aprendizaje, encontró una fuerte resistencia en algunos líderes de la iglesia católica, en cuyas manos estaba la educación católica privada.

Picón Salas vivía como tantos otros “el drama de los emigrados que retornan”. Aun cuando había dejado clara su posición de rechazo ante la posibilidad de implantar ideas de corte marxista en los modelos sociales y en el proyecto de reforma educativa, el ideólogo del proyecto fue satanizado, acusado de comunista y extranjerizante. Lo ataca-

ban desde el diario *La Esfera* y también desde el diario *La Religión*, tras cuyas páginas se apertrechaba su director, monseñor Jesús María Pellín, quien desató una verdadera persecución ideológica.

No obstante, la nueva institución educativa siguió avanzando hacia sus objetivos, y en 1938 se propició la incorporación de una segunda misión para el Instituto Pedagógico Nacional (Picón, 2006: 120). Ésta es la primera gran empresa cultural de Picón Salas en Venezuela, que crecería con el tiempo en importancia y ha formado a tantos educadores venezolanos. Este instituto se transformó en Universidad en 1983 cuando, con motivo del bicentenario del natalicio de Simón Bolívar, recibió el nombre de Universidad Pedagógica Experimental Libertador y tiene sedes en varias ciudades del país.

Sin embargo, producto de las tensiones y los desacuerdos, se convoca una huelga nacional el 9 de junio de 1936. La acción se expande en varias ciudades del país e incorpora a los trabajadores petroleros. La mayoría de los militantes del ORVE apoya la huelga. Picón Salas tiene claro que el ejercicio de la conciencia es la primera libertad y decide no apoyarla.

Esto definiría su renuncia al movimiento: “me pareció que no convenía para el destino de nuestra democracia, todavía frágil, una tan peligrosa experiencia como la de la prolongada huelga del mes de junio”, dirá en su confesión “De mí, a pesar mío”, en 1937. Era fiel a su “cautela del intelectual que, sin defraudar la fe del pueblo, necesita defender en cualquier época y bajo cualquier régimen su derecho al disenso”, como diría Ricardo A. Latham.

Poco después ORVE se disuelve al igual que otras organizaciones germinales de carácter social. Es el momento de los desplazamientos, las intrigas, los acomodos. Allí entraron en juego “las pasiones, urgencias y mitos de los hombres”. Poco tiempo después le expresa en una carta a Mario Briceño Iragorry su perplejidad ante una escalada de maledicencias y rumores en su contra y le explica cómo le hicieron creer que detrás de los ataques del diario *La Religión* estaba, él, su antiguo compañero. Le confiesa:

(...) cuando uno por cualquier azar o circunstancia debe desempeñar un papel público como el que me correspondió a mí en Caracas (...) está expuesto a sufrir toda una red de intrigas y propósitos oscuros (...). Una interesante correspondencia que recibo ahora de Caracas logra aclararme muchas cosas y explicarme la finalidad turbia de aquellos intrigantes (...). Deseo que mis actos sean moralmente lo más limpios posibles. Ningún disentimiento o diferencia ideológica es bastante para romper los vínculos de gentes que se conocen desde antiguo, y pueden tratarse y considerarse con la más amplia caballerosidad (Muñoz Arteaga, 2001: 24).

Estos desacuerdos, intrigas y demás desafueros definen la brevedad de su paso por Venezuela. El retorno de Chile, tras la muerte de Gómez, repercutió en su percepción de lo histórico y político, ya en el terreno concreto de la realidad venezolana después de la dictatorial. Allí entra en el...

(...) análisis del proceso histórico y sus proyecciones en la vida nacional, en el enjuiciamiento de teorías sobre la realidad venezolana, sobre su cultura, sus gentes y hasta en sus peculiares formas de ser. Y por consiguiente tropieza con un orden preestablecido, con personas que representan ese orden en su doble aspecto, espiritual y material (Siso Martínez, 1970: 80).

En estos meses de angustia y agitación, toma conciencia de que más allá del problema político está la desazón propia de una sociedad que no estaba preparada para asumir sus propias contradicciones. Tampoco para establecer la prioridad de las necesidades nacionales y transformar la sociedad tomando en cuenta la conciencia ciudadana. No se trataba simplemente de sustituir un modo de hacer política y gobernar por otro. En medio de todo estaba el qué hacer con la riqueza petrolera. El pensador aspira a una institucionalidad permanente, y proyecta a futuro un derrotero más estable. Son los meses en que constata una de sus más esquivas certezas respecto del significado del petróleo en la vida nacional: “Esa tremenda intuición que alienta en multitud de líneas perdidas, en su implícito desdén por el tema se

resume así: la sociedad venezolana carece de proyecto para la riqueza petrolera” (Campos, 2001: 28).

En medio de todas estas dificultades, su esposa lo alcanza en Caracas ese mismo mes de junio. Está resuelto a emprender una nueva marcha. Europa le abriría un nuevo mirador para aprender de la cultura y de las relaciones de los hombres con su presente y con su historia. Seguía abierta la “tentación” de la cultura y también una necesidad de alejarse del país sobrevino con esta decepción que fue, más que todo, una gran lección política.

Meditar en **Europa**

No se detienen las tensiones facciosas, las conspiraciones disimuladas, las injurias. Picón Salas sabe ponderar la diferencia entre el idealismo y la praxis política. Pone su mesurado sentido común ante la avalancha de apetencias que se desatan. Procura comprender el momento, y con su ya acostumbrado sentido de la moral, da un ejemplo de amplitud, tolerancia y decide hacerse a un lado. “Es muy difícil que un literato, un esteta, un ideólogo, convierta sus uñas en las garras del ave de rapiña que son las del político”, diría luego su maestro Guillermo Feliú Cruz.

Es la falta de concordia y entendimiento lo que atenta contra la paz social en Venezuela. Entonces le proponen una misión diplomática y el 10 de julio recibe el nombramiento como secretario de la legación de los Estados Unidos de Venezuela en Alemania, Checoslovaquia y Polonia, con residencia en Checoslovaquia (Picón, 2004: 556). Continúa el peregrinar que él mismo definiría como “errancia” y que caracteriza en mucho no sólo su vida sino la historia de sus libros.

En Praga recibe la noticia sobre la muerte repentina de Alberto Adriani, quien se desempeñaba como ministro de Hacienda. El amigo de la

infancia y adolescencia, de correrías caraqueñas, interrumpía su camino para el cual se había preparado durante tantos años. En aquella ciudad redacta y hace imprimir la primera de las biografías que escribe. La titula *Para un retrato de Alberto Adriani* que hace enviar y circular entre sus allegados en Venezuela. En su país continúan los ataques contra él. Sobre todo de los sectores de la derecha que se proyectan desde el diario *La Esfera*. Escribe en noviembre una carta al director de este periódico fijando su posición, ampliando sus puntos de vista y sobre todo defendiéndose de las injurias.

Llega 1937 y se le abren nuevas expectativas. Viaja por el entorno. Visita Alemania, Austria, Francia e Italia. Intuye desde cerca la situación española. Producto de esos viajes son sus “meditaciones”, que a manera de ensayos dieron forma a su libro *Preguntas a Europa*, publicado en Santiago de Chile, ese mismo año.

Este libro, producto de su observación cercana de la realidad europea en vísperas de la Segunda Guerra Mundial resume su impacto ante el ambiente y el espíritu de aquellos países. El escritor no sólo tiene la virtud de definir con finos trazos el colorido del paisaje, la musicalidad y el ritmo de las ciudades, sino que se interna muy bien en los detalles de la observación hacia el interior del sujeto; a ver en cada hombre y mujer el representante de un espíritu nacional que respondía a los acontecimientos, a las visiones del mundo y a las prácticas cotidianas particulares. En el prólogo a este libro escribió: “El viaje a Europa fue un viaje al fondo de mi yo suramericano que anhela tener conciencia de lo que le falta, y lo busca a través de los hombres, los paisajes y las culturas distintas” (Picón Salas, 1937: 11).

Esa observación es la que luego le permite penetrar psicológicamente en cada cuadro que construye para compartir con el lector no sólo la experiencia vivida sino también un aprendizaje que se sustenta entre lo leído y lo visto, su profundización en la historia y de manera simultánea lo intuido y lo imaginado; esas preguntas a Europa eran también preguntas a sí mismo en una confrontación dinámica, eran un cruce de miradas:

Con nuestro gusto –escribía Picón Salas– un poco retórico de la antítesis, se propala por aquí que América no necesita de Europa, porque tiene la conciencia de ser distinta. Lo americano no se basa, entonces, en la afirmación concreta, sino en la negación infecunda. Considero que Europa nos es profundamente útil si tratamos de penetrar y aprovechar para nuestras propias creaciones, los probados métodos de su vieja civilización. Europa ha sido un continente creador de formas, y el problema de la Cultura es esencialmente un problema de forma. Sobre lo particular y lo nacional –que interesa a tantos románticos– existe lo Universal humano. Y una cultura es verdaderamente grande cuando, remontándose sobre las imágenes particulares, llega como los griegos, los franceses, los italianos del Renacimiento, la edad de oro de la Filosofía alemana, a descubrir las normas universales (Picón Salas, 1937: 13).

Eran las palabras de un joven hispanoamericano que observaba por primera vez la dinámica europea y percibía la tensión reinante. Asistía curioso e indignado a la pesadilla española de la Guerra Civil y pregonaba su fe futura en eso que él llamaba “lo supranacional”, y que le servía de catalejo para pulsar desde diversas ópticas las contradicciones. Trataba de indagar en su propio interior las diferencias que le hacían latente esa otredad que es importante detectar.

Luego, 10 años después, en su “Alegato de Europa”, prólogo que Picón Salas escribió para la reedición de su libro *Preguntas a Europa*, refundido en esa oportunidad en la obra *Europa-América, preguntas a la esfinge de la Cultura* (México, 1947), hacía el siguiente señalamiento:

Quien carece de punto de comparación ni siquiera ve lo próximo, y en el peor de los casos es preferible ser “diletante” con los sentidos dispuestos a captar todo lo humano, que topo encerrado es su cueva sin ojos ni apetito para todo lo que no sea su cerrada especialización (...) En América se siguen hablando los viejos idiomas de Europa; Shakespeare, Cervantes y Camoens son los clásicos de nuestras dos grandes zonas continentales, y el viaje de regreso a las raíces de nuestra cultura conduce forzosamente a las playas del Mediterráneo y a la prosa platónica (Picón Salas, 1947: 11).

Eso lo expresaba desde una perspectiva universalista, amplia, en contra de aquel americanismo a veces cerrado y miope que reclamaba la vigencia pura de lo americano quedándose de espaldas a lo universal, y no solamente de lo occidental.

Picón Salas hacía el balance de su época, observaba, tomaba nota, reflexionaba y luego iba emitiendo juicios de valor, muchas veces en tono poético, y siempre con un agudo sentido del cuestionamiento, es decir, cruzaba las distintas perspectivas de su mirada sobre aquella Europa que le tocaba de cerca, que podía palpar y respirar, que contrastaba con lo aprendido y visto en libros y enciclopedias. Su percepción no es optimista. ¿Cuánto han variado las cosas desde entonces? Sobre esa visión de 1937, escribiría una década después:

Ninguna época como la nuestra, y a pesar de su énfasis populista, tuvo mayor desprecio por el hombre. Hemos vivido días de diáspora, de nuevas cautividades de Babilonia, de campos de concentración, de cacerías de hombres en las fronteras; de crímenes políticos (Picón Salas, 1947: 20).

Hay un principio de actualización que cuestiona desde el presente las pasadas propuestas extremistas que afincaban en América una visión providencial que como cultura “nueva” debía surgir de alguna parte para mostrarse en su multiplicidad y contradicción. La otra es la visión que confunde el progreso cultural con el desarrollo material puramente, y se olvida de los valores éticos y morales que deben prevalecer en cualquier proceso de desarrollo. Esas visiones, que más que mitológicas, son mitómanas y han sido sometidas hoy por los efectos de la globalización cultural y del mercado.

Picón Salas, sensible ante los trazos de la historia leída, que coteja y anima con su observación presencial, sabe que lo importante no es solamente el relato detallado de lo sucedido, sino las entrelíneas por donde se cuele la interioridad del hombre con todos sus detalles. Por eso percibía a la historia y la biografía como “retratos interiores del hombre”.

Esa meditación europea pronto se interrumpe. Los continuos ataques desde Caracas no habían cesado. Todo parece una subterránea confabulación y, finalmente, el 4 de marzo de 1937, se entera de que ha sido separado de su cargo, sin que mediara ninguna explicación de causa. Al parecer había tenido efecto la campaña persecutoria del clero, sumada a otros detractores anónimos, y se imponen “los reajustes que llevan a prescindir de personas liberales sospechosas de comunismo” (Picón de Morles, 1987: 11).

El país le cerraba sus puertas. Decide entonces retornar a Chile, su segunda patria, tierra de la amistad y donde forjó sus utopías de justicia social. Deja escrita una serie de reflexiones que tienen gran valor para comprender su visión de la realidad mundial y, sobre todo, donde se percibe la afirmación de su fe en el porvenir: “Puesto que Europa muere, hay que tratar prácticamente de que entre nosotros se defienda y se salve la causa del espíritu”, dirá en una carta a su amigo Alfonso Reyes.

Su dedicación a las labores administrativas en la misión diplomática también deja una documentación profusa. En ella hay opiniones, balances, y un diagnóstico acerca de las posibilidades comerciales de Venezuela con Checoslovaquia. Sobre todo aconseja en torno a las necesidades de diversificar los productos que se exportaban.

(...) estudié las estadísticas de exportación del café, el cacao, los cueros secos y el olvidado dividive, y aún llevé varios libros sobre plantas útiles de Venezuela por si los químicos de Europa se decidían a extraer de ellas prodigiosos bálsamos o vitaminas de inextinguible salud (Picón Salas, 1962: 1448).

En febrero de 1937 le escribe una larga carta al presidente Eleazar López Contreras, y entre otros aspectos puntuales sobre sus perspectivas de la situación venezolana, le dice:

No soy agitador sino un escritor y un hombre de estudio, y si para pensar voy a estar fuera de la República yo no descenderé jamás a ese combate de injurias y maledicencia

personal que entre nosotros, por desgracia, se ha confundido con la lucha política, ello no significa que para la gran lucha –la de hacer una Nación y vencer el atraso y la injusticia que soportamos tantos años–, esté siempre presente (Picón, 2004: 337).

Todo está dado para continuar la errancia. Se reeditaba un episodio que creía superado desde su juventud, cuando vivió situaciones similares a causa no de la posición política sino como consecuencia de la situación familiar.

Parte hacia Santiago a finales del mes de mayo de 1937, y hace escala en Buenos Aires. El 12 de junio el diario *La Nación* reseña su paso. Incluso lo presenta como “escritor chileno”. En ese paréntesis del viaje se reúne con su viejo amigo Alfonso Reyes, y a mediados de junio vuelve a su otra patria, la de elección y adopción: Chile.

Retorna a la labor docente. El 24 diciembre nace su única hija, Delia Isabel. En mayo de 1938 funda, junto con los intelectuales chilenos Héctor Cuenca y José González Vera, el Instituto Chileno-Venezolano de Cultura. Se suma a esta iniciativa el poeta Humberto Díaz Casanueva, quien había participado en la misión chilena de Caracas y también lo había encontrado recientemente en Alemania.

Como si se hubiese ausentado por una simple contingencia, los funcionarios de la Universidad de Chile le abren las puertas de manera inmediata. Retoma sus clases de Historia del Arte y Literatura Comparada, y también imparte cursos de Estética y Literatura General. Todo parecía indicar que el retorno a Chile sería definitivo, pero no fue así.

El llamado **del deber**

Apenas un año duró su estadía en Santiago de Chile. Desde Caracas le ofrecen el cargo de director de cultura y bellas artes en el Ministerio de Educación. Nuevamente se impone el llamado de la patria y el sentido del deber. En agosto de 1938 está de vuelta en Venezuela.

Simón Alberto Consalvi intuye que aquella carta al presidente López Contreras –que al parecer no había tenido respuesta–, estaba haciendo efectos en este momento, y esa llamada intempestiva era un acto de desagravio. Funda entonces la *Revista Nacional de Cultura*, cuya entrega inicial aparece en noviembre.

En el editorial del primer número, expresa el autor la necesidad de unidad:

Aquí estamos, desde las páginas de esta revista en emocionada contemplación y búsqueda de Venezuela (...) Porque es una labor que aspira al servicio común; porque trata de reunir lo que está disperso, porque pide ante el hombre, el tema, la expresión venezolana, el más atento y entusiasta examen, quisiéramos cumplirla con virtud de modestia.

La revista se abre hacia el trabajo intelectual no sólo de Venezuela sino de otros países del orbe. En ella manifiesta su propósito “a pesar

de las dolorosas contingencias de la guerra, elevar el tono espiritual de nuestro país”. Convoca a diversos intelectuales, escritores y artistas destacados. Por esos días le escribe a Alfonso Reyes:

El Ministerio de Educación Nacional de Venezuela ha puesto bajo mi cuidado la redacción de una Revista de Cultura que además de servir de medio de difusión al movimiento intelectual y artístico de este país, aspira relacionarse cordialmente con todas las personalidades que como Ud., expresan un singular valor de las letras americanas. Nosotros pensamos que la naciente cultura de nuestros países debe afirmarse en la más efusiva comprensión e intercambio entre los pueblos hermanos de América en los cuales la vida intelectual comporta problemas y posibilidades análogas (...) Especialmente nos interesarían para la Revista trabajos en que se condense el movimiento intelectual y artístico de las naciones de América, las características del ambiente cultural, los problemas que se plantea la Educación y cualquier otro tema de carácter interpretativo (Zambrano, 2007: 55-56).

Ésta será una empresa que le dará muchas satisfacciones y también algunos sinsabores y en cuya dirección estará hasta 1940. Comienza una peregrinación por algunas ciudades del país, dictando conferencias. Era un viejo plan expresado desde los tiempos en que anhelaba el retorno a Venezuela; por eso le había escrito a su amigo Rómulo Betancourt el 4 de abril de 1932:

Sólo con disciplina, con un puñado de verdades sencillas bien clarificadas, se puede hacer política de masas. Yo me ofrezco para dentro del plan de Uds. presentar un esquema educacional, integrado al ideario social común. Y por si se ofreciera un inesperado retorno a la tierra prepararía todo un ciclo de conferencias sobre estos problemas con los que podría recorrer el país moviendo opinión. A los argumentos y sentimientos personales que van a esgrimir el día en que vuelvan otros expatriados, nosotros debemos contestar presentando soluciones (Siso Martínez y Oropesa, 1977: 178-179).

En la Asociación de Escritores Venezolanos (AEV) desarrolla el tema “Destino y educación venezolana”. Después de muchos años visita

Mérida, su vieja ciudad. Le cuenta a Briceño Irigaray: “No sé si te conté que cuando estuve en Mérida en enero fui como a la busca del ‘tiempo perdido’ y en los corredores de la universidad, en la plaza evocé aquellos días lejanos de nuestra juventud” (Muñoz Arteaga, 2001: 30).

También dicta cursos en el Instituto Pedagógico Nacional. En este ínterin se dedica a preparar sus fichas y anotaciones, a sistematizar lecturas y a redactar el que será su panorama de las letras nacionales. Lo considera un trabajo de Sísifo; un libro casi sumario del proceso literario venezolano. La estructura y planteamientos metodológicos son de avanzada pues explican el devenir de las letras nacionales como un *continuum* en el que se entremezclan los elementos históricos, políticos y propiamente culturales. *Formación y proceso de la literatura venezolana* aparecerá en 1940. Es un libro que supera el intento enciclopédico de su paisano Picón Febres que en 1906 había dado a la imprenta *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*.

Esta obra es la concreción de sus investigaciones históricas y literarias, cuya originalidad se constituye prácticamente en un método. Es uno de los más importantes pasos hacia la conformación de una historia de la literatura venezolana, pero también de su cultura y su herencia moral, sin dejar de lado ninguna de sus manifestaciones.

En mayo de 1940 viaja a Nueva York, invitado por el Pen Club. Aprovecha para visitar algunas universidades y, sobre todo, para escudriñar en los detalles de la vida estadounidense. Este país se encuentra removido por aquellos días con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. El panorama luce pesimista y se pregunta sobre las consecuencias que pudiera tener la participación de ese país en el conflicto. Es un hombre de talante pacifista que no puede mantenerse ajeno a la situación.

Al regresar de ese viaje, y motivado por cuanto vio y palpó en aquella ciudad cosmopolita, escribe el ensayo “La Esfinge en América. Mayo 1940”, donde se hace interrogantes sobre las relaciones entre Estados Unidos e Hispanoamérica, también sobre la guerra, la democracia y las dictaduras. Muestra su angustia por ese presente incierto y quiere dejar el testimonio de sus preocupaciones. Dice:

(...) el hombre siempre anhela –aunque sólo sea para que lo escuchen y lo comprendan generaciones venideras– signar el testimonio de su paso. Antes de que nos llegara aquella muerte, aquel temor que rubricaba tristemente nuestra despedida en Times Square, había que salvar nuestro testimonio.

También da a conocer su breve libro *Un viaje y seis retratos*, cuya edición es promovida por la Asociación de Escritores Venezolanos (AEV). Poco después se publica su importante *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*. Y se ocupa de preparar otro libro que aparecerá con el título de *1941. Cinco discursos sobre el pasado y presente de la nación venezolana*.

Este libro es considerado como un manifiesto premonitorio del devenir político venezolano, de cara al proceso eleccionario que se avecinaba para mediados del año siguiente. Son meses de mucha producción intelectual, escritura y reflexión que va compartiendo como una tarea urgente en un país que se rehace y que necesita guía y orientación. Refiriéndose a este libro le dice en una carta a Briceño Iragorry:

Hay en él ventanas entreabiertas desde donde se avizora el paisaje de nuestras realidades y posibles sociales. Una meditación serena y aguzada de nuestras faltas, caídas y deberes sin cumplir y un centrado augurio de nuestra perspectiva futura. Hay allí, podría decirse, el juicio paradójico de quien alimenta una ancha esperanza nacida de un cúmulo de cenizas (Muñoz Arteaga, 2001: 42).

Desde fines diciembre apuntala un nuevo proyecto editorial, la revista *Santo y seña*, que pretendía erigirse como un órgano de información nacional y mundial. Y un propósito de altura humanista: que la gente se acerque y se comprenda. En esta empresa le acompaña José Antonio Cova, pero no pasa de un número inicial, que salió en enero de 1941.

Ante esta frustrada iniciativa vuelve Picón Salas a replantearse las dificultades que se deben superar para llevar a cabo cualquier iniciativa en un medio que se le muestra hostil, lleno de mediocridades y

arribismos, de zancadillas. Se queja de la falta de cortesía, una de las cualidades de que más carecemos los venezolanos. Ha comenzado a laborar como director del Archivo Nacional de Venezuela.

A fines de marzo de 1941 viaja a Puerto Rico, donde asiste a una conferencia de escritores, convocada por la poeta y ensayista Concha Meléndez. En esa oportunidad fue invitado a la presentación de una estatua del héroe nacional, Eugenio María de Hostos. Al mismo acto concurren, entre otros escritores, Jorge Mañach, Ciro Alegría y Ernesto Montenegro. También los escritores estadounidenses Archibald McLeish, William Carlos Williams, Robert Mors Lovett y Morris Bishop.

En el mes de abril es invitado a colaborar con la revista *Filosofía y Letras*, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Picón Salas va dando más muestras de su infatigable compromiso con el pensamiento y la escritura. Apoya iniciativas, impulsa el trabajo de otros compatriotas suyos. Es así como entrega colaboraciones para la reciente revista *Viernes*, que sería considerada el espacio más auténticamente renovador de la vanguardia poética en el país y, por otro lado, escribe el enjundioso prólogo “Ciclo de la moderna poesía venezolana”, que antecede la *Antología de la moderna poesía venezolana* de Otto D´Sola, donde señaló:

En la historia literaria de Venezuela, la Poesía siempre marchó como a la zaga de la prosa. Acaso porque el alma del venezolano estaba cargada de tensiones y pasiones políticas, porque había mucho que narrar y mucho que imprecuar, hemos sido un pueblo de prosadores más que de poetas (Picón Salas, 1986, XIII).

En Venezuela el ambiente político se vive con gran intensidad. Se prepara un nuevo escenario electoral. El 28 de abril el Congreso Nacional elige como presidente al general Isaías Medina Angarita, quien se encarga de la Presidencia el 5 de mayo de 1941. Sobrevienen los cambios administrativos en todas las carteras ministeriales. Picón Salas deja su cargo en el Archivo Nacional y se ocupa durante un breve lapso de la dirección de la Oficina Nacional de Prensa.

En noviembre está dispuesto a aceptar una invitación académica. Considera los nexos que había dejado establecidos en su breve paso por los Estados Unidos y se plantea un nuevo destino allí. Así se lo confiesa a Alfonso Reyes en una carta:

Para liberarme un poco del absorbente trabajo burocrático venezolano que por el momento me abrumba y no quiero decir que me estupidiza, estoy a punto de aceptar una invitación que se me formula desde los Estados Unidos para pasar seis meses allá en turismo universitario, hablando de letras latino-americanas.

En los Estados Unidos permanece durante los años 1942 a 1943. Se le designa como agregado cultural en Washington, donde ejerce como embajador Diógenes Escalante. Pero no acepta el nombramiento. Prefiere irse a Massachussets para asumir un curso académico en el Smith College de Northampton. Son días de intenso trabajo en la preparación de sus clases y en la concreción de un viejo proyecto: escribir una historia de la cultura del continente desde la conquista hasta los albores de la guerra de independencia.

Estudia en los archivos, compara documentos y define los hitos del proceso: el problema de nuestra cultura criolla. Desde las primeras empresas de evangelización de los misioneros hasta la primera inquietud autonomista en el siglo XVIII. Enriquece su bagaje informativo con fuentes de primera mano. Establece una línea de orientación revisionista frente a la herencia colonial hispánica, cuestionando con una contundente argumentación la llamada “leyenda negra”.

También se dedica con fruición a exorcizar los fantasmas de la infancia, los mismos que le acompañaron en sus días caraqueños cuando, adolescente, se separó por primera vez de su ciudad natal. Los mismos que le acompañarían en su travesía chilena y que fue sacando de sí poco a poco en sus primeros libros: *Odisea de tierra firme* y *Registro de huéspedes*. Son las páginas que pronto dará a la imprenta mexicana con el título de *Viaje al amanecer*.

En diciembre de 1942 asiste al III Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. En julio de 1943 viaja a México para participar en la Conferencia Interamericana de Escritores que fue auspiciada por el presidente mexicano Manuel Ávila Camacho. En el comité organizador estaban sus amigos Enrique González Martínez y Alfonso Reyes. Las intervenciones fueron publicadas por la revista *Cuadernos Americanos*, con la cual comenzaba también una intensa relación como colaborador. En las ediciones de esta revista se publicaría su *Europa y América. Preguntas a la esfinge de la Cultura*, en 1947. En este libro funde sus “meditaciones”, publicadas en 1937 bajo el título de *Preguntas a Europa*. Son “ensayos de literatura, arte, historia y filosofía de la cultura que no pierden de vista la unidad de los procesos profundos que producen las formas de la historia y de la cultura”, como diría Adolfo Castañón.



Añoranzas del paraíso **perdido**

En ocasión de esta visita a México presenta *Viaje al amanecer*, un hito importante en su obra, en su reflexión sobre el mundo y sobre sí mismo. Considerada como una autobiografía o como una biografía novelada, la publicación se corresponde con un momento en el que el escritor ya goza de un prestigio consolidado dentro y fuera de Venezuela. Ésta se convertiría en su obra más difundida y editada. Con ella demostraba su madurez como narrador y reafirmaba una vertiente que nutría cuantitativa y cualitativamente su ya extensa obra.

La historia que se cuenta en *Viaje al amanecer* se desarrolla en un contexto alejado de los grandes centros urbanos y donde recupera su ciudad natal para traer a su presente un conjunto de hechos cotidianos, de personajes, de tiempos, que viven en la memoria afectiva de la infancia y adolescencia, que el escritor trata de fijar, valiéndose de un narrador en primera persona. Picón Salas siempre reconoció el efecto catártico que significó la escritura de esta obra:

No olvidé (...) mi verde altiplanicie andina guarnecida de cumbres nevadas de donde se desgajan blanquísimos ríos torrentosos, y mi vieja ciudad de arriscados aleros y campanarios donde en el tiempo de mi infancia aún se vivía en un sosiego como de nuestro

colonial siglo XVIII. Esto –lo confieso– siempre produjo en mi espíritu conflicto entre mis ideas y mis emociones, porque si la inteligencia aspiraba a ser libérrima, el corazón permanecía atado a esa como añoranza de un paraíso perdido. Escribí un librito, *Viaje al amanecer*, como para librarme de esa obstinada carga de fantasmas y seguir “ligero de equipaje” –como en el verso de Antonio Machado– mi peregrinación por el mundo (Picón Salas, 1962: IX).

En el prólogo de esta primera edición, el escritor mexicano Ermilo Abreu Gómez sintetiza una de las claves más importantes de esta obra:

Sin pasado vivo no hay presente. El presente es la última explicación del pasado. La tradición es un fenómeno vital, histórico, se diría mejor. La tradición es la expresión no del pasado sino de aquellas esencias que, por vitales, por esenciales perduran y atraviesan el tiempo y el espacio y se nos dan con la lucidez de su gracia o de su fuerza. La tradición es como el cordón umbilical que ata lo que el tiempo rompe y el espacio ordena (Abreu Gómez, 1943: 10).

En *Viaje al amanecer* estamos frente a un espacio único, intelectuallizado por la distancia cronológica y espacial del narrador; pero es la base de su memoria afectiva. La ciudad de Mérida, espacio de la narración, es descrita con la fuerza poética con que la percibía el niño-adolescente protagonista de la obra.

En ese tránsito, la ciudad adquiere diversos matices en los distintos momentos de su historia, una especie de tiempo detenido que la lleva a un lento proceso de modernización. Allí está el colorido del mercado, las fiestas religiosas, los miedos por el paso del cometa Halley, las historias de aparecidos y fantasmas, la enfermedad, el descubrimiento del amor y del sexo, todo regido por una memoria que se fija en la estampa de Maricastaña como diosa de la temporalidad.

Finalmente, el viaje, metafóricamente, muestra la conciencia de la distancia y del distanciamiento, la añoranza del paisaje y del retorno. Todos esos elementos, sumados, podrían mostrar una dimensión de la memoria familiar, del entorno, de la niñez misma; es decir, del

paraíso perdido que se quiere fijar mediante la escritura, y que sólo puede existir como una forma de la nostalgia donde el narrador se sumerge temporalmente para crear una realidad alternativa y fundar una mitología donde tendría lugar su visión un tanto fantástica de la infancia.

La infancia es el gran momento que se prolonga, dinamizado con todos sus elementos históricos, donde se va descubriendo al mundo, nombrándolo. Al mismo tiempo, se pone frente a frente una valoración ética de lo cotidiano con el impacto estético que descubre en la naturaleza, en su entorno. Es su asombro ante el mundo que le develan los otros.

Por otra parte, el tiempo es la instancia en la cual el sujeto histórico afianza su pertenencia. Trae el pasado al presente y desde allí explaya sus deseos y esperanzas en el devenir. Pero sin duda hay otro tiempo, ese que no se puede constatar en el almanaque sino que obedece a un ritmo interior, marcado por aspectos emocionales y afectivos, con una fuerte carga de subjetividad. Dice el narrador:

El tiempo para el que nace en Mérida es como un tiempo denso y estratificado (tan diverso de ese tiempo nervioso y olvidadizo que se vive en lugares más modernos); el pasado se confundía con el presente y personajes que vivieron hace tres siglos o no vivieron sino en la medrosa fantasía de algunos merideños, eran los testigos obstinados de nuestra existencia cotidiana (Picón Salas, 1943: 23).

Con esa percepción del tiempo y su fluir, *Viaje al amanecer* se cierra en la coyuntura vital de la adolescencia del narrador. Cuando el autor se autorrepresenta en la historia elabora el boceto de un adolescente que está preparándose para enfrentar los retos de la vida. Tendría unos 15 años de edad y se apresta a partir. La visión desde el relato, que se circunscribe entonces a la recuperación de un pasado personal y familiar, se abre hacia las posibilidades de un futuro –continuar los estudios, vivir en la capital– que no está exento, en el momento en que se dan las acciones, de una cierta dosis de pesimismo.

Viaje al amanecer es más un punto de partida desde un comienzo: el día –la vida– hacia el ocaso: la noche –la muerte–, y eso marca el tránsito vital que parte de un paraíso perdido (como parecen ser los únicos paraísos), pero no hay en esta obra, ni en las otras de corte autobiográfico, indicios de un paraíso recuperado. Y esto, lejos de apuntar hacia un conformismo que se arraiga en el pasado, es más bien un viaje de autodescubrimiento.

Picón Salas fija en su escritura la concreción de la añoranza, y ello le permite ahondar en ese pasado que forjó su propia sensibilidad y que se redimensiona en la evocación, en el arte de la palabra que nos lleva a hacer junto al narrador la misma trayectoria de su viaje, siempre bajo el influjo de una fábula.

Buen ciudadano del **continente**

Luego de este breve recorrido por la más difundida de sus obras, nos situamos nuevamente en la bitácora del autor, quien no ha dejado de moverse y de estrechar lazos y relaciones con el mundo intelectual y académico.

En junio de 1943 pasa brevemente por Nueva York y asiste al Congreso Internacional de Filosofía en la Universidad de Yale. Luego se dedica al curso de verano en el Middlebury College de Vermont. En septiembre viaja a Nueva York. Ha sido invitado como profesor en la Universidad de Columbia. Como todos sus anteriores compromisos, con dedicación devota se toma el trabajo de preparar sus clases concibiendo un proyecto mucho más ambicioso.

Toda su dedicación se concentra en la escritura de un libro panorámico que aspira sea “serio y bien documentado”. Lleva por título *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural*. Es la etapa en la cual disminuye sus colaboraciones de artículos breves para los periódicos y revistas que le solicitan. En su correspondencia va dando cuenta del proceso de escritura. En marzo de 1944 viaja nuevamente a México y solicita la mediación de Alfonso Reyes para que el libro sea publicado en el Fondo de Cultura Económica:

Creo que el mérito de la obra que me ha ocupado completamente en los dos últimos años es suscitar el interés para el estudio de problemas mal conocidos o mal definidos de nuestro proceso histórico, y dar los elementos de juicio y documentación para afirmar la unidad de la cultura hispano-americana. Quizás por haber vivido en varios países de América y sentirme buen ciudadano de nuestro continente indo-español, he tratado de superar todo prejuicio nacionalista y lograr, hasta donde ello es posible, una perspectiva americana. Creo que por esto –y porque mi libro es ante todo obra de síntesis– tendrá utilidad. Me he permitido dedicar la obra a Ud. como testimonio de la antigua admiración que le tengo, y porque ya le dije alguna vez que Ud. personificaba lo que para mí debería ser la cultura hispano-americana: claridad conseguida con disciplina; acatamiento a la forma contra la otra tendencia de entregarse a los frenéticos y ciegos números del desorden (Zambrano, 2007: 81).

Permanece en México hasta mayo, cuando se dirige a Puerto Rico, invitado por la Universidad de Río Piedras. Allí colabora en la fundación de la revista *Asomante*. Alfonso Reyes lo ha propuesto para que dicte la clase inaugural del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, prevista para el 18 de julio. En principio Picón Salas acepta la honrosa invitación pero luego le comunica a Reyes que inaplazables compromisos de orden privado lo obligan a viajar a Caracas. Desde Puerto Rico retorna a Caracas a finales de julio.

Nuevamente asume un compromiso que iba en el camino de lo político. El 13 de setiembre de 1941 el joven líder de la izquierda nacionalista venezolana Rómulo Betancourt, pronuncia en El Nuevo Circo de Caracas el discurso que marcaría el nacimiento del partido Acción Democrática. Por otro lado avanza el programa reeleccionista del presidente Medina Angarita, que si bien se sustenta en una acción política democrática, se propone prolongar la fórmula eleccionaria indirecta o de tercer grado, como se había usado hasta entonces.

A Mariano se le encomienda la dirección del diario *El Tiempo*, voce-ro oficial del Gobierno. Se encarga el 10 de octubre. En él escribe diariamente los editoriales. Sin embargo, durará en esta labor menos de un año. En 1943 había comenzado a colaborar con un nuevo periódi-

co venezolano, *El Nacional*, del cual llegaría a ser directivo. Fundado por Henrique Otero Vizcarrondo y Miguel Otero Silva, y dirigido por el poeta Antonio Arráiz, se convertiría en uno de los más importantes del país. A Picón Salas le correspondió dirigir su *Papel Literario*, 10 años después.

En Caracas permanece durante la primera mitad de 1944. El 2 de marzo renuncia a la dirección de *El Tiempo*. Culmina la redacción de su biografía de Francisco de Miranda, el “tatarabuelo trágico de los venezolanos errantes”. Viaja a Chile en agosto para visitar a su hija y a su esposa, de quienes se ha separado: “Sobre la soledad doméstica en que ahora estoy, me prometo hablarte otro día”, le dice a Briceño Iragorry. Y de este tema como de otros de estricto orden íntimo apenas se ocupa en sus papeles personales.

Antes de llegar a Chile pasa por Buenos Aires y entrega a la Editorial Losada los originales de su *Miranda*, que se edita en 1946. El 12 de octubre le comunica a Reyes que ha recibido una nueva misión diplomática: “Ahora en una tregua que me permitirá volver a escribir, parto a Montevideo, Uruguay como ministro de Venezuela. Allá me tiene a su servicio” (Zambrano, 2007: 89).

Este nombramiento no se concretó. En Caracas la situación política es confusa. No hay manera de detener el aluvión y evitar que el gobierno de Medina Angarita sea derrocado. Las hordas han vuelto a la calle. Se registran saqueos y son atacados el Club Paraíso y el Club de La Península. El golpe de estado al gobierno del presidente Medina se produce el 18 de octubre de 1945. Asume el poder una Junta Cívico Militar. Es el primer paso protagónico del partido Acción Democrática. Su viejo amigo Rómulo Betancourt está al frente del Gobierno. Se dan los pasos para proponer una nueva Constitución y convocar elecciones directas.

Cuando ocurren estos hechos, Picón Salas se encontraba en Chile. Viajó en noviembre nuevamente a Buenos Aires para dictar un ciclo de conferencias, invitado por la Comisión de Cooperación Intelectual. En diciembre, la Academia de la Historia de Argentina lo nombra aca-

démico correspondiente en Venezuela. “Es la primera Academia que concede tal honor a Picón Salas, adelantándose a la de su propia tierra” (Azzario, 1980: 39). Con el auspicio del PEN Club dicta la conferencia “El destino del escritor”.

El golpe del 18 de noviembre a la luz de la historia ha sido muy polémico. Muchas veces se ha justificado por la necesidad que había entonces de alcanzar una mayor participación popular, lo cual era consecuencia de un anhelo, no sólo de actuar en la nueva dinámica sino también, como una forma de interpretar en un sentido amplio, todas las demás aspiraciones de las mayorías nacionales.

Algunos pensaron en la necesidad de apertura hacia los aprendizajes de otras democracias occidentales, que comprendieran el concepto de ciudadanía, que se incorporasen los estratos más humildes de la sociedad venezolana. Pero no fue así, hubo una práctica política ventajista por parte de los nuevos líderes, la manipulación de los instrumentos electorales y una alianza nada clara entre civiles y militares que frustró toda esperanza en que las viejas prácticas del gomecismo fueran asunto del pasado y el posgomecismo una penosa pero necesaria fase de transición.



Mariano Picón Salas a la izquierda, con Ángel Rosenblat y Miguel Otero Silva.



Contra el inmediatismo: conciencia histórica

El panorama nuevamente se nublababa. La inestabilidad, la improvisación y la falta de proyecto nacional parecían propiciar un constante caos en la vida venezolana. El 21 de diciembre de 1945, desde Buenos Aires, le escribe a Alfonso Reyes sobre su situación en ese momento:

En realidad, porque no hay nada que repugna más a mi temperamento que el camaleonismo político, no me hice cargo de la Legación de Venezuela en Montevideo. Las cosas en mi país están sumamente confusas; hay demasiado rencor inútil y no quiero comprometerme con los odios callejeros de este momento. En política –ya Ud. lo sabe– se adora hoy lo que se quemó ayer. Hay muchos Clodoveos. He pasado mes y medio en Buenos Aires que aproveché para conocer gente y entregar un par de libros a Losada, que ya los recibirá Ud. a su debido tiempo. En todos los diálogos porteños sigue siendo Ud. el primero de los contertulios. Como, a pesar de todo, hay que vivir y caía sobre Buenos Aires el más húmedo y pesado verano con todas las complicaciones que Ud. conoce, he aceptado una invitación que me ha hecho la Universidad de Puerto Rico para ir a dictar un curso de un semestre. Estaré en Puerto Rico entre enero y junio. Salgo dentro de tres días de Buenos Aires. Como Ud. lo ve, la suerte me obliga –a pesar mío– a continuar una vida de judío errante. Habrá que trabajar con los libros prestados. Y no sé qué será de mí dentro de seis meses. La vida impone ahora planes mínimos, de muy corta duración. De

otra manera, tendría que regresar a Venezuela a participar en el campeonato de injurias y resentimiento dirigido en que se están entreteniendo políticos y gobernantes (Zambrano, 2007: 92-93).

En enero de 1946 viaja como profesor visitante a la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico. Al culminar el semestre académico, en mayo, es elegido para pronunciar el discurso de orden en el acto de conferi-miento de grados. Lo titula *Apología de la pequeña nación*, y fue editado ese mismo año por aquella universidad. Nada parece motivarlo a regresar a Venezuela en esos momentos, incluso –le confiesa a Briceño Iragorry– está pensando en quedarse y arraigar en la isla. Con tono apesadumbrado le dice:

Tú sabes que he sido judío errante a pesar mío. En ningún sitio como en mi país me gustaría estar y debería estar, pero también recuerdo con un poco de amargura aquellos meses en que esperando la gracia que venía de Palacio, llegué a tener la sensación terrible de que era inútil o que las cosas para las que yo servía, no eran las que interesaban en una tierra tan impresionante y versátil como la nuestra. Y por eso paseo por el mundo una especie de Venezuela ideal que es de la que siempre hablo y de la que siempre me preocupo (Muñoz Arteaga, 2001: 95-96).

Ha continuado con sus colaboraciones regulares en *El Nacional* y cumple con el compromiso que ha asumido con su amigo Briceño Iragorry de prologar su libro *Casa-León y su tiempo*; el prólogo está fechado en Puerto Rico y se titula “Historia de un anti-héroe”.

Sin embargo, al culminar su curso académico en Río Piedras, retorna a Caracas, todavía convulsa en lo político. Su amigo Presidente ha pensado en él y en su pasión por la educación. Reconoce sus altos valores intelectuales, su honestidad y su prestigio. En septiembre, Picón Salas propone ante el gobierno provisional de Rómulo Betancourt la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. Define su perfil, elabora el plan de estudios, delinea lo que serán sus publicaciones. El 12 de octubre de 1946, cuando

ésta se inauguró, pronunció su discurso en calidad de decano: “Fines y problemas de la Facultad de Filosofía y Letras. Temas”, donde hacía un balance del momento actual:

La dolencia de la época –como todos ustedes lo saben– es haber hecho de la vida una maratón hacia el dinero, un pragmatismo esterilizador de otras formas más altas de existencia, que acaso explique por qué hay en este mundo tanto residuo de angustia, tanta nostalgia de felicidad y de tanta neurosis. El hombre mira todo, menos el aseo y armonía de su alma. Sofrosine y Eutimia, dos maravillosas virtudes griegas, huyeron de este estrépito sin finalidad, de este no saber a dónde se marcha que es el terrible signo de la civilización contemporánea (Picón Salas, 1997: 30).

El discurso fue publicado en el primer número de *Cuadernos Universitarios* al año siguiente. Comenzaba su ejercicio como decano y profesor, pero también, como era su estilo en la gestión administrativa, empieza a generar nuevos proyectos y programas. Como siempre, piensa en grandes figuras de la intelectualidad hispanoamericana para que vengan a enseñar en esta nueva empresa espiritual. Piensa en los mexicanos Alfonso Reyes y José Luis Martínez, también en el cubano José Antonio Portuondo, entre otros. Así, promueve la creación del Instituto de Filología, que llevará el nombre de Andrés Bello, como un homenaje al maestro del destierro. Para que lo dirija invita al ya reconocido filólogo e hispanista Ángel Rosenblat.

El 15 de enero de 1947, día del maestro, recibe un reconocimiento público de parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno: la Medalla de Honor por Servicios Distinguidos en Instrucción Pública. Era una distinción que consagraba a ese gran educador, que combinaba sus saberes con la originalidad de sus enfoques y más aún con una destreza comunicativa excepcional que recuerdan muchos de quienes fueron sus discípulos.

A este reconocimiento se suma su incorporación, el 12 de junio de ese mismo año, a la Academia Nacional de la Historia. Ocupa el sillón “F”, que había quedado vacante por la muerte de Pedro Emilio Coll,

ocurrida el 30 de marzo. En esa ocasión pronuncia su discurso “Rumbo y problemática de nuestra Historia”, que es contestado por Augusto Mijares. En esta disertación traza las líneas para una moderna historiografía venezolana. Después de agradecer a la Academia y valorar sus funciones, reconoce su sentido de trascendencia. Habla en torno de la conciencia solidaria de comunidad y explica la importancia de la conservación del legado de las generaciones precedentes mientras sustenta la idea de proceso cultural.

Establece una valoración del hombre de letras, del humanista, del historiador o de los héroes civiles, así como aquella que existe de los caudillos y los héroes militares. Predica el gusto de conocer sin que el conocimiento se convierta en consigna política. Aboga por la patria legal de Miguel José Sanz y Pedro Gual. Contra el tropicalismo estrepitoso propone un arte íntimo pleno de sugestión, prontitud metafórica y amable ironía. Y por supuesto, valora al escritor Pedro Emilio Coll, quien por haber sido tan entrañablemente venezolano era tan universal. Hace un deslinde entre la historia romántica de Juan Vicente González, Felipe Larrazábal y Eduardo Blanco, que acrecentó el mito épico y creó el cantar de gesta nacional.

Cuestiona las teorías positivistas, especialmente la derivación justificadora de la dictadura bajo la tesis del “gendarme necesario”. Y propone pensar los rumbos de una futura historiografía que vincule la historia militar y política con la económica y la cultura de una manera sistemática. Esta tarea la vislumbra desde una perspectiva colectiva, inter y multidisciplinaria en que colaboren lingüistas, etnógrafos, antropólogos y folkloristas.

Su llamado de atención se sustenta en que es necesario explicar detalladamente muchos fenómenos culturales venezolanos. Y para ello se deben ampliar las fuentes de la historia nacional, superar el racionalismo simplificador de la Ilustración y el encono de la guerra reciente –refiriéndose al siglo XIX–, precisando que la época presente exigía mayor cultura y fineza interpretativa en el historiador. En este punto se refiere a esa historia secreta que hay en la murmuración de

lo que no se escribía en los papeles públicos y que desemboca en un gran cauce que es el de la formación de las mentalidades. Cree que se debe intentar una historia de las ideas, que es más que estudiar la influencia del pensamiento europeo en América.

Desarrollada ya una historiografía militar y política. Piensa que para el momento que vive el país convendría detenerse en la historia cultural, intentar una “suma” de Venezuela que abarque diversas disciplinas: lingüística, antropología, etnografía, folklore. Está convencido de que lo que hace falta es construir una conciencia histórica y sobre todo desechar el inmediatismo. Son los aspectos más resaltantes de unas tareas que deja establecidas. El pensador está convencido de su deber ser como impulsor, de la responsabilidad histórica que tiene su papel como educador y de sus prioridades al frente de una Facultad de Filosofía y Letras.

Poco después sobrevienen nuevos cambios. El presidente de la Junta de Gobierno, Rómulo Betancourt, lo designa como embajador en Colombia. Picón Salas reunía todas las condiciones para una misión tan importante. Era justamente, como sentencia Consalvi, “un intelectual para un país donde la inteligencia y la cultura gozan de anti-gua jerarquía”.



Las oscuras vueltas **del laberinto**

El 14 de diciembre de 1947 se celebran las elecciones nacionales y Rómulo Gallegos, como representante del partido Acción Democrática, es elegido Presidente de la República. Por fin se vería al frente del gobierno no sólo a un civil sino a un maestro del civismo. Asume las riendas del Gobierno el 15 de febrero de 1948. Sin embargo, reinaba la desconfianza, el filisteísmo; algunos creyeron que Gallegos gobernaría como si estuviera escribiendo novelas, alejado de la realidad, demasiado confiado en la fabulación.

A Picón Salas le preocupa, más que la creciente politización del país, el rumbo que éste debía seguir y no se guarda sus temores en sus artículos de prensa, que salen regularmente en *El Nacional*. Son verdaderas cátedras de ecuanimidad, tacto político y sobre todo sentido nacional. Gallegos despierta el interés y el entusiasmo de una población harta de las conspiraciones cuarteleras, del acomodo de las clases militares, de la zozobra. Algunos creen que el nuevo mandatario encauzará el diálogo nacional hacia la reconciliación. Esta circunstancia renueva en Picón Salas la fe que había esbozado en aquel discurso de recepción de la Academia de la Historia.

El año 1948, a diferencia del anterior que fue para el escritor muy productivo en lo intelectual y abundante en reconocimientos públicos, se muestra ahora mucho más convulsionado. Está instalado en la embajada venezolana de Bogotá, y se ocupa de diversas tareas que tienen que ver con el comercio hacia Venezuela, especialmente con la exportación de ganado. Sin embargo, no se siente cómodo; observa que los políticos son prisioneros de una retórica gastada y palpa el sentido de frustración del pueblo, al cual percibe defraudado.

También allí soplaban aires de instigación y violencia. Compara y, aunque resulte paradójico, encuentra la vida venezolana más optimista, y al país más abierto al mundo y a la vida moderna. Se interesa por la gente humilde, con la que conversa en los mercados populares. “Y cómo espera justicia este pueblo!”, comenta. El frío de la ciudad afecta su salud y se queja del caserón que habita, sin condiciones para afrontar el clima, distante del centro de la ciudad. Trabaja intensamente y piensa en dedicarse a recopilar datos y organizar lecturas para escribir un trabajo sobre la literatura colombiana, que en su opinión estaba demasiado preocupada por la gramática y por la glosa de los viejos libros. Para el momento se ha divorciado de su esposa Isabel Cento Manzo –quien radica en Santiago de Chile con su hija Delia Isabel– y se ha casado con la venezolana Beatriz Otáñez.

El ejercicio de la política en los hombres probos no siempre resulta estimulante y menos un oasis para el regodeo. En el siglo XIX fueron muchos los intelectuales honestos que rehuyeron del poder; prefirieron su pobreza antes que empeñar su inteligencia. Algunos como Cecilio Acosta o Arístides Rojas estuvieron de alguna manera rodeados del poder y no se dejaron atraer por éste, razón por la que, incluso, lo padecieron.

Así, Picón Salas, que no tuvo bienes de fortuna y quien desde su juventud temprana había aprendido a depender de su trabajo intelectual, vivía en ese equilibrio entre el servicio al país y su fidelidad al trabajo, sin empeñar el decoro de su escritura ni su prestigio y, menos aún, plegarse como muchos lo hicieron, persiguiendo una dádiva del poderoso de turno.

En Venezuela el proceso de rectificación del Gobierno y la procura de la reconciliación nacional, luchan por superar los rezagos de la dictadura, que todavía se sienten. Algunos de los más conspicuos ideólogos del gomecismo, como César Zumeta, que habían justificado las demasías de aquel régimen oprobioso, ahora criticaban y declaraban que el país nada debía a sus intelectuales ni a sus hombres de talento.

En Bogotá, Picón Salas vive los intensos acontecimientos políticos a raíz de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, conocidos en la historia de ese país como “El Bogotazo”. Son los días de la IX Conferencia Interamericana a la que asistían como delegados por Venezuela, el ex presidente de la Junta de Gobierno, Rómulo Betancourt, así como José Rafael Pocaterra y Marcos Falcón Briceño.

Gaitán venía de una destacada actuación como ministro, había sido alcalde y se desempeñaba como congresista. Era además el candidato del partido liberal para las elecciones presidenciales colombianas previstas para 1949. Tenía un vasto apoyo, sobre todo de la clase media y de los sectores menos favorecidos. Su asesinato desató la violencia a niveles jamás vistos en Colombia, y causó la muerte de centenares de personas. Se habían exaltado los odios que incuba la injusticia social. Y Gaitán era víctima de su propio empeño reivindicador.

En Venezuela tampoco se respiran aires de paz. Sigue el odio campante, la anarquía, la exaltación. El país no se enrumba en su economía, la escasez de los rubros básicos agudiza la sensación de caos, y siguen los rumores en los cuarteles. Hay malestar en lo económico pese al incremento de las rentas públicas.

En Colombia, Mariano asume los acontecimientos con su acostumbrada medida. Su casa, situada en el barrio residencial de Chapinero, era visitada frecuentemente por escritores de la más amplia gama de tendencias ideológicas, no sólo colombianos sino de otros países de Hispanoamérica. La Academia de la Historia de Colombia lo designa miembro correspondiente el 1º de julio de 1948. Hace viajes de reconocimiento y aprendizaje por el interior de Colombia. En Cartagena se deja seducir por los milagros de san Pedro Claver. Y para no hacer

menos por su sentido indagatorio en la vida ejemplar de las grandes figuras, se consagra a escribir una de sus más hermosas biografías, “una aproximación emocional y poética, más que estrictamente objetiva”, dirá su autor. *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, se publica en el Fondo de Cultura Económica de México, en 1950.

Las presiones a Gallegos habían sido constantes. Prácticamente se le había presentado un petitorio que, entre sus demandas incluía la expulsión del país de Rómulo Betancourt, impedir el retorno del teniente coronel Mario Vargas e igualmente se le solicitaba desligarse del partido Acción Democrática. Rómulo Gallegos rechazó cada una de estas peticiones, que no eran más que presiones con intereses subterráneos. Se mantiene fiel al juramento de respetar y hacer respetar la Constitución Nacional y las leyes.

Así las cosas, el 24 de noviembre de 1948 el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos es derrocado y el poder queda en manos de una junta integrada por la cúpula del estamento militar, todos tenientes coroneles: Carlos Delgado Chalbaud, ministro de la Defensa; Luis Felipe Llovera Páez y Marcos Pérez Jiménez. Después de algunas acciones aún confusas de aquellos días, asesinan a Carlos Delgado Chalbaud. Sobre el escenario político descolla el mismo militar que había propiciado tres años antes el derrocamiento del general Medina Angarita: Marcos Pérez Jiménez. Al final, el gran beneficiario de esta crisis. Este golpe tendría hondas repercusiones en la década siguiente y devolvería a Venezuela a una dictadura, que aunque fuera considerada como desarrollista y se le reconozcan méritos en lo que respecta a la seguridad social, significó el retroceso a un estado del que se había intentado salir con denodados esfuerzos, y que costó la libertad o la vida a tantos venezolanos.

México: retablo de **la maravilla**

Ante la nueva situación política, Picón Salas renuncia a su cargo diplomático y viaja a México, a donde llega el 10 de febrero de 1949. Poco después es invitado por la Universidad de La Habana, para asistir a los actos conmemorativos del centenario del natalicio de Enrique José Varona, que se llevarían a cabo en abril, en el Congreso de Literatura Iberoamericana. Allí lee una valoración sobre el educador cubano y se reencuentra con los exiliados: Rómulo Gallegos, Andrés Bello, Eloy Blanco y Aquiles Nazoa.

En México recibe el apoyo de diversas personalidades, sobre todo de intelectuales. Su viejo amigo Alfonso Reyes lo invita a trabajar como profesor en El Colegio de México, la prestigiosa institución que había acogido pocos años antes a destacados intelectuales del exilio español a raíz de la guerra civil. Allí dirigió un seminario sobre “Formas culturales e ideológicas en Hispanoamérica durante el siglo XIX”.

En el país azteca llevaría a cabo una labor educativa intensa, y también daría impulso a nuevas empresas editoriales. A Picón Salas...

(...) México le debe una importante obra editorial. Fundó con Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas la colección Tierra Firme y ayudó y asesoró la articulación de la Biblioteca

Americana del Fondo de Cultura Económica. Colaboró activamente con Jesús Silva Herzog en la primera época de Cuadernos Americanos. Además de esa obra editorial, conviene tener presente su obra universitaria. Mariano Picón Salas fue uno de los maestros que, junto con José Gaos, José Miranda y Daniel Cosío Villegas, fundaron el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (Castañón, 2000: 481-482).

Producto de su interacción con la cultura, la tradición y los valores del gentilicio mexicano es su libro *Gusto de México*, recopilación de crónicas y estampas que había estado enviando desde el país azteca al diario *El Nacional* de Caracas y que se publica como libro en 1952. En ellas México aparece en todo su esplendor, y toca el fondo de sus misterios con su intensidad y agudeza. Va a los intersticios no sólo de lo aparential mexicano sino de los mundos soterrados de su concepción cósmica. Comprende e interpreta el sentido exacto de “la trágica metafísica religiosa de esa cultura”. Lee en el presente mexicano la tradición antigua y las contradicciones de su cosmopolitismo. Logra una síntesis admirable del sentido fatalista de la mexicanidad, y alcanza a armonizar las visiones múltiples del lingüista, del historiador, del gastrónomo, del arqueólogo, del arquitecto.

Sus observaciones pasan por el panteón de los dioses terribles, pero también se sumerge entre los esqueletos y las calaveras de azúcar que los panaderos elaboran para los rituales de noviembre en forma de pan de muerto, con sabor a naranja y huevos. Se extasía de manera sensual y barroca con el mole de Oaxaca, “verdaderas creaciones de la más exaltada fantasía alimenticia en que el gastrónomo de fuerte lengua y coraje para los picantes se sumerge como en un difícil paraíso degustativo”, o se regodea en los detalles “de aquellos inmensos conventos virreinales de los siglos XV al XVIII”, que hicieron de México “el verdadero meridiano en que parecían encontrarse las más opuestas geografías”.

Llena sus hallazgos de la magia que sólo es posible como un acto de devoción y deslumbramiento. Son muchas las anécdotas, las semblanzas, los testimonios del paso de Picón Salas por aquella tierra genero-

sa, que lo acogió también como a un hijo. Muchos de estos testimonios tuvimos la fortuna de reunir y ordenar para el libro *Mariano Picón Salas y México*, que editó la Universidad Católica Cecilio Acosta en el año 2002.

Durante 1949 vive intensamente la realidad mexicana, escribe, sigue publicando sus ensayos en *Cuadernos Americanos* y ejerce su magisterio en las aulas universitarias. En Venezuela aparece uno de sus libros más optimistas, *Comprensión de Venezuela*, en el cual reúne trabajos orientados por su afán constructor, plenos de su vocación humanista, donde prevalece la defensa de la concordia y el entendimiento, donde esboza su fe en que la construcción del país es necesariamente una tarea común.

También acude al concurso de cuentos del diario *El Nacional* con un fragmento de su biografía de Pedro Claver, titulado “Peste en la nave”, con el cual gana el tercer lugar. Sigue pensando intensamente en el país, en el cual se han quebrantado tantos principios y donde campean “las intrigas cuarteleras”. Mientras, ayuda en la medida de sus posibilidades a tantos venezolanos que llegaban a México perseguidos y arrojados al exilio.

En su casa se reúne con intelectuales, artistas y escritores; también con otros venezolanos exiliados frecuenta a Gallegos, quien se prepara junto a su esposa Teotiste Arocha para trasladarse a Morelia, donde el presidente Lázaro Cárdenas ha dispuesto una casa para que el novelista viva no sólo con el decoro y la dignidad de un Presidente democrático derrocado, sino como una gloria de las letras latinoamericanas. En Morelia todavía puede leerse una tarja en la pared frontal de la casa que muestra orgullosa el lugar donde el maestro venezolano tuvo su hogar de exiliado. En septiembre viaja a Monterrey y participa en el Congreso de Historia. En febrero de 1950 participa en el II Congreso de Filosofía Interamericana en la ciudad de México.

La estadía mexicana de Picón Salas se prolonga hasta julio de 1950, cuando decide volver a los Estados Unidos. Pasa por Washington y luego acepta una nueva invitación para ir a Nueva York como profesor

visitante en la Universidad de Columbia. Esta invitación se le extiende para el período correspondiente a 1950-1951.

Los compromisos académicos de Picón Salas en Estados Unidos culminaban en mayo de ese año. En febrero de 1951 envía una carta a Rómulo Betancourt –exiliado en La Habana– en la que le comenta su disposición de viajar a esa ciudad para impartir cursillos o conferencias: “tengo que hacerme planes a partir de mayo en que termina mi contrato con Columbia que no quiero renovar. A Beatriz le cansa la dureza de la vida aquí y yo no tengo ningún interés especial en continuar en los Estados Unidos” (Siso Martínez y Oropesa, 1977: 228).

Sin embargo, permanece allí hasta los primeros días de septiembre. Después de impartir cursos de verano en la Universidad de California, en Los Ángeles, se dirige a Nueva York para salir hacia Venezuela. Percibe el ambiente estadounidense con cierta hostilidad, siente los efectos colaterales del “macartismo”, los coletazos de la posguerra y el inicio de la Guerra Fría.

Había pagado caro el precio de la fidelidad, de la entereza y sobre todo los compromisos de ser hombre de principios. Y como hombre de una fuerte convicción moral no se arredra. Frente a muchos que se acomodaron para servir al gobernante de turno, Mariano prefirió el destierro, seguir como judío errante y esperar el momento de volver a su país, a la tierra prometida, a las añorantes moradas. Prefirió intentar una vez más hacer válido el precepto martiano: esperaba que Venezuela le diera en qué servirla.

Comprender a **Venezuela**

Mariano regresa a Caracas el 9 de septiembre de 1951 para retomar su labor docente, interrumpida abruptamente por atender los compromisos diplomáticos del país en 1948. Pagó su lealtad con el destierro y volvía para intentar una nueva fundación con afán de permanencia. El período que va desde septiembre de 1951 hasta junio de 1958, será el más largo que viva en Venezuela, con breves salidas para cumplir compromisos académicos internacionales.

Ya en Caracas se incorpora a sus cursos de literatura e historia del arte en la Universidad Central de Venezuela y también colabora con el Instituto Pedagógico Nacional. Como en aquellos días optimistas de 1939, recorre varias ciudades dictando conferencias y prepara la publicación de un nuevo libro: *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*, que se edita en 1952, bajo los auspicios de la Librería Cruz del Sur.

En el poder se ha instaurado el causante de los últimos terremotos políticos del país. Marcos Pérez Jiménez ejerce la Presidencia provisional, luego de desconocer los resultados electorales del 30 de noviembre de 1952, que dieron ganador al partido URD, representado por Jóvito Villalba, para integrar la Asamblea Nacional Constituyente en 1953. Ha

desplazado a sus cófrades de conspiración y golpes de estado y se señorea ufano mostrando su voz de mando y su inagotable ambición de poder.

Picón Salas asume de una manera activa su labor intelectual, no cesa en el intento de enseñar con su ejemplo, confía en las profundas repercusiones que tiene a la larga la labor educativa. Prefiere acudir al llamado de la inteligencia que apostar por el sosiego cómodo. Para algunos esto era sospechoso. Que reclamara un lugar para sí en su propio país después de gozar de tanto espacio y prestigio en países extranjeros era visto con desconfianza, esa era otra cara del pago que debía hacer quien se atreviera a levantar su mirada avizora y, sin aspavientos, iluminar las zonas oscuras. Era la misión más honesta del intelectual, observar y decir las cosas a tiempo y sin mordazas.

La cátedra, el periódico y el contacto directo con la gente le sirvieron de tribuna. Para continuar con esa labor creadora comienza a dirigir el *Papel Literario* del diario *El Nacional*, en enero de 1953, y habría de estar allí hasta 1957. Sustituía a otro grande de la intelectualidad venezolana, Arturo Uslar Pietri. Su columna “Signos y presencias” se convierte en una verdadera cátedra semanal, apacible refugio en tiempos “pericolosos”, dirá en alguna carta. Abre las páginas del suplemento a importantes intelectuales venezolanos y también del continente, entre ellos Alfonso Reyes, Germán Arciniegas, Américo Castro, Juan Ramón Jiménez, Francisco Romero y Ricardo Latcham.

Igualmente en enero de 1953 asiste como invitado a los actos del centenario de José Martí en La Habana, para lo cual escribe su ensayo “Arte y virtud en José Martí”. Y también en La Habana participa en el coloquio organizado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia que pretende delinear los programas para enfocar –con criterios de actualización y modernidad– los estudios históricos en los países hispanoamericanos.

En marzo de este año combina su labor docente con la de consejero de una empresa de publicidad mercantil, Vepaco, que le demanda tiempo y dedicación. Es la única vez que su nombre aparece asociado a una empresa cuyos fines no son estrictamente culturales o humanísticos.

El alto costo de la vida es una queja constante en una capital marcada por la prisa, el ruido, la nerviosidad y la ostentación. Esa Caracas “kafkiana y enemiga de los peatones”, como dirá en una carta. Este mismo año compila y publica sus *Obras selectas*, que imprime en Madrid la editorial Edime. En ellas excluye prácticamente todo lo escrito con anterioridad a 1933.

Cumplía con un proceso de depuración obedeciendo a su propio sentido crítico respecto a la voz que se representa en la obra. Las páginas de juventud estaban, según el autor, cargadas de individualismo, las que deseaba preservar para el futuro, eran aquellas que tomaban conciencia del valor colectivo, del aspecto inclusivo de los otros: “De mi obra literaria he suprimido para esta compilación las páginas anteriores a 1933. Aun las de esa fecha resultan para mi gusto de hoy exageradamente verbosas y no desprovistas de pedantería juvenil” (Picón Salas, 1962: IX).

En su ensayo “Profecía de la palabra”, había escrito una reflexión que se convertiría en norte de su obra de madurez:

El conjunto, más que el individuo aislado, ocupa el primer plano de nuestras reflexiones. No es que se renuncie a lo personal, sino más bien que más allá de las vestiduras locales, de los disfraces de región y de época, queremos llegar a lo antropológico (Picón Salas, 1962: 1264).

Este libro, que fue muy bien recibido por la crítica. Se acompaña de un prólogo que ha sido visto como un manifiesto autocrítico, de un rico valor autobiográfico: “Pequeña confesión a la sordina”, que es, al mismo tiempo, una síntesis precisa de su pensamiento estético.

Ese año le trae también otros logros editoriales: el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en México, publica en la editorial Fournier el título *Suramérica: período colonial* y en Caracas circula su biografía de Simón Rodríguez.

A finales de ese año aparece *Los días de Cipriano (Historia venezolana del 900)*, que tuvo una excelente acogida por la crítica y vendió la

edición de 1.000 ejemplares en un tiempo récord. Esta obra, que salió con muchas erratas y llevó al autor “al índice de los réprobos”, como le comenta discretamente a Alfonso Reyes, planteaba también una mirada aguda sobre su presente, por esos días tan lleno del “ideal nacional”.

El libro se convierte en un best-seller. “Mil ejemplares vendidos a las 48 horas de haber aparecido”, dice una crónica de *La Esfera*, diario para el cual el autor concede también una entrevista: “La Historia me interesa no sólo en cuanto pasado, sino en cuanto prueba de la psicología del hombre y de las reacciones del grupo social y en cuanto ayuda a alumbrar, también, problemas y vivencias contemporáneas” (Sucre, 1983: 657).

En esta obra Picón Salas contrasta el carácter romántico, vehemente, egoísta y vaticinador de Cipriano Castro y el disimulo cruel y replegado de su compadre Juan Vicente Gómez: “Porque junto al ardor del otro, Gómez será tirano paciente e inalterable, con pausa de caimán, disfrazándose a veces de un negativo y engañoso papel de Bertoldo” (Picón Salas, 1958: 22).

Por los signos de la historia, mucho de lo narrado en aquella crónica de desafueros parecía reeditarse en el país desde 1948 y con mayor agudeza desde 1952: era una radiografía del caudillo y de las dictaduras. *Los días de Cipriano Castro...*

(...) parece decirnos en el momento de la aparición del libro que Castro no ha muerto, que los gobernantes que llegaron al poder por la traición eran los herederos de una falsa tradición, donde era normal el pillaje, el robo y la corrupción moral, que reaparecería adicionada con ese sentido de crueldad primaria que lo empalma con el régimen gomecista (Siso Martínez, 1970: 93).

En el saldo del año tenía esas buenas recompensas intelectuales, pero también había recibido a finales de abril la noticia de la muerte de su padre, Pío Nono, en Santiago de Chile. Allí quedaban la viuda y sus dos hijas, Ada y Josefina. Y en la Mérida natal siguió viva la sombra de

aquel próspero comerciante venido a menos, que una vez partió dejando tras de sí rumores, chismes y maledicencias como la comidilla de las rancias familias merideñas. Hasta hoy queda algo oscuro de aquellos días. Y no falta alguien que sin procurar la verdad o abrigar la mínima duda o discreción, todavía le quiera cobrar al hijo las deudas del padre, como habría reprobado Martí.

En 1954 comparte con Arturo Uslar Pietri el Premio Nacional de Literatura, en prosa. Viaja a Nueva York para asistir al coloquio sobre “El arte y la libertad de creación”, que ha convocado la Universidad de Columbia. La secretaría general de la X Conferencia Interamericana publica su libro *Perspectiva de la pintura venezolana*, en Caracas. Trabaja sin cesar, como lo ha venido haciendo en sus años de exilio, en Venezuela y en tantos otros países que ha recorrido. Siente la fatiga propia del esfuerzo sostenido, muestra los signos de su cansancio, como se lo comentó a Alfonso Reyes:

(...) trabajo en mil cosas para ganarme la vida en esta ciudad tan cara y exigente, eso –como es natural– me afecta la salud, se me revuelve el hígado y me sube la presión arterial por tantas cosas incómodas. En verdad es que en esta época del “comfort” yanqui, vivimos con el alma completamente inconfortable.

El 19 de marzo de 1955 viaja a Mérida y pronuncia el discurso de orden con motivo de los 170 años de la fundación de la Universidad de Los Andes. Una nueva novela aparece en los albores de 1955, *Los tratos de la noche*. Esta obra, que cierra el ciclo narrativo del autor, fue comentada en abundantes notas de prensa, tanto en Venezuela como en otros países, al momento de su aparición.

Paralelo al drama humano que vive el protagonista, Alfonso Segovia, existe un drama colectivo donde podemos identificar momentos de la historia de Venezuela y en su trasfondo, la angustia casi existencial de los venezolanos en plena dictadura de Pérez Jiménez.

Esta mirada va desde las guerras de independencia hasta fines del siglo XIX; desde los días del bisabuelo, José Mercedes Segovia, que pe-

leó en Boyacá (1819) y Carabobo (1821), hasta los escritos cívico-patrióticos de Pedro José Segovia, el abuelo, personaje marcado por su conformismo y honestidad ante las coyunturas políticas finiseculares. Luego está la saga familiar del narrador: la tragedia de su propio padre José Mercedes Segovia, despojado de sus bienes personales y tomado prisionero, luego la dispersión de su familia. En este último hecho se refiere a la dictadura de Juan Vicente Gómez y en general al ambiente que se vive en ese momento histórico:

Picón Salas capta con breves trazos la época, y ya sabemos que su persistente nostalgia del pasado (individual) es una constante en su ficción. Está personalmente tan atado a sus tradiciones y a las costumbres y tiene una sensibilidad tan aguda y una conciencia tan incesante que no hay lugar de la novela donde el pasado no sea asunto de veneración o de descripción erudita, como si la cultura del narrador fuera parte de la estructura de la novela o de ese mundo (por dentro) que es la novela (Consalvi, 1996: 438).

Hay que tomar en cuenta el contexto de la historia que se narra en la obra. Su presente, se relaciona con la última etapa del gomecismo, pero éste aparece aludido desde sus comienzos, cuando más fortalecido estaba. De la misma forma toma posición frente a los desmanes que propicia de manera general la dictadura en Venezuela: el destierro, la cárcel o la muerte de los opositores, así como el auge de la explotación petrolera y el intervencionismo norteamericano

Estos elementos están muy cerca de lo histórico documental, y representan, en la narrativa de Picón Salas, una función que si bien privilegia lo estético, posee una marcada actitud política, la cual se construye sobre una base en buena medida autobiográfica. Pero tal manera de narrar no se reduce exclusivamente a ello, sino que trasciende aquellos aspectos que se relacionan con el mundo de la infancia, el entorno familiar, la nostalgia por el pasado y su constante movilidad, otra forma de la “errancia”.

Se ha visto en esta novela una crítica frente a los cambios de rostro que intentó el proyecto del Nuevo Ideal Nacional desarrollado por el

gobierno de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, durante el período 1952-1958, y que entre muchos cambios se proponía la modernización del país en sus estructuras más visibles, como las vías de comunicación –construcción de grandes avenidas y puentes–, el crecimiento urbanizado de las ciudades más importantes mediante la construcción de viviendas para la clase media, un alto índice de inmigración junto con la garantía de seguridad y orden. Pero, simultáneamente, hubo también un brutal aparato represivo, la Seguridad Nacional, tristemente célebre por sus técnicas de persecución y tortura a los disidentes o sospechosos de serlo. Como consecuencia de este sistema represivo se generó un gran número de presos y exiliados. Son años de represión, de tortura, de miedo, disimulados tras una fachada de crecimiento, orden y orientación desarrollista.

Sobre las coincidencias de Cipriano Castro y Pérez Jiménez en torno a sus proyectos “ideales”, Picón Salas escribió:

Con Castro y con Pérez Jiménez, especialmente, los venezolanos aprendimos para siempre qué cosa tan peligrosa es el caudillo armado que no se satisfaga con contar sus vacas, sus presos y sus acciones en el banco, porque pretende hacernos partícipes de sus “ideales” (Picón Salas, 1962b: 16).

En ese país que está tratando de simular una vida normal subyace el acecho de una distorsionada idea de “lo nacional” y el abuso de un falso nacionalismo. Picón Salas prosigue su labor literaria y educativa. En julio la Universidad Central de Venezuela le otorga el título de Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras.

Se conciliaba así en el suelo patrio un reconocimiento cónsono con sus pasiones: escribir y enseñar, como una forma de compartir la compañía humana. Como él mismo aspiraba, era necesario vencer la soledad y el desaliento, para seguir buscando en los libros y las ideas “aquellos arquetipos que nos remontan de la pasión y el accidental frenesí a más serena zona de justicia y belleza”; sin duda, las humanidades y las letras le depararon “la más sosegada y consoladora felicidad”.



El milagro de la **sencillez**

Reinventar la lengua, construir un mundo en qué reconocerse y, principalmente, para que se encuentren los demás, no es tarea fácil. Sin embargo, en Picón Salas pareciera darse la búsqueda de un goce permanente donde se mantienen a pulso las palabras y su condición proteica, viva, mudable. Sus artículos, ensayos y conferencias abrieron un diálogo no sólo con su país, sino también y principalmente, con el continente americano.

Podría decirse que Picón Salas construye un imaginario nacional a partir de contrastes y búsquedas en su propia tradición: histórica, geográfica, lingüística, cultural y política, siendo éste uno de los aspectos determinantes de sus ensayos: “No soy –tengo que decirlo– un erudito del siglo XIX, sino un escritor del siglo XX que busca en nuestra literatura uno de los signos más expresivos del alma histórica venezolana” (Picón Salas, 1940: 12). Y esa conciencia es la búsqueda de respuestas desde una concepción ecuménica de la cultura, atravesada por sus intensos sentimientos americanistas y su desvelo por el destino de nuestra cultura mestiza.

La mayor parte de sus ensayos y narraciones aparece enmarcada en un tiempo presente que abre un largo paréntesis para la retrospectiva

ción: la evocación y la semblanza adquieren la forma de la memoria. En ese sentido, la conciencia del tiempo es asumida como un ejercicio de libertad. En sus “Notas sobre el problema de nuestra cultura” pudo advertir:

En el fondo de toda cuestión venezolana, más allá de la técnica y de la reforma administrativa, hay una aspiración espiritual y moral que no suelen ver los especialistas, pero que deben ver los políticos; la aspiración de un pueblo que desea recobrase y reiniciar su vida histórica, ascender en capacidad y potencia. Y semejante ambición y anhelo debe prevalecer sobre la querrela aldeana y la politiquería pequeña, en los venezolanos de hoy. Es preciso hablar a los que tienen fe (Picón Salas, 1962: 229).

La tensión del discurso ensayístico se manifiesta en el espíritu de denuncia, de revisión crítica de hitos históricos, de comprensión de la cultura, de cuestionamientos al presente, en la búsqueda de aperturas hacia la transformación positiva del hombre y de la sociedad.

Tales ideas se van condensando y desarrollando a lo largo de su obra, pero tempranamente habían anunciado su programa en un texto de 1935, titulado “Prólogo y digresiones sobre América”, incluido en su libro *Intuición de Chile*:

Mejor es comprender. Si hay algo de dramático en la misión del escritor en estos pueblos que, más que las bellas frases, parecen demandar las máquinas del ingeniero o las grandes botas del “pioneer”, es que, como ellos, también estamos descubriendo, trazando, explorando; tratamos de crear un Universo moral, una conciencia de perduración que nos eleve del estado de Naturaleza al estado de Cultura (Picón Salas, 1935: 13).

Se puede seguir en sus ensayos, progresivamente, la maduración de sus formas expresivas: el dominio del idioma y el logro de su estilo más depurado. En su obra ensayística converge un mundo de contrastes, de fricciones ideológicas, donde se muestran principalmente los que, consideramos, son los ejes jerárquicos de su pensamiento: la historia, la cultura, y la mirada hacia sí mismo. Esos elementos se com-

plementan, se alternan, se disponen como recursos fundamentales en la estructuración conceptual de su admirable y prolífica obra.

En sus textos iniciales ya se halla la promesa de un joven que aspira convertirse en escritor, que se vuelca hacia la tradición cultural de su país y de Hispanoamérica, tamizada principalmente por la importancia que otorga al sustrato histórico. Prevalece en sus ensayos y en sus relatos un estilo personal, una voz definida por el tono armónico, un sistema de expresión que es individual y marca todo cuanto escribe.

Un rasgo que caracteriza su escritura es la utilización de recursos retóricos que producen la sensación de intensidad: el empleo de términos de dubitación, tales como “acaso” o “quizás” sobre todo en la ensayística y, principalmente, la discreción y la cortesía, que son otros rasgos apreciados en sus escritos, muestran la reserva de Picón Salas ante las afirmaciones contundentes y rígidas, expresadas en otro tipo de formas discursivas.

Su norte va a ser la observación, el análisis, la comprensión y, finalmente, la interpretación del fenómeno que le ocupa, dentro de las características que él mismo confesaba en una carta dirigida a Rómulo Betancourt, en 1932, estando en Chile: “Yo no soy propiamente un hombre de acción; la vida y la necesidad, cierta estática pedagógica que me ha impuesto Chile al emplearme en servicios educacionales, me han ido convirtiendo en un contemplativo” (Siso Martínez y Oropesa, 1977: 178).

En el ensayo y en su obra narrativa, Picón Salas recurre a la ficcionalización de la historia, lo cual establece puentes y correspondencias ideológicas entre sus formas discursivas. Igualmente es innegable en este puente la presencia de lo autobiográfico como una forma de autoconocimiento. Picón Salas insistió de manera consecuente en esa forma de mirarse a sí mismo, pero no para hablar de su vida ni para ejemplificar con sus acciones, sino para pensar la realidad con ella, es decir, asumiéndose como hombre de su tiempo, inquieto ante todas las manifestaciones vitales del mundo que le rodeaba, y eso pasa por lo político, lo ideológico, lo histórico, y de manera amplia lo cultural.

¿Para qué escribe ensayos? Para mostrar puntos de vista, para expresar de la manera más clara y al mismo tiempo enigmática sus ideas: “(...) tener algo que decir, decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los otros hombres, y en lengua tan personal y propia, que ella se bautice así misma” (Picón Salas, 1962: 996).

Por otra parte, se refugia en el estudio y conocimiento de la historia para afianzar su escepticismo frente a cualquier tipo de fanatismo, pero entre ellos el que ve como más peligroso: el ideológico. Tiene un gran sentido de la objetividad, capaz de penetrar sutilmente en todos los matices de su evolución intelectual, con aguda conciencia de lo ético y ontológico. En sus trabajos sobre temas nacionales, latinoamericanos o europeos demuestra su erudición cultural, la cual se halla unida a su fina percepción artística y su agudo sentido de interpretación sociológica.

En esa síntesis hay un intento de objetivación, aun cuando el tono discursivo, propio de un ensayista consciente de las fronteras de su expresión, le señale los límites de su sentido íntimo o de su prudencia implícita. Por encima de todo está la asunción de los retos como hombre de su tiempo, atado ineludiblemente a una historia específica, a un momento impostergable:

Picón Salas tuvo siempre un sentido muy claro de nuestra historicidad, que no confundió con el historicismo imperioso. No somos seres adánicos ni prepotentes o nuevos demiurgos que van a abolir la Historia; seres relativos y frágiles, pertenecemos a una época y a una civilización que también son mortales o, a lo sumo, no son más que la continuidad de otras. Pero nunca accedió a reconocerle a la Historia una prepotencia sobre el individuo; mucho menos en los países latinoamericanos, donde la individualidad todavía no ha logrado encontrar la verdadera fuerza con que la conciencia se opone a los arbitrios infamantes del Poder; ¿no es lo que prueba el creciente renacimiento de nuestros militarismos? Por ello libró siempre su combate contra todo determinismo en la Historia, contra toda forma de opresión de la conciencia. Contra los viejos y los nuevos inquisidores (Sucre, 1983: XXX).

Lo que más importa es la valoración y reelaboración de esos hitos a partir de las marcas de reinterpretación del pasado y su conciencia de historicidad. Por consiguiente, la obra de Picón Salas es reconstrucción, no sólo de lo vivido por él sino también por los otros; es, en síntesis, una dialéctica que no se cumple “sin tormenta ni desgarramiento”, que acoge, asimila, y reintegra para crear un puente conceptual donde se encuentra la historia personal con la colectiva, la del sujeto y la del país.

Pudiera decirse que esa concepción de prioridad y concreción se encuentra también en su *Formación y proceso de la literatura venezolana*, obra en la que recuenta hechos de la historia venezolana como una especie de correlato del registro crítico e historiográfico. El aspecto conjuntivo –de formación– y el sistémico de proceso, dan a ésta, como a otra de sus muchas obras, un carácter dinámico:

Hacer la patria para los venezolanos de hoy es, por eso, recogerla en su dispersión; crear entre tantas generaciones beligerantes una posibilidad de acuerdo. (...) Al escribir una Historia literaria, el autor no puede olvidarse de los reclamos y la pasión de su tiempo (...) A otros, el sueño difícil y académico de una historia objetiva, tan fría y tan fiel que parezca una entelequia (Picón Salas, 1940: 11-12).

Asimismo, es fundamental para comprender la agudeza del ensayista, su perspectiva de viajero, que le permite observar e interiorizar elementos significativos de esos paisajes naturales y humanos que aprehende y vuelca en la escritura. Muchos de sus ensayos son producto de esa apropiación donde “prevaleció el goce de mirar, de comprender y comunicar” (Picón Salas, 1937: 11).

La asimilación de otros espacios y tiempos se puede apreciar en libros eminentemente ensayísticos como *Preguntas a Europa* (1937) y *Gusto de México* (1952), que combinan muy bien el aspecto descriptivo con el narrativo, logrando la profundidad y la voluntad de estilo. En ellos se perciben los elementos contextuales con recreaciones testimoniales, reflexivas y ficcionales.

Su profunda sensibilidad poética siempre estuvo resguardada por la contención del hombre de ideas, para quien la expresión está profundamente sometida a los rigores de la precisión, pues para él...

(...) el escritor debía penetrar más allá del pellejo de las gentes, morderles las entrañas y desasosegarlas como el buitre de Prometeo, palparles hasta sus evasiones y sus silencios, para acercarse al mensaje que sólo la literatura puede ofrecer (Picón Salas, 1962: 1349).

La perspectiva ensayística le permite a Picón Salas mirar a través de una celosía o más bien, panóptico de la cultura y de la historia. Esto lo convierte en un intelectual vigilante de los trasiegos de su tiempo, entre el espacio íntimo que le confiere sentido confesional a su yo diluido en nosotros. Al mismo tiempo, abre su sensibilidad hacia un espacio público que lo expone a la dialéctica de su presente, al cual interrogó permanentemente y nos legó desde su lectura atenta, una forma de hacer legible, o mejor, inteligible, aquel presente suyo que tanto subraya las angustias del presente nuestro.

¿Una paz **duradera**?

A comienzos de 1956, Picón Salas viaja nuevamente a La Habana y de allí a México. Va a este último país para participar en los actos conmemorativos del Centenario del Congreso y la Constitución de 1856, organizados por la Universidad Nacional Autónoma. Como solía hacer en los viajes anteriores, visita a viejos amigos, a sus colegas de la UNAM y de El Colegio de México, y dicta una charla con el tema del liberalismo en Venezuela en la Escuela Nacional de Economía. En París se edita *Voyage au Point du Jour*, traducción francesa de Jean y André Catrysse de su *Viaje al amanecer*, con prólogo de René Durant.

En julio de 1957 viaja por primera vez a España. Visita Madrid, Toledo, El Escorial, Talavera, Segovia y otros pueblos de Castilla. Esta visita se prolongó durante casi tres meses. Para él fue un viaje emocional donde reconoció en muchos elementos “el aire de familia” y sintió encontrarse en la casa de los abuelos. Al regresar a Caracas encuentra el ambiente agitado políticamente y siente la asfixia de tantos venezolanos con una dictadura policiaca que ya llevaba un lustro.

Se lleva a cabo la consulta “popular” bajo la forma de un plebiscito para elegir al Presidente de la República, el 15 de diciembre. Cinco días después, el Consejo Supremo Electoral nombra a Pérez Jiménez

como Presidente. Se produce una serie de acciones de calle y un llamamiento a las Fuerzas Armadas llevado a cabo por la Junta Patriótica. Ésta venía operando desde junio, integrada por Acción Democrática, Copei, el Partido Comunista y Unión Republicana Democrática, la cual hace ver que todo el aparataje oficialista era un fraude contra la constitución, y que estaban en juego las libertades ciudadanas.

Los ánimos se mantienen crispados. Se siente la presión de los empresarios, en su mayoría representantes de la burguesía capitalista. Hay rumores en los cuarteles y aunque en las calles se muestra el decorado de unas políticas públicas que se afincaban en los impuestos y en el dispendio de la riqueza nacional, no podía ocultarse la corrupción y el abuso de poder por todos flancos. Como a toda dictadura, le había llegado la hora del desencanto.

En enero de 1958, Picón Salas está entre el grupo de personas que redactan un manifiesto de disconformidad ante el estado de postración en que ha caído el país. Su nombre encabeza el “Manifiesto de los intelectuales sobre la situación política nacional”, que aparece en la prensa nacional el 15 de enero. En el mismo, escritores, artistas, profesionales y profesores universitarios, sin distinciones ideológicas, se pronuncian en torno a la crisis general que aquejaba al país, como consecuencia del fraude del 2 diciembre, con el cual el general Marcos Pérez Jiménez pretendía prolongar su régimen dictatorial.

El manifiesto lo firmaban, junto con Picón Salas: Francisco De Venanzi, Miguel Otero Silva, Oscar Machado Zuloaga, Martín Vegas, Miguel Arroyo, Adriano González León, Ángel Rosenblat, Isaac J. Pardo, Lucila Palacios, Miguel Acosta Saignes, entre muchos otros. Abogaban por “la libertad democrática y una armoniosa relación entre los poderes del Estado y de la ciudadanía”.

Solicitaba...

(...) el restablecimiento de una vida moral digna; la austeridad en el manejo de los recursos de la Nación; el reconocimiento de los valores del espíritu sin los cuales ningún progreso material tiene sentido y el acuerdo entre las fuerzas de la ciudadanía para que

la cultura de Venezuela se desenvuelva en un ambiente de libertad (...) el acatamiento a las normas tradicionales de la convivencia internacional, después de las fricciones que nos separaron de algunas naciones hermanas.

También pedían respeto para las autoridades eclesiásticas, el restablecimiento de la autonomía universitaria, asediadas como estaban las universidades por el control represivo. Sin duda era la hora de una fuerte división de la sociedad y el manifiesto abogaba por la unión, “la armonía entre los venezolanos”. Los intelectuales pensaban que “el país no puede seguir dividido en grupos hostiles de desterrados, cautivos y usufructuarios de la riqueza”.

Otro punto fundamental del documento era el relativo a la garantía de la libertad de expresión sin ningún tipo de restricción ni censura. Todo descansaba en un deseo de concordia y unión: “la ciudadanía no desea establecer una división antagónica entre Fuerzas Armadas y fuerzas civiles, sino una cooperación respetuosa y ecuaníme para lograr la concordia nacional”.

En la madrugada del 23 de enero, el pueblo toma las calles. El Presidente había huido. Se forma una Junta de Gobierno provisoria. Mientras se recupera la calma y se anuncian las primeras medidas para restablecer el orden constitucional, se abren las cárceles y de nuevo comienza el retorno de los exiliados y perseguidos. El país comenzaba nuevamente a reconstituirse.

En febrero de 1958, la República de Cuba recibe a Picón Salas como académico correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras y sus viejos amigos chilenos, Ricardo Latcham y Juan Loveluck organizan y publican un volumen de *Ensayos escogidos* del maestro venezolano. Sigue participando activamente con sus escritos en las páginas de opinión de *El Nacional* y se mantiene activo en sus cátedras universitarias.

El nuevo ordenamiento que se adelanta en una Venezuela que retoma los caminos de la democracia representativa, devuelve a Picón Salas a la senda de la diplomacia. En junio de 1958 es designado embajador.

dor en Brasil por la Junta de Gobierno. Las nuevas autoridades necesitaban generar confianza internacional y acudieron a muchos ciudadanos meritorios para desempeñar las misiones diplomáticas. Antes de partir, dona su biblioteca a la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central. Desde Río de Janeiro escribe y sigue enviando artículos para *El Nacional* y se relaciona intensamente con la intelectualidad que vive en la gran ciudad brasilera, muchos son amigos de Alfonso Reyes, que le recuerdan sus pasos como embajador unos años antes.

Su casa, como antes la de Bogotá, se convierte en un centro de reuniones, de tertulias. Comparte con intelectuales relevantes como Gilberto Freyre, Stefan Baciu y Manuel Bandeira. “Ese inmenso regalo de Dios”, como llamó a este país, fue reconfortante para lo que más ansiaba: escribir. “¿Y qué otra cosa sino libros y artículos podemos hacer los intelectuales en estas tierras? Se trata de trabajar a largo plazo por un mundo mejor”, diría en algún momento. Y es en Brasil donde termina de redactar la última de sus autobiografías, *Regreso de tres mundos*, que había comenzado a escribir en Caracas en 1957 –según le cuenta en una carta a su amigo chileno Ricardo Latcham– y que se publicaría en México en 1959.

Mientras, sus coterráneos lo aguardan. Quieren celebrar con su hijo errante los 400 años de la fundación de Mérida. No puede viajar pero envía a través de Pedro Nicolás Tablante Garrido su hermoso testimonio “Mensaje a los merideños”, que se lee el 9 de octubre. En un juego de memoria y confesión, repasa intensos momentos de su infancia y juventud mientras reconoce las transformaciones de aquella vieja villa en la más promisoría ciudad cultural de Venezuela: “Mérida fue mucho más que el lugar de origen; el primero y dramático impulso del destino y la vocación”, decía en esa semblanza.

El 7 de diciembre de 1958 se celebran las elecciones y Rómulo Betancourt, del partido Acción Democrática, es elegido como Presidente con el 49.18% de los votos, seguido de Wolfgang Larrazábal, apoyado por el partido Unión Republicana Democrática (URD) y el Partido Comunis-

ta de Venezuela (PCV), con el 34.59%. Ese año, movido en lo político, inauguraría un largo período de estabilidad ciudadana e institucional, al mismo tiempo que marcaría el camino al proceso de la alternabilidad democrática.



La hora del **recuento**

“Sólo para un hermoso cuento que también se llama la Historia, narramos lo que a nosotros nos pasó. Más que una lección práctica, contar historias es un entretenimiento liberador para el cansancio del hombre”, nos dice Picón Salas en *Regreso de tres mundos*. Esta obra vino a cerrar ese proceso de hacer confidencias consigo mismo y compartirlas en voz baja con sus interlocutores. Tal vez intuía que se acercaba al final del camino.

Aun cuando en *Regreso de tres mundos* tal vez privó su voluntad de compartir la evolución de su proceso hacia el conocimiento de sí mismo, también dejaba zanjados los límites para que otros le conocieran. Esta obra de síntesis y balance de su vida iba en el mismo sentido de sus obras narrativas, en las cuales trató de penetrar en una realidad construida no como un espejo, sino como recreación de algunos hechos y el modelado de tipos humanos que devienen personajes. Su norte era la observación, el análisis, la comprensión y, finalmente, la interpretación de todo cuanto le rodeaba y llamaba su atención.

En *Regreso de tres mundos*, el lector se halla en presencia de un Picón Salas más íntimo, memorioso y justo, pero también contenido y medurado. Accede a una voluntad de descubrirse pero, sobre todo, le

interesa recuperar las etapas de su formación intelectual, estética y espiritual. Pero esa intimidad y aparente desnudez, hay que verla con atención, puesto que no es el hombre hablando de los pormenores de su vida, de sus acciones, como una autobiografía tradicional.

Lo que él llama “un hombre en su generación” es más bien la formalización de un distanciamiento que mediante los años transcurridos, le permiten valorar y enjuiciar los hechos que le tocaron de cerca, las circunstancias que le movieron al desplazamiento; el exilio, su compromiso con el país, dentro y fuera de él, su posición política. Pero ese extrañamiento también le permite separarse de un yo confesional para mostrarse más bien como cronista de un tiempo marcado por diversas contradicciones.

Si *Viaje al amanecer* es un relato fragmentado, sin trama novelesca, no hay en él intención confesa de hacer autobiografía. El texto se separa parcialmente de los hechos, configura un *enunciador* que narra en primera persona una serie de acontecimientos que –en tanto literatura– no son necesariamente copia fiel de la realidad. Aun cuando los espacios de sus personajes se encuentran delimitados, o son coincidentes con los espacios de la “realidad” donde se desarrolló la infancia del autor, estos pueden y deben ser comprendidos literariamente, de manera autónoma. En *Viaje al amanecer* se propone combinar los tiempos de la memoria afectiva –desordenados, caóticos, míticos– para simular el recuento de unos hechos que pasaron ordenados y lineales en las distintas etapas de su vida, pero hay en ella mucho de ficción.

En *Regreso de tres mundos*, en cambio, se mezclan elementos de índole autobiográfica con recreaciones testimoniales, reflexivas y ficcionales. Hay un recurrente conflicto con el pensamiento, el mismo que permea toda su obra: “sus propias biografías no son sino en el fondo ensayos donde recrea el tiempo histórico, las ideas crepitantes, que sacuden a sus personajes y a sus contemporáneos y atalaya desde donde dispara su propio pensamiento” (Siso Martínez, 1970: 63-64).

Picón Salas no se limita a mostrar una trayectoria idealizada y nostálgica. Tampoco se trata de hacer valer “su derecho” a la biografía.

Insistió en recrear el mundo de su infancia, no para celebrar el adulto que se regodea en un estilo depurado y en una prosa perfectamente delineada, sino para atar a sus recuerdos, para reconstruir una memoria que no es sólo la suya sino la del país y de, alguna manera, la del siglo XX. Si en *Viaje al amanecer* el narrador abre el diálogo desde lo íntimo, en *Regreso de tres mundos* va hacia lo colectivo, por ello es muy justo que proclame el balance de “un hombre en su generación”.

La mirada hacia el pasado le permite creer en el esfuerzo colectivo pero también le advierte el compromiso único que lleva implícito cada experiencia humana. Por ello se pregunta: “(...) ¿no es intransferible toda experiencia humana, y el dolor y la prueba que sufrimos sólo nos sirve a nosotros mismos? Cada uno siente su propia cicatriz” (Picón Salas, 1962: 1445).

Pero bien pudiéramos decir que ese balance de lo hecho para librarse del pesado fardo de los recuerdos está presente también en buena parte de sus obras de ficción: *Mundo imaginario*, *Registro de huéspedes* y *Odisea de tierra firme*.

Regreso de tres mundos está elaborado sobre el recuento de lo vivido. Es un poco ensayo, biografía y memoria donde, sin embargo, no hay confesión ni recuento pormenorizado de los aspectos de su vida. No es memoria ni diario, menos aún tiene intención apologética. Es sólo un balance crítico de las coyunturas vividas por un intelectual que reflexionó y se cuestionó a sí mismo como un hombre de su tiempo.

Es notable la omisión de datos específicos sobre su nacimiento e infancia, sus parientes, matrimonios, su hija, viajes y gustos gastronómicos. No hay secuencias estrictamente cronológicas que guíen al lector sobre los pormenores de esa vida que supuestamente se relata y confiesa. Lo que sí es notorio es la reflexión sobre problemas del común de los seres humanos: el amor, la guerra, el poder, la moral, el sexo, la política, la muerte, entre otros. También se aprecia la omisión de otras personas. Son escasas las alusiones a amigos, sus adversarios o correligionarios políticos.

El tono de mesura y comprensión pasa por alto los sinsabores de lo vivido. No hay la intención de rendir cuentas ni pedir las, tampoco de escarbar en las viejas heridas:

Medido con la tabla de ciertos valores de figurar y poseer –muy vigentes en mi país– quizá fui un hombre sin éxito. No llegué a ministro, Presidente de la República ni accionista de minas, barcos y aviones. Cuando tuve algún dinero en el banco se nutría del pequeño trabajo cotidiano de dar clases a un grupo de muchachos, o de escribir en los periódicos sencillas reflexiones sobre el arte, la vida y los libros. Era trabajador entusiasta y nunca me faltaban algunas metáforas o algunas ideas. Si hubiera sido rencoroso quizás alegraría que otros con ideas oscuras y menor diligencia alcanzaron situaciones y premios más altos (Picón Salas, 1962: 1446).

Es el testimonio sereno y no por ello resignado de un hombre que ha vivido intensamente, que ha saboreado triunfos y reconocimientos, pero que también ha logrado sobreponerse a los fracasos. Es su enseñanza que se trueca en añoranza y también en parábola. Es un pacto de paz consigo mismo, para seguir más ligero de equipaje, como le gustaba decir.

Este recuento del tránsito vital había tenido un intento previo en *Las nieves de antaño. Pequeña añoranza de Mérida*, publicado en 1958 por la Universidad del Zulia, como un homenaje a su ciudad natal en el IV centenario de su fundación. Para algunos es memoria y, para otros, crónica o confesión autobiográfica.

El escritor se proponía organizar las semblanzas y el testimonio de su pasión andina para obsequiárselos a su ciudad como una especie de memoria íntima. Entonces pensaba en aquella comarca montañosa guardada en su memoria y se preguntaba dónde estaban las nieves de antaño. Algunos consideran que *Las nieves de antaño* es otra de sus autobiografías, junto con *Viaje al amanecery Regreso de tres mundos*. Más que una pequeña añoranza de Mérida, es un testimonio y el relato cincelado del hombre que ha recorrido el mundo, visto y sentido innumerables paisajes y que siente en sus espaldas el sol de los venados.

Es el paisaje de la infancia y la juventud temprana, quizás ya no era el mismo del que había salido para buscar nuevos horizontes bajo los cielos de América. Tras muchos años de errancia volvería cargando experiencias, libros, reconocimientos y no pocos sinsabores. En la Mérida de hoy algo de aquella nostalgia aún sobrevive a las calamidades del desarrollo urbano descontrolado, un poco queda de la nieve de antaño, un hilo de sus cuatro portentosos ríos y algo del colorido cerro de Las Flores.

La ciudad está pincelada con sus recuerdos, tan personales; con el paisaje y su historia; con los nombres pintorescos de sus pájaros y el azul lejano de las montañas. Entre sueños y fantasmas deambulan personajes de ruana y hablar pausado.

En *Las nieves de antaño* todo adquiere matices coloridos: “en estas páginas en que nada se enseña sino un poco de alegría y amor, sigo devolviendo a mi ciudad algo de la deuda de nostalgia y ensueño que me dio para peregrinar por la vida”, escribió.

Una ciudad que siempre ha creído más en las ciencias y las artes, en el poder de la razón y las ideas que en las órdenes de los cuarteles: “Siempre fue Mérida ciudad culta, pacífica, de letrados, poetas y gentes corteses que no podían defraudar el compromiso de estudio y meditación a que convida su incomparable paisaje”. E insiste Mariano: “El merideño que viaja lleva la iluminada fábula de su paisaje como permanente nostalgia”.

Por sus páginas pasa la evocación de don Tulio, el rapsoda de Mérida, el iniciado Emilio Menotti Spósito, recitador de cantos bárbaros, la pedagógica disertación de Julio César Salas, Gonzalo Picón Febres, emborronando papeles para darle a Venezuela su primera historia intelectual y Antonio Spinetti Dini, Tonino, con quien leía las novelas de Salgari y revivía las hazañas de Sandokan.

Uno de los mayores méritos de estas páginas es el de preservar la memoria. La Mérida que entregó soldados adolescentes a la causa de la Independencia y que dejaron sus vidas en Los Horcones y Niquitao; la ciudad que transformó un seminario en Universidad como una de

las primeras reivindicaciones de los patriotas merideños al formar su Junta Autonómica en 1810.

No podía escapar al ojo atento del viajero, la relación con las otras ciudades homónimas, la Mérida mexicana, “situada en la blanca, casi pétrea pampa yucateca” y la Mérida extremeña, emérita augusta, madre de las otras dos Méridas indianas, que tiene “el encanto de un río que también se llama Albarregas como el de mi ciudad natal”.

Picón Salas recuerda con emoción y simpatía a un viejo pariente suyo, don Juan de Dios Picón Grillet, a quien no conoció sino por su fama de genio al que arrastró la fantasía, quien como pequeño Gutenberg criollo reproducía en su imprenta manual el calendario que regía el tiempo de las cosechas, las fiestas de guardar y anunciaba la llegada de las aves migratorias.

Esta obra recuerda en lo formal y en su contenido misceláneo a su primer libro, *Buscando el camino*, pero aquí, particularmente, retoma hechos y personajes de la vida cultural de su ciudad natal, así como anécdotas y reconocimientos a quienes contribuyeron a su desarrollo intelectual. Al final de su vida hacía un balance pero, sobre todo, deseaba dejar constancia del proceso formativo de su carácter, sensibilidad artística y social. Le importó mostrar los modos como se fue construyendo su interioridad, y los cambios que iba registrando de un modo natural como un hombre de su tiempo.

Al final de **la travesía**

La misión diplomática en Brasil se extiende hasta marzo de 1959. Es nombrado por Rómulo Betancourt, el nuevo Presidente de la República, como embajador delegado permanente por Venezuela ante la UNESCO. Reúne sus papeles y escribe un penetrante ensayo de observación sobre el país que generosamente lo había acogido. Lo titula “Despedida de Brasil”. Pasa rápidamente por Caracas para preparar su viaje hacia París.

En la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central –nombre con el cual se sustituyó el de Filosofía y Letras que él había fundado– lee una conferencia que es el balance de su estadía en el país que acaba de dejar atrás: “Breve visión del Brasil”. En mayo viaja a París y se incorpora a sus nuevas labores en la UNESCO. Poco después es electo miembro del consejo ejecutivo de la organización. La presencia de Picón Salas en los espacios culturales franceses, como antes en Chile, Colombia, México y Brasil, como puede leerse en diversos testimonios, prestigiaba el nombre de Venezuela.

En septiembre viaja a Bucarest para asistir al Coloquio Internacional sobre Civilizaciones, Lenguas y Literaturas Románicas. Va como delegado oficial de la UNESCO y en su ponencia, que lee el día 15,

habla acerca de los aspectos de la civilización románica en América Latina. En noviembre viaja a Italia para participar en el homenaje a Andrés Bello que le rinde el Instituto Columbiano de Génova.

En marzo de 1960 viaja a Israel y en abril participa en la organización del homenaje que La Sorbona le rinde a su gran amigo y menor mexicano Alfonso Reyes, quien había fallecido en la Ciudad de México el 27 de diciembre de 1959. La noticia de esta muerte embargó de tristeza aquel fin de año, pues mucho había significado para él la amistad y el apoyo del humanista pero, sobre todo, su magisterio. El mexicano era para él un poco de asidero y firmeza en el mundo, como escribió en su ensayo de homenaje “Letra de Alfonso Reyes”. En octubre es designado miembro correspondiente de la *Hispanic Society of America*. Son meses de trabajo intenso y sobre todo de mucha labor administrativa. En marzo de 1961, la Real Academia de la Historia de España lo nombra miembro. En Caracas se reedita su *Formación y proceso de la literatura venezolana* con algunos ajustes y un nuevo título: *Estudios de literatura venezolana*. En agosto es admitido como miembro correspondiente en la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA), con sede en París. Desde allí aboga por la creación de un capítulo correspondiente a Venezuela. En diciembre dicta conferencias en la Universidad de Heidelberg, Alemania.

1962 es un año muy intenso desde el punto de vista laboral e intelectual. Viaja en enero a Chile para participar en la Escuela Internacional de Verano, que por tercera vez convocaba la Universidad de Concepción. En el vuelo que lo llevaba a Santiago sintió el ritmo desacompañado de su corazón: era un claro aviso de que algo no andaba bien en su salud, pero quizás no pudo intuir que se acercaba al final de su vida. En lugar de aminorar su ritmo de trabajo y sus compromisos públicos, continúa con la misma intensidad. Retorna a París y luego visita Italia.

En junio asiste como delegado al Festival Cinematográfico Latinoamericano en Sestri Levante, Italia. Allí lo entrevista la periodista mexicana Elena Poniatowska. En esa entrevista expresa muchos de los ele-

mentos que sustentan su ideario político, la situación de Venezuela para ese momento, su política exterior, los problemas derivados de la Revolución Cubana, siempre reforzando su idea de democracia social y libertad política, así como su fe en las transformaciones positivas de la ciencia y la técnica. Subraya que en “medio de la discordia humana, el intelectual debe ser un elemento de concordia”, y afianza la idea de que un país es una tarea común (Zambrano, 2002: 121). En ese sentido se mantenía fiel a sus propias palabras expresadas en *Regreso de tres mundos*:

En medio del furor de endemoniados que tanto a la derecha como a la izquierda parecía acosarnos, preferí mi liberalismo –un poco anacrónico– al monopolio de la verdad y las fórmulas inflexibles que ofrecían los nuevos empresarios de mitos (Picón Salas, 1962: 1333).

En las funciones propias de su alto cargo en la UNESCO, viaja luego a Grecia y Turquía. En enero de 1963 está de nuevo en Caracas y allí recibe los ejemplares de un nuevo libro: *Los malos salvajes. Civilización y política contemporáneas* que había publicado en Buenos Aires la Editorial Sudamericana. Un nuevo destino le aguarda: el presidente Betancourt le encomienda la misión de ocupar la Embajada de Venezuela en México, sin deshacerse de sus compromisos con la UNESCO.

Aunque había retornado con cansancio acumulado y la salud resentida, acepta el reto. El 13 de febrero tomó posesión de la embajada y el día 15 presentó sus credenciales ante el presidente Adolfo López Mateos. Poco después, sufre una severa crisis asmática que lo mantuvo internado en el Hospital Cardiológico bajo cuidados especiales y un “diagnóstico pesimista” (Picón de Morles, 2000: 467-471). Se recupera y retorna a Venezuela en abril, pero en lugar de elegir un ritmo más pausado de trabajo, reanuda sus distintos compromisos con la misma intensidad. Organiza una colección de ensayos que edita bajo el título de *Hora y deshora*. Aparece en inglés *De la Conquista a la Independencia*, publicado por la Universidad de California, Berkeley,

como *A Cultural History of Spanish America. From Conquest to Independence*, con traducción de su amigo el célebre hispanista Irving A. Leonard.

El 20 de agosto atiende una petición del presidente Betancourt para que ocupe la Secretaría General de la Presidencia ante la renuncia de Ramón J. Velásquez. Sin desatender sus obligaciones en la UNESCO, se encarga de diversas tareas, en medio de un clima político agitado de cara a las elecciones que se realizarían el 1º de diciembre. Era una distinción que le hacía su viejo amigo, en los días finales su gobierno. En las elecciones resulta ganador Raúl Leoni. Después de muchos años, un civil entregaba el mando a otro civil y se conjuraba un largo periodo histórico que llevaba el tiempo del siglo en lo que se refiere a tomas del poder por orden de la fuerza.

Su compromiso de estar en la tarea venezolana lo retiene en Caracas. En febrero recibe la distinción del Gran Premio Anual Interamericano “Escritores de la Libertad”, correspondiente al año 1963, otorgado por la institución argentina El Consejo del Escritor. Comparte la distinción con la escritora Silvina Ocampo. Acepta el premio pero no puede ir a recibirlo ya que en las fechas previstas su presencia es requerida en su despacho de la UNESCO.

Sus funciones como ministro de la Secretaría de la Presidencia cesan en marzo. Entre sus manos tiene los papeles que darían forma concreta a un anhelado proyecto, el de crear un organismo para gestionar la cultura con rango nacional, aglutinar los esfuerzos dispersos en este sentido pero conservando una total autonomía. Para ello cuenta con el apoyo del ministro de Educación, su viejo amigo José Manuel Siso Martínez y, por supuesto, del presidente Raúl Leoni, quien lo nombra comisionado de la Presidencia para formar el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA). Se constituye bajo su coordinación un equipo de profesionales, artistas e intelectuales que le prestan su esfuerzo para concretar la idea.

Nuevamente viaja a Europa, a comienzos de abril. Primero pasa por Madrid y dicta cuatro conferencias en el Instituto de Cultura Hispáni-

ca. Luego viaja a París. Allí retoma sus funciones diplomáticas y se encuentra con su *Au Carrefour de Trois Mondes*, la traducción francesa de M. O. Fortier y M. Serrat de su *Regreso de tres mundos*, que ha sido publicada por la Editorial Casterman. Regresa a Caracas el 13 de mayo, para reiniciar un nuevo viaje intelectual, esta vez el de un proyecto cultural largamente pensado, el mismo que sería como un “viaje al amanecer” de la cultura nacional, y que por obra de las paradojas también lo acerca al fin de la errancia terrena.

Los meses que van de junio a diciembre de 1964 los dedica con denuevo a concretar este proyecto y, sobre todo, a vencer las resistencias que una iniciativa de esta envergadura representaba para algunas personas interesadas en negar la prioridad de los aspectos culturales en la agenda del nuevo gobierno. Viaja brevemente en octubre a San José de Costa Rica, en atención de una invitación de la Escuela Interamericana de Educación Democrática para dictar un ciclo de conferencias sobre el “Análisis político de la Historia de América Latina”. Su salud se resiente de nuevo, por lo que decide regresar rápidamente a Caracas. Apenas se recupera comienza a luchar contra el tiempo y las adversidades. El horizonte del nuevo año le esperaba para inaugurar el INCIBA y convertirse en su primer director.

A pesar de que su salud no se restablecía del todo, asume un nuevo compromiso académico: dice que sí a una invitación de la Fundación Eugenio Mendoza. Se trata de un ciclo de conferencias que debe dictar bajo el título general de “Visión de América Hispana”. Daría una conferencia cada semana, la primera parte entre octubre y diciembre de 1964 y la segunda a comienzos de 1965. Desarrolla la primera etapa. La segunda la cumplirían –como un homenaje a su iniciador–, los escritores Arturo Uslar Pietri, Augusto Mijares, Pedro Grases, Eduardo Arroyo Lameda, Fernando Paz Castillo, Juan Liscano y José Ramón Medina, entre otros.

Después de tanto trajinar la geografía de muchos países, en la noche del viernes 1º de enero de 1965, alrededor de las diez de la noche, Mariano Picón Salas fallecía de un ataque cardíaco en presencia de su

esposa y amigos cercanos, que cenaban en su casa. Había pasado un día intenso y agotador en el Palacio de Miraflores, entre los protocolos oficiales de salutación por el fin de año. La noticia circuló rápidamente por Caracas y también en otros países donde había vivido y cosechado amistades y reconocimientos.

Fue velado el día siguiente y sepultado en el cementerio General del Sur el 3 de enero. En el acto intervinieron algunos de sus amigos, entre ellos el escritor Miguel Otero Silva, quien valoró los méritos del merideño:

Como Andrés Bello, creyó más en la luz de la pluma que en el metal de la espada. Como Bello, fue negado o desestimado por muchos de sus contemporáneos; como Bello, fue un maravilloso artesano de la cultura y del verbo. Y como a Bello –¿quién no se atreve a vislumbrarlo y a proclamarlo en esta dura hora de su muerte?–, le rendirán tributo de respeto las generaciones venideras, le apreciarán nuestros hijos y nuestros nietos en su exacta dimensión de maestro, sentenciarán los críticos que no existió jamás entre nosotros escritor de tanta jerarquía intelectual y de tan depurado estilo como Mariano Picón Salas (Otero Silva, 1965: C-1).

Mientras, llegaban notas de condolencia de Gobiernos amigos, de intelectuales e instituciones y se hacían elogios de su trayectoria intelectual y ciudadana. Muchos de estos testimonios y homenajes por el gran hombre, maestro por sus ideas y por su expresión, se publicaron al año siguiente en un libro homenaje titulado *Para Mariano Picón Salas*. En 1995 sus restos fueron trasladados al Cementerio de El Espejo, en su Mérida natal.

Toda tarea que emprendía anticipaba de antemano su horizonte. En las prensas quedaba su libro *Suma de Venezuela*, la colección de ensayos suyos que serían una guía para acercarse al drama histórico y humano de su país. Así también el discurso con el cual inauguraría el Instituto Nacional de la Cultura y Bellas Artes (INCIBA), lo había dejado redactado. Para algunos era su testamento intelectual.

En este esfuerzo resumía muchos de los que fueron sus sueños de constructor: “(...) la Cultura parece la más válida empresa integradora (...) Es no sólo necesario estimular y compensar el trabajo inventor de los creadores, sino acercar al goce y disfrute de las inmensas mayorías todos los bienes del espíritu”. El discurso fue leído por Miguel Otero Silva en el acto de inauguración del INCIBA, el 18 de enero. En la mesa del presídium quedó una silla vacía.



El legado **intelectual**

Mariano Picón Salas, don Mariano, como le llamaron tempranamente sus amigos y allegados, dejaba tras de sí un legado rico y variado de obras, comprendidas como diáfanos ejemplos de cultura y erudición, escritas en una prosa cuidada, lograda a través de una clara conciencia del lenguaje, del rigor estético, sin dejar de aproximarse a su lector en un tono amable y cercano. Sus alegrías quizá fueron limitadas por la fatalidad del destino, que siempre pareció cobrarle una cuota de dolor y sacrificio. El goce de comprender y comunicar son los asideros de su talante universal y humanista.

Para Picón Salas, pensar la historia, indagar en ella fue siempre un modo de fijar la pertenencia y la misión de su presente. Esta óptica se vincula con su preocupación explícita por Venezuela y por lo que ella representa como “nación”. Él mismo ayudó a definir, a conceptualizar ese perfil de nación: “(...) una nación no es sólo una suma de territorios y recursos naturales, sino la voluntad dirigida, aquella conciencia poblada de previsión y de pensamiento que desde los días de hoy avizora los problemas de mañana” (Picón Salas, 1962: 143).

Amó profundamente a Venezuela. También compartió su pasión y preocupación por el destino de América y comprendió las vicisitudes

del hombre contemporáneo en cualquier latitud. Fue un hombre de su tiempo que vivió intensamente las contradicciones del siglo XX.

Apostó por el sueño de libertad, de democracia, tolerancia y justicia social. Fue fiel a sus principios y no abjuró de sus creencias. Fue crítico, y a veces satírico cuando quiso perseguir un fin correctivo. A veces su escepticismo se convierte en profecía, sobre todo cuando cuestiona los estigmas de un ejercicio político mal digerido:

(...) la política engendra en muchos un mesianismo providencialista que puede trocarse en ceguera o en intoxicación psíquica. Y es la carencia de autocontrol, escepticismo y espíritu crítico, lo que marca las fronteras entre el político normal y el tirano (Picón Salas, 1962: 1439).

Su vida y su obra se deben juzgar por lo que tienen de verdadera y durable, y no sólo por las coyunturas de sus actuaciones políticas de los últimos años. Algunos jóvenes entonces acicateados por los aires de una revolución que devino retórica vacía le exigieron una postura y un compromiso que él ya había cumplido con creces, cabalmente. Fue un humanista en el sentido más amplio del término. Su obra, vasta en profundidad y vigencia, espera nuevos lectores con quienes siempre pretendió un diálogo cercano.

Lo que animó al intelectual, tanto en su etapa de formación juvenil como en su madurez, fue la búsqueda del conocimiento y esto implicaba necesariamente una toma de conciencia social, de actitud ante la historia, ante su país, y sobre todo un compromiso generacional que lo llamaba a tomar parte en los hechos que estaban desarrollándose en su presente inmediato.

La escritura y edición de sus libros casi siempre se hizo desde fuera de su país. Pero también fuera de su país se formó académicamente. Hizo su carrera destacada como maestro, y gracias a su prestigio y formación, desempeñó cargos diplomáticos. Su visión del mundo, que se desprende de su obra ensayística y se muestra en su narrativa, mucho debe a ese designio del destino que lo llevó a recorrer y conocer

remotas geografías. La universalidad es un signo de su obra, decía el maestro Ángel Rosenblat.

Todo en su vida estuvo permeado por la “errancia”. Sus abundantes páginas llenas de lucidez y belleza permiten conceptualizar e interpretar los procesos políticos, los momentos históricos y sobre todo las contradicciones del siglo XX. También a esa errancia se debió quizás su agudeza, sensibilidad y capacidad para evaluar su presente, marcar los contrastes entre los conceptos y la acción, expresar sin ambages sus puntos de vista, aunque ello tocara algún inopinado interés:

Aún me queda el escrúpulo de que cuando era joven parecía abrumarlos con mi documentación y, quizás, con mi pedantería. Les resultaba incómodo y preferían aislarme con helada compostura. Pagué siempre caro mi menosprecio de la rutina, el gusto de decir una paradoja o torcer el conocimiento vulgar y refranesco en que se asienta la conducta de muy orondas y poderosas gentes (Picón Salas, 1962: 1447).

La búsqueda de sí mismo como autoconocimiento y la errancia como peregrinación, son también hechos concretos que subrayan la creencia del escritor en que la superación individual es siempre el punto de partida hacia el mejoramiento colectivo. En ello se ampara la educación como el camino para afinar la conciencia de los hombres. Asimismo la indagación en el pasado, el conocimiento de los valores culturales de otros pueblos y la asunción de los retos del presente.

Para algunos de sus lectores críticos, el pensamiento de Picón Salas es pesimista. Para otros, es más bien la condición vigilante de un hombre demasiado consciente de su procedencia histórica y por lo tanto muy arraigado en su responsabilidad intelectual ante los retos de su tiempo. Su fina ironía y su sentido del humor siempre le acompañaron, incluso en los momentos menos felices. “Un pesimista alegre”, le llamó su amigo Luis Alberto Sánchez. Fiel a sí mismo, es un ejemplo de honestidad. Su compromiso es también una forma de utopía; por ello su vida puede definirse desde un tópico fundacional:

La vida personal o la Historia no es sino la nostalgia del mundo que dejamos y la utopía ardorosa, siempre corregida y rectificadora, de ese otro mundo a donde quisiéramos llegar. Un pretérito poblado de imágenes que el tiempo transcurrido transmuta en materia poética, en paraíso de las primeras añoranzas, y un futuro conjurador que quisiéramos moldear a la medida de nuestros sueños de belleza y de justicia, en doble proceso de la razón ordenadora y de la voluntad que anhela ser partícipe de la tarea de las generaciones (Picón Salas, 1962: 1338).

Su preocupación americanista atraviesa la mayor parte de sus ensayos, la cual está asociada a su necesidad de comprensión y asimilación de una historia común americana, cuyo conocimiento es no sólo necesario sino fundamental:

El deber de un escritor que ama la Cultura y la familia de pueblos en que nació y ve en Hispano-América la prolongación del espíritu y la problemática de la propia patria. Esa Historia común que nos envuelve no es para nosotros sólo pasado y lontananza, sino también futuro que debe delinearse, responsabilidad que compete a intelectuales, educadores y políticos. Es la angustia y la utopía –y a ratos la frustración– de un destino histórico indiviso (Picón Salas, 1952: V).

También en su obra narrativa, Picón Salas fija su tradición, acotándola y comprendiéndola. Después de este proceso va a su reescritura. Desde ella, ficcionalmente, reconstruye los signos de su presente y revela aperturas para mirar de manera profunda a su país, a su cultura, a las coyunturas históricas que han forjado su presente. Su visión es fundacional y comprometida con el devenir del hombre y sus procesos formativos. El eje principal de su pensamiento histórico, estético y social es la conciencia del papel que como intelectual, como escritor, tiene justamente como heredero de una tradición que debe ser recuperada y conocida, para que la desmemoria no sea un signo determinante del pueblo como si se tratase de una fatalidad insuperable.

Fue el mejor biógrafo de sí mismo. Buena parte de sus escritos llevan la evocación, la semblanza o la estampa de su memoria sobre los he-

chos significativos de su tiempo y sobre las personas que directa o indirectamente rodearon su existencia. Muchas páginas aún están por recogerse. Su hija Delia Isabel se ha ocupado de ordenar y editar su valiosa correspondencia, así como en un extenso volumen reunió los ensayos dispersos de su época chilena bajo el título de *Prosas sin finalidad*.

Muchos de los problemas del país que vislumbró, analizó y discutió en sus ensayos aún están a la espera de soluciones. Alzó su voz para advertir que de no hacerse correctivos propiciados por la educación, los altos ingresos petroleros estancarían las potencialidades productivas del pueblo, creando una sociedad parasitaria y burocratizada.

Escribió para su presente pero también para un horizonte que ya no vería, pero que intuyó con la diafanidad de quien por conocer mucho el pasado sabe que los días son repeticiones de los viejos problemas para los nuevos actores. Picón Salas vivió el drama presente de la cultura y nos legó –tal como quiso– la angustiada crónica de sus días. Ése es el drama de las generaciones en todas las épocas, y el reto de las generaciones de los venezolanos en el porvenir. Su lúcida obra siempre será un inmenso interrogante sobre Venezuela, el continente y su devenir.



Directa

- Picón Salas, Mariano (1939), "El ambiente literario de Caracas en 1920", *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, núm. 9, may-jul.
- _____. (1987), *Autobiografías*, Caracas, Monte Ávila Editores (Biblioteca Mariano Picón Salas, t. I).
- _____. (2006), *Biografías*, Caracas, Monte Ávila Editores (Biblioteca Mariano Picón Salas, t. VI).
- _____. (1986), "Ciclo de la moderna poesía venezolana (1880-1940)", en Otto D'Sola (1984), *Antología de la moderna poesía venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores, pp. VII-XXXV.
- _____. (1949), *Comprensión de Venezuela*, Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Popular Venezolana.
- _____. (1992), *La conquista del amanecer*, selección y prólogo de José Prats Sariol, La Habana, Casa de las Américas.
- _____. (1947), *Europa-América. Preguntas a la Esfinge de la Cultura*, México, Cuadernos Americanos.
- _____. (1996), *Europa-América*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana [Biblioteca Mariano Picón Salas, V].
- _____. (1952), *Dependencia e independencia en la historia hispano-americana*, Caracas, Ediciones de la Librería Cruz del Sur.
- _____. (1958), *Los días de Cipriano Castro (Historia venezolana del 900)*, Caracas, Organización Continental de los Festivales del Libro.
- _____. (1997), "Fines y problemas de la Facultad de Filosofía y Letras" [Discurso inaugural de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela, 12-10-1946], en *El bien del intelecto*, Caracas, Monte Ávila Editores, pp. 29-39.
- _____. (1940), *Formación y proceso de la Literatura Venezolana*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta.
- _____. (1935), *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago de Chile, Ercilla.
- _____. (1927) *Mundo imaginario*, Santiago de Chile, Nascimento.
- _____. (1958), *Las nieves de antaño. Pequeña añoranza de Mérida*, Maracaibo, Universidad del Zulia.

- _____. (1917), *Las nuevas corrientes del Arte*, Mérida, Tip. El Lápiz.
- _____. (1962), *Obras Selectas*, Madrid, Edime, 2ª ed.
- _____. (1931), *Odisea de Tierra Firme*, Madrid, Renacimiento.
- _____. (1937), *Preguntas a Europa*, Santiago de Chile, Zig-Zag.
- _____. (1934), *Registro de huéspedes*, Santiago de Chile, Nascimento.
- _____. (1959), *Regreso de tres mundos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1955), *Los tratos de la noche*, Barquisimeto, Nueva Segovia.
- _____. (1962b), "Venezuela: algunas gentes y libros", en Picón Salas, Mariano, Augusto Mijares y otros, *Venezuela independiente 1810-1960*, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, pp. 1-20.
- _____. (1943), *Viaje al amanecer*, pról. Ermilo Abreu Gómez, México, Ediciones Mensaje-UNAM.
- _____. (1983), *Viejos y nuevos mundos*, selec., pról. y cronol., Guillermo Sucre, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Indirecta

- Abreu Gómez, Ermilo (1943), "Prólogo" a *Viaje al amanecer*, México, Ediciones Mensaje-UNAM, pp. 9-18.
- Álvarez, Cristian (2003) *La varia lección de Mariano Picón Salas: la conciencia como primera libertad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Azuela, Mariano (1940), «Portadilla" *Odisea de tierra firme*, 2ª ed., Santiago de Chile, Zig-Zag, pp. 7-8.
- Azzario, Esther (1980), *La prosa autobiográfica de Mariano Picón Salas*, Caracas, Universidad Simón Bolívar-Equinoccio.
- Campos, Miguel Ángel (2001) "Picón Salas y el petróleo recelado", en Julio Miranda (comp.) *Vigencia de Mariano Picón Salas. Cuatro ensayos*, Caracas, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, pp. 11-69.
- Carbonell, Diego (1919), "Nota de la Dirección", en Picón Salas, Mariano (1919), "Las nuevas corrientes del Arte", *Cultura Venezolana*, Caracas, núm. II. 7, junio de 1919, pp. 27-38.

- Castañón, Adolfo (2000), "Mariano Picón Salas: De la Europa portátil a la América electiva", en su libro *América sintaxis*, México, Aldus, pp. 467-485.
- Consalvi, Simón Alberto (1996), *Profecía de la palabra. Vida y obra de Mariano Picón Salas*, Caracas, Tierra de Gracia Editores.
- Díaz Seijas, Pedro (2004), *Mariano Picón Salas o el ámbito universal de una vida y una obra*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- Feliú Cruz, Guiller Moy Mariano Picón Salas (1933), *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*, Santiago, Nascimento.
- Feliú Cruz, Guillermo (1970), *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*, Santiago de Chile, Nascimento.
- Fundación Polar (2000), *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, Videodacta. Versión en CD.
- Fuentes, Ángeles (1966), "En la intimidad de Mariano Picón Salas", en Rafael Pineda (comp.), *Para Mariano Picón Salas*, Caracas, INCIBA, pp. 95-97.
- Latcham, Ricardo A. (1958), Prólogo a *Ensayos escogidos* de Mariano Picón Salas, Santiago de Chile, Zig-Zag, pp. IX-XXII.
- Mannarino Carmen, *Mariano Picón Salas, el humanista*, Caracas, Ediciones Niebla, 2005.
- Márquez Rodríguez, Alexis, *Mariano Picón Salas: el arte y la costumbre de pensar*, Caracas, Vadell Hermanos, 2002.
- Miliani, Domingo (2006), "Mariano Picón Salas (1901-2001) Odisea entre Santiagos", en su libro *El mal de pensar y otros ensayos*, Mérida, Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Académico, pp. 279-316.
- Miranda, Julio (comp.) (2001), *Vigencia de Mariano Picón Salas. Cuatro ensayos*, Caracas, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.
- Mora, Gabriela (1977), *Mariano Picón Salas autobiógrafo: una contribución al estudio autobiográfico en Hispanoamérica*, Massachusetts, Smith College North Hampton.
- Morin, Thomas D. (1979), *Mariano Picón Salas*, Boston, Twayne Publishers.
- Muñoz Arteaga, Valmore (2001), *Epistolario: Briceño Iragorry y Picón Salas*, Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta.

- Nieto Ardila, María Sobeira (2007), *Antonio Ignacio Picón Grillet (1838-1916). Estudio biográfico de un comerciante merideño*, Mérida, Universidad de Los Andes-Facultad de Humanidades y Educación-Escuela de Historia.
- Otero Silva, Miguel (1965), "Como Andrés Bello, Picón Salas creyó más en la luz de la pluma que en el metal de la espada", *El Nacional*, Caracas, 3 de enero de 1965, p. C-1.
- Pérez, Francisco Javier (2005), *Sordera, estruendo y sonido. Ensayos de lingüística venezolana*, Caracas, Fundación Para la Cultura Urbana.
- Picón, Delia (comp.) (2004), *Mariano Picón Salas y sus amigos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Vol. I.
_____ (comp.) (2004), *Mariano Picón Salas y sus amigos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Universidad de Los Andes-Vicerrectorado Académico, Vol. II.
_____ (comp.) (2006), *Mariano Picón Salas y sus amigos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Universidad de Los Andes-Vicerrectorado Académico, Vol. III.
- Picón Salas de Morles, Delia (2000), *Mariano Picón Salas, embajador de Venezuela*, 2ª ed., Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- Pineda, Rafael, *Iconografía de Mariano Picón Salas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.
_____ (comp.) (1966), *Para Mariano Picón Salas*, Caracas, INCIBA.
- Rivas Dugarte, Rafael Ángel (1985), *Fuentes documentales para el estudio de Mariano Picón Salas*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- Sánchez Carillo, Antonio (1955), "El mensaje de Mariano Picón Salas", *Cuadernos Americanos*, México, núm. 84: 4, pp. 143-148.
- Siso Martínez, José Manuel (1970), *Mariano Picón Salas*, México, Yocoima.
- Siso Martínez, José Manuel y Juan Oropesa (1977), *Mariano Picón Salas, correspondencia cruzada entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas (1931-1965)*, Caracas, Fundación Diego Cisneros.
- Sucre, Guillermo (1983), "Cronología" en Mariano Picón Salas, *Viejos y nuevos mundos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 625-665.

- Sucre, Guillermo (1987), "Introducción" a Mariano Picón Salas, *Autobiografías*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1987, pp. VII-XIX (Biblioteca Mariano Picón Salas, I).
- Zambrano, Gregory (2003), *Mariano Picón Salas y el arte de narrar*, Mérida, Universidad de Los Andes-Vicerrectorado Académico.
_____ (comp.) (2002), *Mariano Picón Salas y México*, Maracaibo, Universidad Católica Cecilio Acosta.
_____ (comp.) (2007), *Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes, correspondencia 1927-1959*, 2ª ed., México, Universidad Autónoma de Nuevo León - Universidad de Los Andes.



Arte y virtud	9
Una ciudad en lo alto de un monte	13
La geografía del aire	17
Estación Caracas	27
Chile, la fértil comarca señalada	33
Santiago a lo lejos	37
La pasión venezolana	53
Meditar en Europa	61
El llamado del deber	67
Añoranzas del paraíso perdido	75
Buen ciudadano del continente	79
Contra el inmediateísmo: conciencia histórica	85
Las oscuras vueltas del laberinto	91
México: retablo de la maravilla	95
Comprender a Venezuela	99
El milagro de la sencillez	107
¿Una paz duradera?	113

La hora del recuento	119
Al final de la travesía	125
El legado intelectual	133
Bibliografía	139

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibiades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Francisco Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernandez
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.
71. Vicente Salias / Juan Carlos Reyes
72. Ezequiel Zamora / Manuel Donís Ríos
73. Francisco Linares Alcántara / David Ruiz Chataing
74. Juan Liscano / Rafael Arráiz Lucca
75. Martín Tovar y Tovar / Francisco Javier Duplá

Cuarta etapa / 2008-2009

76. Julio César Salas / Francisco Javier Pérez
77. Juan Germán Roscio / Carlos Pernalete
78. Armando Zuloaga Blanco / Ignacia Fombona de Certad
79. Jovito Villalba / Omar Pérez
80. Miyó Vestrini / Mariela Díaz
81. Francisco González Guinán / Luis Zuccato
82. Emilio Boggio / Beatriz Sogbe
83. Jesús Muñoz Tébar / José Alberto Olivar
84. Fermín Toro / Rafael Fernández Heres
85. Antonio Arráiz / Alexis Márquez Rodríguez
86. Manuel Felipe de Tovar / Miguel Hurtado Leña
87. Wolfgang Larrazábal / Omar Pérez
88. Mariano Picón Salas / Gregory Zambrano



Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de julio de 2008, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

